

DOUGLAS VOLUMEN 2.5

Especial Luna de miel

Un viaje con Chris y Keith



REBECA MONTES

Especial luna de miel
Un viaje con Chris y Keith

Rebeca Montes

Derechos de autor © 2020 Rebeca Montes

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A todos aquellos que lo pidieron y que quisieron más de esta pareja. A todos los que siguieron a esta loca familia durante tantos años y a aquellos que me escribieron dándome ánimos. Este especial va para todos vosotros.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[DÍA 1](#)

[DÍA 2](#)

[DÍA 3](#)

[DÍA 4](#)

[DÍA 5](#)

[Día 6](#)

[día 7](#)

[Día 8](#)

[DÍA 9](#)

[Día 10](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

[Douglas](#)

DÍA 1

Cancún, noviembre de 2009

Aquel no era su primer viaje en avión. Ni siquiera se podría decir que fuese su primer viaje con él. Pero mientras caminaba apresurado entre el gentío del aeropuerto, su maleta rodando detrás, no pudo evitar sonreír, feliz. En aquel rincón del mundo que se asemejaba más a una burbuja turística, los idiomas que se escuchaban por todas partes variaban de un español que Keith entendía solo a medias y un inglés fluido. Las personas apresuradas a su lado también parecían proceder de los más variados destinos, a juzgar por retazos de conversaciones que él no llegó a comprender.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó mientras se detenía y se colocaba junto al que, desde hacía más de un año, era su marido.

—Tenemos que buscar la empresa donde reservamos el coche.

No fue difícil encontrar la hilera de cristaleras con decenas de anuncios sobre el renting y los precios. Chris ignoró a todos aquellos que intentaron llamar su atención desde las puertas para entrar en la indicada. Allí, un joven de tez morena y bonitos ojos oscuros los atendió en un inglés perfecto, les hizo rellenar un montón de papeles y los acompañó afuera, hacia un aparcamiento donde un reluciente coche azul los esperaba.

—Es automático, como lo pidieron. Y podrá devolverse en nuestra empresa del aeropuerto del Chetumal en la fecha acordada. Disfruten de su viaje.

El calor nada más salir le hizo transpirar en apenas cinco minutos. No estaba acostumbrado a esa humedad sofocante que a las once de la mañana parecía succionarlo todo. Se había bañado en repelente para protegerse de los mosquitos, y su piel se veía aun más pálida por el exceso de crema protectora para el sol. Chris había tenido el tino de ignorar el inmenso sombrero que compró en el aeropuerto de Nueva York para cubrirse tanto la cabeza como los hombros. Ya sabían los problemas que tenía con las quemaduras. Keith había debatido largo y tendido con su esposo sobre el destino de su viaje. Iban a ser diez días y quería pasarlos lo más relajados posible. La suma de mar y naturaleza sería un conjunto perfecto para que ambos pudieran deshacerse de algo del estrés propio de los últimos meses.

El plan, en un principio, no era ir a Cancún, sino a un lugar más pequeño y, supuestamente, menos concurrido en aquellas fechas: Tulum. Según las fotos, aquel pueblecito turístico tenía uno de los yacimientos mayas más importantes pegado a la playa. Una playa caribeña, para más énfasis. Desde allí se podían visitar, además, un montón de lugares que en imágenes parecían paraísos perdidos en medio de selvas hermosas.

—¿Quieres comer algo antes de partir o cuando lleguemos al hotel?

Chris, con unas bermudas oscuras y una camiseta de algodón amplia, no había conseguido en absoluto aquello que buscó: el pasar desapercibido. Sus cabellos rubios, sus ojos castaños y aquel rostro atractivo no hacían sino atraer miradas de forma constante. Llevaba además aquel aura de seguridad que uno inmediatamente vinculaba con el dinero. Era algo que para aquellas alturas se pegaba de forma innata a su esposo. Por suerte, al final decidió no ir con aquellas chancletas horribles y se pudo unas zapatillas deportivas.

—Cuando lleguemos. Será junto la hora de comer, ¿verdad? No deberíamos tardar ni dos horas, se supone.

—Entonces solo compraremos agua para el camino y listo.

Fue Chris quien se acercó hasta un puesto junto a la salida donde vendían botellas de todo tipo. Tras comprar un par de ellas, metió las maletas en el maletero mientras Keith configuraba el GPS del coche. Era una carretera recta, por lo que no deberían tener problemas. El aire acondicionado pronto se hizo necesario y Keith no dejó de mirar por su ventanilla, inmerso en un paisaje donde solo se veía verde y más verde. De vez en cuando pasaban algún pueblo pequeño, que usualmente detenía el recorrido de los coches con altos resaltos en la carretera.

Llegaron a Tulum antes de las dos. El pueblo era diminuto. Apenas unas calles que se extendían alrededor de la avenida principal. Pero por insistencia de Chris, que no creía que fuese necesario quedarse en un hotel allí, ambos tenían una bonita habitación en el paseo de la playa, donde los hoteles más caros se apiñaban con sus rincones al mar privados y sus suites de lujo.

Nada más llegar, un chico uniformado los recibió, los dejó aparcar en un lugar privado y los condujo hasta la recepción. Desde ella se veía una piscina larga que terminaba en una especie de cristalera con vistas al mar. Más allá, una especie de terraza restaurante con bancos acolchados y toldos oscuros. Pero la mayor sorpresa fue cuando ese mismo muchacho los guio a través de un camino de tierra y madera hasta dar con una cabaña de dos pisos oculta entre árboles. Era como una casita encantada en medio del bosque, y justo frente a la playa.

—Esto no es lo que reservamos —murmuró confundido.

Christopher se volvió hacia él, atrayéndole de la cintura mientras sus labios se posaban sobre los de Keith en un breve y sonoro beso.

—¿Sorpresa? Pensé que te gustaría.

¡Y cómo no! Una hamaca grande pendía de dos árboles robustos, un porche de suelo de madera tenía unos sillones grandes y seguramente cómodos. La puerta era de cristal, pero unas telas blancas cubrían en interior. El trabajador abrió la puerta y Keith, simplemente, sintió ganas de llorar. Verdaderamente parecía algo salido de un cuento. Con decorados rústicos y cuidados, telas claras y diáfnas, sillones llenos de cojines. Era amplio y abierto, ofreciendo las vistas al mar. Era perfecto.

—Gracias —susurró.

El chico salió de la casa tras entregarle Chris la propina. Keith no sabía qué quería hacer más, abrazar a aquella persona insufrible por momentos o correr hacia el mar para lanzarse de cabeza a las cristalinas aguas. Ganó él, como siempre, y cuando casi saltó sobre ese cuerpo alto y hermoso, Chris le agarró para ayudarlo a colocar las piernas alrededor de su cintura.

—Me encanta —susurró mientras dejaba un rastro de besos por aquella piel que empezaba a dejar notar la barba del día. Le encantaba sentir la aspereza contra él, sentirle a él apretado contra su cuerpo. Chris lo cargó por la casa, seguramente buscando la habitación, y Keith se encontró pronto tendido en suaves y frescas sábanas. La cama tenía una tela fina que colgaba del techo y Keith, mientras elevaba el trasero para dejar a Chris sacar su ropa interior, pensó que los mosquinos se quedarían fuera aquella noche. Le escuchó gruñir algo mientras se deshacía de su propia ropa, allí frente a él. Y Keith, durante unos instantes, pensó que quizás debería apuntarse a un gimnasio. Su cuerpo delgado no era propenso a conseguir grasa de más, pero comparado con aquel cuerpo moldeado y marcado, parecía bastante simple.

—Estás pensando demasiado, Keith —dijo Chris—. Tendré que esforzarme más.

—No hace falta, esposo. Solo me recreaba con esos abdominales tuyos. Quizás me apunte a tu gimnasio.

—No durarás ni dos semanas.

—Eso no es...

Pero aquella boca le silenció con un beso, y Keith gimió mientras le sentía tumbarse junto a él, acariciando su abdomen y bajando la mano hasta encontrar su miembro, ya más que despierto.

—Esposo, aún tengo la camiseta. Fuera.

Él sonrió, esa sonrisa ladina que tan bien se le daba, y se separó un momento para sacarla. Con el tiempo, Keith había descubierto que su marido tenía una suerte de fetiche con las bocas. Le gustaba besar. Podían tirarse mucho tiempo acostados en la cama, después del sexo, mientras que aquellos labios finos volvían una y otra vez sobre los suyos. Le besaba durante el sexo. Y a veces cuando estaban solos. Chris no era persona de muestras públicas de afecto. Keith pronto aprendió aquello también, pero no importaba. Porque mientras aquellos dedos se enredaban en su cabello y tironeaban de él, colocando las piernas de Keith sobre sus hombros y abriéndole a su erección, lo único que tenía claro era que lo amaba.

—Voy —susurró Chris contra su oreja mientras se introducía en él, y Keith le dejó hueco cuando empezó a mordisquearle la oreja, empezando un lento vaivén que pronto encontró aquello que buscaba.

Fue rápido al final, ambos buscando el placer en brazos del contrario. Fue hermoso por ser quien era, sí. Y también por estar donde estaban. Tiempo después, y limpios de los estragos del sexo, ambos salieron en busca de comida, demasiado hambrientos como para pensar si quiera en ir a bañarse un rato. El comedor era enorme y bonito, como con grandes ventanales que rodeaban todo permitiendo las vistas y manteniendo fuera los mosquitos.

—Cuidado con el picante. No querrás pasarte el resto de los días malo del estómago —dijo Chris una vez los sentaron a la mesa y tomaron el menú.

—Me gusta el picante —respondió mientras revisaba los pescados frescos del día.

—El picante de casa no es nada comparado con este.

Aquella parte de Keith que había ganado confianza en sí mismo y que quería libertad de elegir, casi le hizo ir a por cualquier platillo típico mexicano con su buena ración de chile. Por suerte, su parte racional era más inteligente que eso, y finalmente pidió consejo al camarero en cuanto a los pescados. Chris optó por carne y ambos comieron frente a las aguas azules mientras el aire acondicionado refrescaba sus pieles. Fue a media comida que lo notó. Las miradas. Uno pensaría que con el tiempo se habría acostumbrado, pero de hecho no era así. Y las mujeres que se comían al rubio con la mirada, muchas de ellas medio vestidas en sus ropas de baño y con algún pareo, eran siempre un recordatorio contante de lo diferentes que eran ellos. Miró su plato, súbitamente enfadado, y tomó toda su copa de vino de un trago, casi ahogándose al instante.

—¿Qué demonios estás haciendo? No tienes ningún aguante con el alcohol.

Para su disgusto, Keith chasqueó la lengua, mirando a su esposo con el ceño fruncido. Sabía que no debía parecer muy amenazador, pero Chris alzó una de sus cejas mientras preguntaba:

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada —repitió con más énfasis.

Y fue ese preciso instante cuando una morena de curvas pronunciadas decidió acercarse hasta ellos para hablar con el rubio. Keith siempre había sido invisible a su lado, pero aún picaba como ellas se entrometían, sin preguntar. Sin sospechar si quiera. A pesar de que aquello ya había ocasionado una pelea entre ambos hacía meses.

—Disculpa, ¿estáis solos? Unos amigos y yo iremos después a la playa. Quizás os gustaría...

—No.

—Venir —continuó ella dubitativa, pero Chris ya no la miraba, y la muchacha, que era más joven de lo que aparentaba bajo su maquillaje, pareció avergonzarse mientras se retiraba.

Eso había sido grosero, pero Keith no dijo nada, limitándose a comer de su pescado.

—Dime, ratita, ¿qué deberíamos hacer para que la gente nos deje en paz?

Sorprendido, le miró.

—¿Qué?

—Es eso lo que te pasa. Por supuesto que es eso lo que te pasa. Y ahora, ¿qué podemos hacer para que el humor mejore?

—Aquí nada —susurró, temiendo lo que Chris podría querer.

—Ven aquí, Keith.

—¿Qué vaya adonde? Estoy sentado a tu lado.

—No, estás en frente. Ahí no llego.

—No se supone que tengas que llegar a nada —masculló inclinándose hacia él. Sus cabellos negros, que habían crecido en los últimos meses, le molestaban en la cara, por lo que los sacudió hacia atrás.

—¿No quieres sentarte a mi lado? Estoy ofendido, esposo.

—Hay mucha gente aquí, Chris.

—¿Y? Keith.

—Chris.

—No va a funcionar el copiarme.

—Pues termina de comer —tuvo que sonrojarse, pensó, mientras decía las siguientes palabras — y volvamos al cuarto.

—Tentador, sin duda. Y lo haremos. —Chris suspiró, frustrado, y añadió—. Bien, si Mahoma no va a la montaña...

No pudo hacer nada cuando, dejando su plato vacío a un lado, Chris se movió de silla, ocupando la que estaba justo a su derecha.

—No has terminado, esposo.

—No me has dejado terminar —dijo mientras pinchaba un trozo de su pescado. Para su completo bochorno, Chris le arrebató el tenedor y lo acercó a su boca.

—Di “ah”, querido.

—Maldita sea, Chris...

El rico sabor le llenó la boca mientras masticaba para no atragantarse. Chris le acercó la copa, pero Keith negó con la cabeza de forma brusca. Lo sintió entonces inclinarse hacia él mientras una de sus manos se posaba sobre el muslo de Keith.

—Dime, esposo, ¿no quieres que nos vayamos a bañar a la playa?

Y ante la atónita mira, supuso, de demasiada gente, besó suave y lentamente su mejilla, muy cerca de la boca. Ya que no había probado la muestra de chiles que habían traído, el calor súbito que le hizo sudar debía ser por las acciones de aquel idiota. Tomando el tenedor, Keith lo puso directamente en la boca del otro.

—Toma, esposo. Así tendrás la boca ocupada en algo delicioso. Y deja de hacer un espectáculo. No quiero que nadie...

—Si alguien tiene algún problema con los dos siendo hombres, entonces es asunto suyo, no mío.

Pero estaban en un lugar lejano y desconocido. En un viaje que había pasado de ser diez días alojados en un hotel todo incluido a un recorrido por aquella costa maravillosa. No era buena idea llamar la atención sobre ellos. Ni siquiera allí, en ese alojamiento tan lujoso.

—Eres un descarado, Christopher Douglas. Y puedes dar gracias a que aun así te amo.

El rubio suspiró, como si pidiera paciencia, y se reclinó en su silla, viéndolo comer mientras terminaba con lo que quedaba en su plato. El postre tenía tanto chocolate que acabó por

empalagarle, pero estuvo delicioso. Cuando finalmente salieron del restaurante, ambos decidieron caminar por la playa, dejando que la arena fina, mojada y casi blanca calentase sus pies. Era hermoso. No tenía ese color turquesa que había visto en fotos, pero suponía también que dependía del sol y de la temporada. Quizás. El azul era hermoso, no obstante. Y el calor pronto los empujó a meterse entre las olas suaves que mecían sus pies.

Chris, en un bañador marrón, se sumergió de lleno mientras nadaba. Keith, por su parte, adoraba flotar en el agua, dejándose llevar lentamente por la corriente hasta que sus pies casi no tocaban el suelo. A lo lejos se escuchaban las lanchas con aquellos turistas que decidían hacer snorkel para nadar con tortugas y mantas raya. Chris le había prometido acompañarle al día siguiente. Estaba seguro de que alguien como él ya habría buceado antes, pero Keith jamás había hecho algo así. En tortugas y corales estaba pensando, flotando suavemente al compás de las olas, cuando el agarre sobre su pie casi lo ahogó. Salió momentos después, farfullando y escupiendo agua. Y frente a él, mojado y deslumbrante por el maldito sol a sus espaldas, Chris le sonreía. Aquella sonrisa que ya había aprendido a reconocer. Sus brazos lo rodearon, atrayéndole hasta que sus piernas terminaron en torno a sus caderas. No estaba realmente apoyado, ya que su peso se convertía en nada bajo el agua. Pero pronto notó la excitación del otro.

—Estoy aburrido, Keith.

—No lo parece, Douglas.

—Vayamos a casa.

Chris lo besó y Keith respondió, consciente de que aquella parcela privada de playa estaba vacía en aquellos momentos. Tuvo que agarrarse a sus hombros cuando ambos salieron y finalmente Chris recogió sus camisetas y las sandalias de Keith sin dejarle si quiera en el suelo.

—Peso.

—Tanto como un niño de diez años.

—Eso me ofende.

Pero aquellos labios pronto lo distrajerón. Ni siquiera llegaron a la cama, puesto que en el salón, justo al lado de una inmensa ventana cubierta solo por una ligera cortina que era más bien para evitar mosquitos, un mueble inmenso lleno de cojines les recibió de forma confortable mientras Chris se arrodillaba para dejarlo allí, casi hundido entre telas. Su bañador había desaparecido antes si quiera de darse cuenta, y entonces aquella boca húmeda y experta estaba sobre su miembro. Él estaba aún húmedo y salado, pero no importó, y Keith dejó la marca de sus dedos en los hombros de Chris mientras su cabeza caía hacia atrás, gimiendo por más.

No quería terminar. No así, por lo que lo apartó para empujar al rubio entre los cojines y colocarse a horcajadas sobre sus caderas.

—No aún, esposo —Chris masculló algo que Keith no entendió, moliéndose contra su trasero —. Te excita que te diga esposo mientras estamos en ello, ¿no es así, esposo?

—Cállate, Keith.

—Oblígame.

Y entonces las manos de Chris le atrajeron hasta su boca en un hambriento beso que casi le dejó sin aire. Se restregó contra él, buscando consuelo allí donde ya dolía. Pero Chris le agarró por las caderas para conducirlo sobre su hinchado miembro.

—Deja de jugar y baja ya.

—A sus órdenes, señor.

Le volvió a callar con otro beso, y Keith se preguntó si acaso podían existir tantas personas diferentes dentro de una sola envoltura. Estaba aquel Chris, el Chris del sexo. Un hombre insaciable y sexual que le devoraba con embates rítmicos y precisos. Que le besaba como si

quisiera comerse sus labios a chupadas y mordiscos. Que le amaba muchas noches de mil y una formas diferentes. Era el único momento en que Keith podía encontrar excitantes, a aquellas alturas, su maneras demandantes.

—Necesitamos una ducha —dijo tiempo después, levantándose sin preocuparse por su desnudez. Le había costado, pero el propio desparpajo de Chris había hecho que su propia reticencia a caminar desnudo frente a él desapareciese casi por completo. Chris había visto, tocado e incluso chupado la mayoría de las partes de su cuerpo. Ocultarlas a aquellas alturas parecía ridículo. Solo que lo contrario no había sucedido. Es decir, la desnudez de su esposo seguía afectándole igual que el primer día. Por eso, mientras veía aquellas nalgas redondas y pálidas moverse mientras Chris iba hacia el baño, solo pudo suspirar, entre excitado y avergonzado. Sin pensarlo demasiado, fue tras él.

Para cuando salieron de la ducha y estuvieron vestidos y arreglados, eran las siete y media. Ya había anochecido, y las luces que rodeaban la cabaña creaban otro tipo de atmósfera en el ambiente. Ambos habían acordado acercarse al pueblo, no obstante, para buscar donde cenar. Keith tenía curiosidad por saber cómo preparaban allí una de sus comidas preferidas, las pizzas, por lo que preguntaron en la recepción del hotel por las diferentes opciones. Unas eran más lujosas que otras, pero Keith quería probar algo más artesanal. Usaron el coche para movilizarse, porque llegar así era muy sencillo. No tuvieron problemas en aparcar en una de las calles laterales de la avenida central, y de ahí decidieron pasear para comprobar qué podían encontrar por las tiendas del centro. Chris no parecía especialmente interesado en la idea, pero Keith les había prometido a los niños, a Dave y a Alex que les llevaría recuerdos. Supuso que tendría que comprar para todos.

Y había infinidad de cosas bonitas e interesantes. En aquella pequeña burbuja turística, que parecía un centro a la extravagancia internacional, encontraron figuritas procedentes de diferentes regiones del país. Desde muñecas y guanengos michoacanos hasta hermosas faldas chiapanecas. Tenían muchas calaveras pintadas de colores. Y aquellos animales también coloridos que la amable dependienta llamó alebrijes. No pudo evitar preguntarse cuánta de aquella mercancía era realmente artesanal. Imaginaba que se trataba más bien de una atracción turística que se vendía a un precio desorbitado para aquellos que no supiesen reconocer uno artesanal de otro que no lo era.

Entraron también a una pequeña pero bonita tienda dedicada a Frida Kahlo. Tenían de todo, desde ropa hasta accesorios de recuerdo. Imagen y pines de nevera. Y unos hermosos atrapasueños blancos que Keith terminó comprando. La calle no era excesivamente larga, por lo que a las ocho y media ya habían recorrido todo lo que tenían que recorrer. También habían localizado la calle de pubs, que se encontraba en una de las laterales a la principal. Y allí cerca, solo a dos cuadras, como les informó un atento tendero, encontraron la pizzería Horno Gourmet Tulum. Se trataba de un lugar con un patio de tierra donde se encontraban repartidas mesas largas de madera. Y tenían unas maravillosas pizzas cocinadas en un horno de leña al estilo italiano. Pidieron una cada uno, acompañadas por aguas de sabor de mango y maracuyá. Estuvo todo delicioso.

Keith casi tuvo que arrastrar a Chris hasta la zona de bares. Pero mereció la pena. Lo supo nada más entrar. Y quitando el hecho de que le ofrecieron droga en tres ocasiones antes de llegar al local que más le llamó la atención, de hecho el ambiente era muy agradable. El lugar tenía un patio con sillones repartidos por todas partes. La gente se encontraba allí en diferentes estados de embriaguez, todos hablando y escuchando el grupo que tocaba en vivo junto a ellos. Era una de aquellas noches dedicadas al rock clásico, y Keith lo amó. Chris decidió que podía beber una

cerveza y conducir, y tras mirar la carta, se decantó por una cerveza llamada Modelo. Keith, que no se acercaría a un volante hasta el día siguiente, no fue tan considerado.

—¿Qué mezcal me recomienda? — Le preguntó al camarero en un torpe español. Por suerte este tenía un mejor inglés, y unos cinco minutos después Keith tenía ante él un vaso fino y corto, limón, sal, y algo rojo que no reconoció. No iba a tomarse eso con el alcohol. Chris estaba enfrascado en la música, una de sus manos reposando tranquilamente en la espalada baja de Keith. No pensaba hacer el ridículo en cuanto a cómo beber el mezcal, por lo que buscó en internet. El resultado: un montón de opiniones diferentes. Finalmente roció con sal la rodaja de limón, lo chupó, se tragó todo el mezcal, y mordió el limón. Aquello debió despellejar su garganta. Chris se volvió hacia él al oírle toser y una sonrisa cínica se extendió por sus labios mientras miraba el vaso vacío.

—No sé si tenías que beberlo todo de golpe, Keith.

—Cállate, sabelotodo. Está bueno.

O lo estaría en cuanto se acostumbrara. Sabiendo que Chris le avisaría si se empezaba a ir de la mano, pidió un segundo vaso. Para cuando lo terminó, se encontraba cantando las canciones del grupo y moviendo sus pies en rítmicos golpecitos contra el suelo. La segunda entró mucho mejor. Y la tercera fue directa a su estómago, sin tocar si quiera su garganta. En algún punto, Chris le miró indeciso, pero finalmente le dijo que iba al baño. Keith asintió, ya entrado en esa especie de estupor alcohólico que lo hace ver a uno todo de forma maravillosa.

—Compa, el mezcal no se toma así.

Sorprendido, Keith se volvió hacia su derecha, desde donde un chico moreno, guapo y con aspecto de surfista le hablaba en un inglés un poco torpe.

—¿Perdón?

—El mezcal no se bebe, se besa.

Y Keith, tontamente, se echó a reír. Porque ¿cómo iba a besar una bebida?

—Y nada de Tajín.

—¿Tajín?

—La sal de gusano.

¿Acababa de comerse un gusano sin saberlo? Más sorprendido aún, miró el plato vacío ante él. De la nada apareció un camarero, que puso ante ellos dos vasos de mezcal.

—Atento, güero. Primero, lo bebes lentamente, sorbo a sorbo, de ahí lo de besar. Y después, si es demasiado para ti, siempre puedes darle una mordida al limón. Pero solo si es muy fuerte. Uno no debería destrozar así la bebida.

Keith tomó su vaso, dispuesto a beber como le habían indicado, pero una mano le arrebató la bebida para ponerla sobre la mesa, fuera de su alcance.

—Ya has bebido suficiente.

—¿Chris! Este chico me estaba enseñando cómo...

—Sí, ya vi que te estaba enseñando.

Lo vio mirar mal al otro, que se replegó en el asunto con las manos levantadas en actitud de paz.

—No hay pedo, güero. Solo hablábamos.

—Ya ha bebido lo suficiente. —Y algo en su voz debió poner sobre aviso al otro, que se marchó a otra mesa con una última mirada hacia Keith. La furia de Chris pronto se volvió hacia él —. ¿Qué demonios crees que haces?

—¿Yo? Yo solo charlaba con alguien. Eres tú quien ha aparecido de la nada enfadado.

De pronto, envalentonado por el alcohol, se acercó hasta quedar a un palmo de su rostro.

—¿Estas acaso celoso, Douglas?

—¿Crees acaso que está bien beber cualquier cosa que un extraño te dé? ¡No sabes lo que te pueden poner en la maldita cosa! Ten algo de maldito sentido común, maldita sea.

—No me grites —protestó, y de un salto se puso en pie, dispuesto a irse de allí. Solo que sentado uno nunca es consciente de cómo de afectado está. La cabeza le dio vueltas y a punto estuvo de caerse contra la mesa. Chris estuvo a su lado en un momento y le tomó de la mano para conducirlo hacia fuera. El aire fresco fue una bendición.

—Solo me he tomado tres vasos minúsculos.

Chris no dijo nada, mirando a su alrededor mientras dejaba a Keith apoyarse en el lateral de uno de los locales abiertos. La música de fondo era pop industrial. Inglesa, e inevitablemente Keith terminó contoneándose de forma bastante arrítmica siguiendo el sonido.

—¿No vas a bailar conmigo, esposo? Es nuestra luna de miel.

—No creo que sea un buen lugar, ratita.

Pero Chris suspiró, acercándose hacia él y colocando una mano en su espalda para darle apoyo. Keith se fundió contra su hombro, repentinamente somnoliento.

—Tal vez deberíamos volver. Quería sentarme en la hamaca para escuchar el mar.

—Podemos hacer eso.

Keith asintió, ese gesto tan típico de borrachos que muestra mucho más su estado de lo que uno pretende. Y echó a andar. Nunca notó como aquel que le había hablado de besos de mezcal los había seguido con la mirada. Pero Chris sí que se cercioró de que no los persiguiera cuando ambos abandonaron la calle de los pub, tomaron la principal y llegaron finalmente al coche. Resignado, el rubio pensó que no podría beber a menos que fuese dentro de la seguridad de la cabaña. A menos que quisiera que Keith terminase comprando droga por error o marchándose con vete a saber quién y a hacer qué cosa.

Por supuesto, se durmió en el trayecto, que en realidad no llevó ni diez minutos. Chris tuvo que despertarlo y arrastrarlo hasta su cabaña, donde los esperaba la famosa hamaca bajo la tenue luz que iluminaba el jardín. Chris apagó el interruptor, entrando en la casa para ponerse ambos el pijama. Keith no necesitó ayuda, porque para entonces la brisa cálida y húmeda le había ayudado a despejarse un poco. Chris le siguió hasta el exterior, dejando las luces apagadas mientras miraba de forma indecisa la hamaca.

—¿Cómo se sube uno aquí sin caerse? —murmuró Keith mientras se acercaba indeciso a la tela suspendida entre dos árboles.

Lo escuchó chasquear la lengua, pero momentos después Chris estaba recostado sobre la hamaca. Abrió un hueco para él y le indicó que se sentase allí. Cuando lo hizo, fue fácil terminar de tumbarse para quedar acostado a su lado. Y Dios, qué agradable era. Aquel sonido hipnótico del mar; Las estrellas reluciendo sobre ellos; Y los mosquitos atraídos por aquella luz violácea que parecía mantenerlos atrapados y lejos de ellos. Keith levantó un poco el rostro para volverse y depositar un beso en la mandíbula de Chris. Este tomó su rostro para profundizar el beso, pero momentos después le soltó, pasando su otro brazo por la cintura de Keith y pegarlo completamente a su cuerpo. No había nada sexual. No en ese momento. Solo una sensación tan cálida y agradable que simplemente depositó otro beso en aquella mano que seguía reposando en su mejilla, acariciando su piel caliente con lentos y suaves movimientos.

—Me gusta esto. Podríamos quedarnos aquí a vivir para siempre.

—Te aburrirías de la playa. Y de no hacer nada.

Keith lo pensó por unos momentos, viendo difícil, en realidad, el aburrirse de aquella maravilla. Pero en algo tenía razón.

—No podría dejar mi trabajo. Ni a la familia.

Chris contestó con un sonido algo somnoliento y cómodo. Una especie de ronroneo que le hizo sonreír.

—¿Chris?

—Dime, esposo.

—Te amo.

Sintió sus brazos ceñirse más a su alrededor, y su aliento, cálido contra su oído, le acarició haciéndole cosquillas.

—Lo sé, Keith, lo sé. Yo también te quiero —susurró. Seguramente él ya estuviese dormido, pero no importaba. Ya se lo diría mañana. Aún tenían nueve días para disfrutar.

DÍA 2

Las luces de la mañana empezaron a entrar demasiado temprano en la habitación. Llegaron con la consciencia de dónde estaba. Y con quién. Amodorrado, enterró el rostro en la espalda ajena mientras suspiraba, removiéndose levemente. A su lado, Keith seguía profundamente dormido, y la experiencia de sus antiguas resacas le decía que seguramente seguiría haciéndolo durante unas horas más. Eran solo las seis y media de la mañana. Se quedó un rato más allí, disfrutando de la quietud del día, pero unos diez minutos fueron suficientes como para empezar a ponerse nervioso, por lo que finalmente se apartó con lentitud y abandonó la habitación. La noche anterior había tenido que cargar el cuerpo liviano de su esposo hasta la cama después de que este se quedara profundamente dormido en sus brazos. Keith se había despertado dos veces durante la noche, una sediento y otra a causa de un sueño. Uno raro, a juzgar por sus gritos sobre patatas asadas y perros que hablaban.

Una ducha rápida y un lavado de dientes, y decidió salir de la habitación. Ni siquiera a aquellas horas hacía realmente frío, pero al menos el calor del medio día estaba muy lejos aún. Sus pies, calzados con sandalias, lo llevaron a la playa privada frente a ellos, donde no vio a nadie más. El mar traía lentamente la espuma blanca de las olas en un rítmico y tranquilo vaivén. Era tranquilizante, por lo que se sentó en una de las tumbonas frente al mar y simplemente se quedó allí, mirando el horizonte mientras dejaba que la tensión de su cuerpo se evaporase lenta y trabajosamente. Hacía demasiado tiempo que no paraba de trabajar. Ni siquiera después de casarse, hacía ya más de un año, había podido tomarse el tiempo necesario para hacer un viaje. Siempre había alguna obligación que le ataba a la silla de su despacho. Negocios que cerrar, eventos que organizar. Socios que tranquilizar o agasajar. Keith no había estado mucho mejor en cuanto a tiempo libre, por lo que el momento pasó, todos los momentos pasaron, y finalmente más de un año después Chris se había plantado delante de su esposo casi exigiendo tomar un descanso. Lo había visto en sus ojeras, profundas bajo sus ojos grises. Así como en el nerviosismo creciente que hacía de las noches de Keith horas intranquilas. Simplemente necesitaban cortar con la rutina y despejar un poco sus mentes.

Habían tardado un mes y medio en decidir dónde ir. Keith estaba empeñado en que fuese la costa, a pesar de que a Chris no le hubiera importado ir a algún lugar nevado a practicar esquí. Cedió, porque Keith, en realidad, había tenido muy pocas oportunidades de hacer este tipo de viajes durante su vida. Él se encargaría de guardarse, a partir de ahora, un espacio de tiempo al año para salir de casa. Como fuera, entre las playas mencionadas, finalmente optaron por México. El Caribe estaba lo suficientemente cerca como para no tener que pasar demasiado tiempo en un avión. Ni siquiera cuatro horas los había llevado ir de un punto al otro. Y aquel paisaje era simplemente maravilloso. Tuvieron que elegir también qué tipo de viaje preferían. Si uno que les mantuviese en el confort de algún complejo hostelero con todo incluido, o si moverse para ver las diferentes cosas que el lugar tenía para ofrecer. Chris había sido advertido sobre cosas de seguridad. Sobre ostentaciones y carreteras que no deben tomarse a determinadas horas. Pero tras hablar con algunos conocidos de Greg, que vivían en la zona, finalmente optaron por alquilar un coche y moverse, al menos, por la zona de Tulum.

Aquel día se quedarían allí, en el pueblo, porque había un enorme complejo arqueológico maya justo en la orilla de la playa. Le había prometido además a Keith hacer snorkel, lo que podría ser una buena actividad para más tarde. Aquella noche, se prometió, si Keith quería beber

sería en el interior de la habitación. O si acaso en los bares y discotecas de la línea de playa. Frunció el ceño mientras recordaba lo sucedido el día anterior. Cómo Keith casi había aceptado beber de un extraño. Y no es que Chris fuese especialmente paranoico, pero si alguien lo reconocía, si alguien se daba cuenta de quienes eran, podía ser peligroso andar confiando en los demás así de fácil. Keith borracho, no obstante, siempre era divertido, y aquella noche no fue la excepción. Era un poco ridículo, sí, pero también sacaba todas las inhibiciones de ese delgado cuerpo suyo. No iba a admitirlo en voz alta, pero le había gustado tumbarse a su lado en la hamaca mientras veía las estrellas y escuchaba su pausada respiración a medida que se quedaba dormido.

Keith se levantó sobre las ocho. Chris fue consciente de ello porque el moreno salió llamando por él. Cómo si fuese a irse a algún sitio y dejarlo allí, pensó divertido. Tuvo que esperar a que se duchase y arreglase para finalmente salir ambos a desayunar al restaurante. Había un enorme buffet allí. Café, chocolate, zumos y desde panadería hasta desayunos americanos. Keith se llenó su plato de crepes, mas Chris optó por un coctel de frutas, unas tostadas y café. Ya se había acostumbrado a que su esposo tomase chocolate cada día para desayunar, aunque seguía sin comprender cómo podía aguantar todo el día despierto y activo sin tomar ni una gota de cafeína. No había mucha gente en el restaurante, por lo que un silencio cómodo reinaba en el ambiente.

—No pienso beber en el resto del viaje —se quejó Keith mientras terminaba su segundo base de agua.

—Eso no se lo cree nadie.

—Ya verás si no. —Keith le echó un vistazo poco sutil, deteniéndose en la apertura de su camisa clara—. Te ves bien esta mañana, esposo.

—Podría decir lo mismo si no fuese por esas ojeras que tienes, Keith.

—Ya se irán.

Chris terminó su fruta, que estaba endulzada con miel y yogurt, y bebió un largo trago de café. Estaba muy bueno, y las frutas estacionales y tropicales también. A su lado pasó una pareja joven cogida de la mano. Iban hablando alegremente mientras abandonaban su mesa y salían del local. Chris pensó, no por primera vez desde que llegaron, que era un problema el no poder comportarse con Keith como le diese la gana para cuidarse de miradas ajenas. Pero ya hacía mucho tiempo que había aprendido a saber dónde podía causar problemas el mostrar sus preferencias sexuales. Uno de los camareros retiró los platos vacíos, preguntando si necesitaban algo más. No era así, y ambos salieron de allí para regresar a la cabaña.

—¿Has visto mi sombrero? —preguntó Keith mientras revolvía entre sus cosas.

—Esta mañana estaba en la habitación.

Keith entró a buscarlo y salió con aquella especie de palmera ridícula enganchada en la cabeza. Se estaba embadurnando en crema solar, y llevaba sus bermudas para bañarse y una camiseta de algodón que le tapaba los hombros y la mitad de los brazos. Chris llevaba una gorra negra, una gafas de sol y un montón de crema protectora y de antimosquitos encima.

—Hueles fatal, Douglas.

—Y tú tienes un olfato de perro. Casi no huele.

No era del todo cierto, ya que el repelente tenía un olor dulzón un poco desagradable. Pero había tantos insectos voladores que cualquier otra opción los habría llenado de incómodas picaduras. Chris agarró el ala del sombrero de Keith y lo acercó hasta depositar un beso brusco sobre sus labios.

—Está cerca, pero iremos en coche y aparcaremos en la playa privada que está justo al lado. Este camino está lleno de vegetación y ni el repelente será suficiente.

Keith asintió, guardando una pequeña cámara en su bolso y colgando la toalla en su cuello.

Cerraron la puerta y dejaron la llave en la recepción, para evitar posibles problemas con ella. Efectivamente, el camino que llevaba al yacimiento duró menos de cinco minutos, y dejaron el coche aparcado en la playa junto a él. Unas cadenas impedían el paso de los autos, y la gente empezaba a llenar el camino de tierra. Keith lo amó. Los diferentes montículos, las explicaciones grabadas en paneles expositivos, las piedras que componían el suelo. Keith hizo tantas fotos que llegado un momento Chris le quitó la cámara para fotografiarlo a él. Era un recorrido largo, y para cuando salieron eran ya casi las doce. Tenían hambre, por lo que antes de comprar el paquete de snorkel decidieron sentarse en uno de los lugares junto a la playa donde vendían bebidas y comida. Era refrescante tomarse una cerveza que aplacara un poco el calor sofocante del lugar. Las vistas, no obstante, eran increíbles.

Keith aprovechó el momento para llamar a Alex, quien le había estado mandando mensajes todo el rato. Ambos hablaron y hablaron hasta que Chris, aburrido, se levantó para acercarse al puesto donde se contrataban los paquetes. Chris había escuchado a las personas que les precedieron pagar 500 pesos, por lo que, al ser informado de que el precio era de 200 dólares, estuvo a punto de golpear al ladino vendedor. Tan furioso se puso que finalmente le vendieron todo al mismo precio que al resto, y Keith terminó enfadado con él y amenazándolo con no salvarlo ni mover un pelo si le lanzaban de la lancha allí en el mar. Por suerte, la caseta estaba lejos y nadie pareció mirarlo mal. Dejaron las bolsas con el dinero que les sobraba en el pequeño guardarropa que les enseñaron. La cámara de Keith iba protegida contra el agua, por lo que se la llevó consigo. El viaje en lancha pasaba primero por las ruinas, mostrándoles una vista que no se podía ver de ninguna otra manera. Y después se adentraron en el área de corales.

—¿Alguien tiene ya experiencia?

—De las ocho personas de la lancha, solo dos afirmaron. Chris fue uno de ellos. El resto prestó atención mientras les enseñaban cómo colocarse las aletas enormes, las gafas y el tubo. Este último era opcional para aquellos que no se sintiesen cómodos con él, pero ambos, Keith y él, decidieron usarlo para poder ver mejor. Y para su sorpresa, él, que no solía disfrutar de ese tipo de actividades, se divirtió. Keith no se separó de su lado, impresionado por las enormes mantas rayas que pasaban junto a ellos. Había al menos cinco cerca de ellos, una especialmente grande. El encargado les dijo que no tocasen a los animales. Las rayas eran además peligrosas, por lo que ambos las observaron desde arriba y las persiguieron de aquí para allá. Cuando una tortuga mediana apareció frente a Keith, este casi se ahogó del susto, pero después empezó a jugar con ella sin llegar a tocarla. Cuando salieron del agua, Keith estaba prácticamente sin respiración.

—¿Por qué demonios no estás tan cansado como yo? —le recriminó Keith mientras se sacaba las aletas y todo lo demás.

—Porque yo sí que hago ejercicio.

Keith le miró mal, volviéndose hacia el responsable para devolver sus gafas. Le sonrió y le agradeció con un español que daba pena, pero el chico le devolvió la sonrisa amablemente mientras guardaba todo y su compañero se encargaba de regresarlos a tierra. Ambos recuperaron sus pertenencias y dieron un paseo por la playa. Chris tenía hambre de nuevo, pero esta vez decidieron volver a la cabaña y llevarse allí el menú. Comieron en el porche, en aquellas sillas rústicas y cómodas, mientras Keith probaba las salsas picantes que tenían. Chris tuvo que reírse cuando lo vio lloriquear mientras el sudor le corría por el cuerpo. La cabaña, además, tenía una piscina privada en la que Keith se tiró en bomba después de comer. Chris se tumbó en la tumbona, haciendo caso omiso de los gritos de su esposo para que lo acompañase. O así lo hizo hasta el que moreno empezó a salpicarle agua.

—¡Eres un cascarrabias, Christopher Douglas! —le gritó Keith mientras nadaba hasta el otro

extremo de la estrecha piscina. Chris se zambulló, buceando hacia su esposo. Le escuchó gritar mientras le metía dentro del agua empujando por sus hombros. Salió como un perro mojado, jadeando y tosiendo a la vez.

—¡Maldita sea, Chris! Vas a ahogarme con esa fuerza bruta que tienes.

Le volvió a hundir, solo porque podía. Y Keith terminó salpicándole agua mientras intentaba escapar de él. Su atención se vio atraída, no obstante, hacia la curva del trasero de su esposo, que había quedado expuesta al resbalar el bañador por sus caderas. Guardándose la sonrisa, nadó hasta donde hacía pie, dejando el que agua cubriese hasta su abdomen, y lo llamó.

—Keith.

—Tramposo —le escucho murmurar mientras flotaba lejos de él.

—Ven aquí, ratita.

—Ni hablar.

—Ven aquí y quítate ese bañador.

La única prenda que cubría su propio cuerpo salió volando hasta uno de los extremos de la piscina y Keith, repentinamente quieto, le miró como si quisiera comprobar qué había bajo el agua.

—Ven aquí, esposo —repetió.

—Eres insufrible, Douglas.

Pero Keith nadó hacia él, quedando de pie justo a su lado. La piel pálida brillaba con las gotas que se deslizaban por el pecho delgado. Y aquellos pequeños pezones claros estaba inhiestos y húmedos. Con un gemido de frustración, lo agarró por las nalgas para acercarlo más, dejando que sus cuerpos se amoldasen mientras buscaba sus labios. Se empujó hasta llegar a uno de los extremos de la piscina, allí donde no cubría casi, y lo sentó en el borde. Keith se había desecho de su bañador, y su miembro se sacudió frente a su rostro. Lo tomó con la mano mientras besaba su boca. Keith le abrazó, rodeándole con sus piernas mientras pedía por más. Y Chris, simplemente, abandonó esos labios para descender por el pecho, por el ombligo y finalmente por la ingle. Le escuchó gemir y entonces, simplemente, se dejó llevar por los sonidos emitidos por Keith. Nunca lo admitiría en voz alta, pero disfrutaba chupando a su esposo. Era una suerte de control cedido por completo que le posibilitaba llevarle allí donde quería. Cuando Keith terminó, le agarró del brazo para que saliera del agua.

—Venga, Douglas. Tengo que devolverte el favor.

—Soy todo tuyo, ratita.

Aquella noche decidieron buscar algún bar cercano al hotel donde no tuviesen que ir en coche o taxi. Había diferentes locales con las más variadas opciones. Finalmente optaron por uno que ofrecía música en vivo y que estaba enteramente construido por madera, con sillones y mesas circulares repletos de cómodos almohadones.

—¿Qué van a querer? —preguntó la camarera cuando llegó hacia ellos.

—Mojito, por favor.

—Que sean dos —añadió Chris.

—No me copies, esposo.

—Lo recomiendan tanto en la carta que difícilmente se puede llamar copia, esposo.

Keith bufó de forma bastante maleducada ante el sarcasmo puesto en su última palabra. El moreno se había vestido completamente de blanco, y a pesar de su piel pálida, estaba muy guapo. Quizás era aquel cabello rebelde y negro, que caía por sus sienes y frente de forma algo alocada. O quizás fueron aquellos ojos grandes y grises bordeados de pestañas. También podía ser esos labios gruesos y oscuros, listos siempre para ser besados. Pero, sinceramente, seguro que mucho

más tenía que ver su propia afición por los atributos de su esposo. Keith se movía al compás de la música de forma relajada mientras probaba su bebida, la cual, tuvo que admitir Chris, estaba deliciosa. Quizás algo más dulce de lo que usualmente bebía, pero deliciosa aun así.

—¿Bailas? —le preguntó Keith. Pero él sabía. Sabía que odiaba bailar, y más con gente a su alrededor. Sin embargo, allí donde la cumbia, la salsa y la bachata se juntaban con el alcohol, la gente no medía acompañantes a la hora de sacar a bailar. Y pronto una chica esbelta, vestida con un bonito vestido blanco, se acercó hasta ellos.

—¿Bailas? —le preguntó a Keith directamente. Quizás había visto los movimientos del chico en su propia silla, ansioso, en realidad, por probar si recordaba algo de aquellas clases de bachata que tomó hace tiempo.

—La verdad es que no soy muy bueno en ello —contestó, avergonzado. Miró a Chris, que solo le devolvió la mirada con un encogimiento de hombros. Y entonces le vio cuadrarse, llenarse de aire y asentir.

—Entonces yo te llevaré —dijo la chica, y ambos salieron a la pista para dejarse llevar por los acordes de uno de los ritmos más pegadizos del baile: la bachata.

Chris lo observó moverse, a veces de forma torpe, mientras la chica reía con él. No había celos allí, solo una sensación cálida mientras le observaba reír y divertirse. Por unos momentos se preguntó si tan malo sería bailar con él. Allí, en medio de las aguas turquesas del caribe, de calor de la noche y de la música pegadiza. Después de esa canción llegó otra, y para cuando Keith volvió Chris ya había terminado su bebida.

—¿Te divertiste? —preguntó en tono suave, sin reproches, esta vez.

—¡Sí! No sé porque aquí todos parecen profesionales. Da un poco de vergüenza, la verdad.

—Solo es cuestión de dejarse llevar, ¿o no?

Keith le miró intensamente, sentándose y bebiendo de su propio baso. Sabía lo que quería decir y no podía. Sabía que Keith, en el fondo, le animaría a dejarse llevar también. Pero para Chris aquello era más complicado. Y más aún en público.

—Después, en casa, te enseñaré bachata —aseguró Keith, decidido.

Chris le tomó la mano para acariciarle la piel enrojecida. Se había quemado, pero Keith no se apartó, apretando sus dedos mientras se inclinaba hacia él.

—Y si eres bueno, puede que te enseñe mientras bailamos desnudos.

Aquello, desde luego, sí que llamó su atención. Una lenta sonrisa adornó sus labios mientras recorría con su mirada el delgado cuerpo de Keith.

—Eso es interesante, esposo. Me gustará ver cómo meneas ese culo tuyo.

—Lo mismo digo, Douglas.

Tomaron dos copas más y Keith bailó algunas otras canciones con diferentes chicas que se acercaron hasta ellos. Solo una fue lo suficientemente valiente como para ignorar aquella aura de distanciamiento de Chris y pedirle bailar. Chris se negó, pero lo hizo de la forma más amable posible. La amiga de ella se encontraba girando en la pista con su esposo en aquellos momentos. Cuando Keith regreso aquella vez, tenía es rostro sonrojado y una enorme sonrisa. Los mojitos parecían haberse subido a su sistema, y sus ojos brillaban de forma sospechosa.

—Ella era una bailarina maravillosa.

—Me alegro.

—Y hermosa —insistió Keith.

—Sí que lo era.

Keith frunció el ceño, mirándole desde su silla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y bien? —preguntó, mohíno.

—¿Y bien qué? —se hizo el obtuso.

—¡Oh, vamos! ¿No tienes nada qué decir? ¿Ninguno de esos comentarios tuyos sobre yo y cualquiera que se acerque con intenciones raras?

—¿Quieres que diga algo?

Pero Keith le conocía ya lo suficientemente bien como para caer en ello. Se mordió aquellos hermosos labios y giró la cabeza, observando la pista.

—Venga, Keith.

—Solo me parece raro que no te entren tus neuras.

—Fuiste tú quien me obligó a prometer que me comportaría, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y entonces?

Keith lo miró y Chris casi se arrepintió de haberle picado así ante la herida que se veía en aquellos ojos.

—Yo solo... —empezó Keith—. No me gusta tampoco verte tan indiferente.

—¿Entonces quieres que me ponga celoso!

—¡No! Por favor, me da la sensación de que te estás guardando algo, porque obviamente así no eres tú. Con promesa o sin ella. Me hace preocuparme.

—Pues no tienes razón para ello.

—Lo sé. Solo es raro. Y me pone nervioso.

—Keith, puedes bailar y hablar con quién quieras. Creo que hemos llegado a ese punto de confianza. Sé que a veces me comporto como un gilipollas. Lo sé. Pero no me atrevería si quiera a mirarte raro porque bailes con alguien.

Keith guardó silencio y pareció rendirse tras unos momentos de duda. Finalmente, agarró la mano de Chris para inclinarse hacia él.

—Vámonos a casa. Quiero que me hagas el amor, esposo. Y no quiero beber más. O podemos beber algo más allí, si queremos. Por no hablar de ese baile desnudo que me debes.

—Eres insaciable, ratita.

—Si no me hubiera acostumbrado a ese estúpido apodo tuyo, te lavaría la boca con lejía.

—Te gusta. Lo sabes.

Chris entendía que para oídos ajenos aquel apodo podía sonar mal. Pero era algo entre ellos. Un recuerdo de cómo había empezado lo suyo y llegó finalmente a donde llegó. Él siempre sería su ratita. Aquella que amó y que le volvió loco durante tanto tiempo. ¿Celos, decía? Por supuesto que no le gustaba que Keith riese así en brazos ajenos. Que amoldase su cuerpo, aquel cuerpo que se entregaba al suyo casi cada noche, contra ningún otro. Pero también entendía que la independencia y autonomía de Keith era tan necesaria para su autoconfianza como la propia voluntad del chico. Así que sí. Si para que él se sintiese mejor debió verlo bailar borracho con chicas exuberantes y de vestidos ligeros y sonrisas amplias, pues que así fuera. Keith no le iba a engañar. Keith le amaba, y llegar a comprender aquello le había llevado tanto tiempo que cuando finalmente se asentó en su mente, lo hizo de forma contundente.

Finalmente, al regresar a la casa, ambos estaban cansados. Keith se metió en la cama tras una rápida ducha, ya que tenía arena por todas partes. Cuando fue el turno de Chris, lo encontró ya dormido, descansando en posición fetal y con la sábana a sus pies. La respiración suave, que cuando bebía tornaba en pequeños ronquidos, se dejaba oír en la quietud de la noche. Y mientras era arrullado por el sonido del mar, Chris se tendió a su lado, atrajo su cuerpo hasta que quedó pegado al suyo y cerró los ojos, una sonrisa hermosa en sus labios. Ya bailarían desnudos mañana.

DÍA 3

—Keith, por el amor de... ¿Vas a salir de una vez del maldito baño?

—¡Dame un momento! ¡Solo un momento! Qué impaciencia.

—¡Llevas veinte minutos!

—Esto es complicado, esposo, así que simplemente no me metas prisa.

—¿Y qué demonios estás haciendo, de todos modos?

—Ya verás. Solo vete un rato por ahí fuera. Ahora salgo yo.

—¿Quieres que me vaya a desayunar sin tí?

—¡No! —gritó, frustrado, cuando se hizo más daño del debido—. ¡Solo quiero que te vayas a dar un maldito paseo, Douglas!

Su enfado debió ser evidente, pues Chris maldijo y sus pasos se escucharon alejándose. Ya vería después, ahora tenía que terminar con aquello que se suponía iba a ser una especie de regalo y que sin embargo se estaba convirtiendo en una tortura china. ¿Calentar con las manos? ¿Es muy fácil? Iba a matar a ese idiota de Alex. Cerró los ojos, suspiró, y tiró. Fue imposible ahogar completamente el grito que escapó de entre sus labios. Aquella zona debía ser mucho más sensible que las otras, pensó. Y gracias tenía que dar aún de no tener demasiado pelo. ¿A quién demonios se le había ocurrido la idea de que depilarse completamente ahí abajo era un buen regalo? Ah, sí. A él. Quizás Chris ni lo notase. Quizás después le molestase demasiado como para entrar a nadar. Maldición, ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho todo bien, pero la idea de ir a una peluquería para que le depilasen ahí simplemente estaba fuera de cuestión. Y Keith se olvidó de hacerlo antes del viaje. Era todo maravilloso.

Calentó otra de las bandas con las manos, abriéndola entonces y colocándola en el único lugar que veía ya con vello púbico. Cogió aire lentamente, volvió a cerrar los ojos, apretó los dientes y tiró. Consiguió aguantarse el grito esta vez, pero las lágrimas cayeron por sus mejillas de forma imparable. Lo único que faltaba. Frustrado, decidió que ya estaba bien así. Se untó la crema que venía con el paquete de tiras de depilación y se puso la ropa interior más holgada que encontró. Hoy iban a ir a Cobá, un yacimiento en medio de la selva donde quedaba una de las pocas pirámides que se podía escalar. Cerca de allí había algunos pueblos donde podían probar comida yucateca, algo que Keith estaba decidido a hacer. Picase lo que picase.

Cuando finalmente salió, Chris le esperaba cruzado de brazos ya apoyado en la puerta de salida. Tenía el ceño fruncido, y el gesto no cambió cuando le vio. Mas, al percatarse de su rostro sonrojado y de sus ojos, que para disgusto de Keith estaban hinchados y un poco enrojecidos, el ceño dio paso a una mueca de preocupación.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. —Llegó hasta él y tuvo que alzarse un poco para depositar un beso en aquella boca fruncida. Chris le sostuvo, profundizando por un momento el beso—. Vayamos a desayunar, tengo mucha hambre.

Con un último mordisco sobre su boca, Chris se apartó, abrió la puerta y le invitó a salir. Por segundo día consecutivo, y ante la mirada socarrona de Chris, Keith comió Crepes. Con Nutella. Mucha Nutella. Se sintió mal al ver la fruta de Chris, por lo que le puso trozos de plátano por encima. Estaba bueno, pero la mirada de su esposo le indicó lo que pensaba de aquella ironía.

Cobá estaba a cuarenta y cinco minutos de Tulum. Justo al lado de un pueblecito del cual Keith no recordaba el nombre. Junto al yacimiento, además, había algunos cenotes que se podían visitar.

Salieron sobre las diez de la mañana, llegando casi a las once. Keith había parado justo en la entrada para comprarle a dos muchachos unos jugos de melón. Cuando uno de los chicos le preguntó si quería azúcar, Keith simplemente se lo quedó mirando extrañado. El melón era muy dulce de por sí. Pensó haberlo entendido mal, pero Chris, aún desde el coche, rechazó el ofrecimiento y Keith pagó ambos vasos para meterlos en el coche bien guardados en bolsas de plástico que se encargó de sellar. Fue nada más entrar en el recinto del yacimiento que se dio cuenta de que quizás la depilación de aquella mañana había sido una idea fatal.

—Podemos alquilar un par de bicis, será agradable...

—¡Mejor no! —Casi gritó, interrumpiendo al rubio y tapándose, involuntariamente, la ingle.

—¿No quieres una bici? Pero a ti te gusta pasear en ellas. Además...

—Hace muy buen tiempo, prefiero pasear. ¡Será más bonito!

¡Mentira! Hubiera sido maravilloso ir en bici con él, pensó medio abatido. Pero tras pagar la entrada, que terminó siendo más cara de lo esperado por no ser ni estudiante, ni niño ni anciano, pronto se olvidó de sus penas. Sí que era agradable. Hacía calor, por supuesto, pero el bosque selvático cubría sus cabezas, haciendo del clima algo mucho más llevadero. Los caminos iban ofreciendo paradas en diferentes rincones, donde pirámides más pequeñas y diferentes restos de lo que había sido el yacimiento completo se dejaban ver. Las bicicletas pasaban a su lado, a veces demasiado veloces cuando se trataba de niños. Y también estaban los carros que transportaban a dos personas y eran empujados por hombres que seguramente estaban mucho más fuertes que Chris y él juntos.

—¡Mira Chris! ¡Es un lagarto!

No tenía ni idea de qué tipo, pero era verde y sorprendentemente grande. Parado en un lateral del camino y posando, al parecer, para las fotos de los turistas. Tuvo que sonreír mientras se acercaba con su propia cámara. El animal no tardó en escaparse, y Chris y él siguieron su camino hasta llegar a la pirámide principal.

—Vaya —fue cuanto masculló al pararse frente a la inmensa estructura.

—¿Miedo?

—Claro que... —Guardó silencio, pensando en lo tonto que sería no decir lo obvio—. Es inmensa. Y esos escalones parecen minúsculos.

—¿Quieres quedarte abajo?

—Ni hablar. Hemos venido hasta aquí para subir esa cosa. ¡Adelante!

Chris compró una botella de agua en un puesto que estaba justo en frente de la pirámide. Las personas bajaban sentadas, escalón por escalón, pero subían por el centro, agarrados a una cuerda gruesa que colgaba desde arriba. Keith se prometió no mirar abajo hasta llegar a la cima, y lo que tuvo que ver fue a su esposo subir como si se tratasen de las escaleras de su casa. Maldito Douglas. Finalmente, y casi sin aire, llegó. Y la vista fue espectacular. Tanto verde a su alrededor que era increíble. Realmente increíble. Chris, para variar, se hizo algunas fotos con él. Y el rubio se dedicó a recorrer el perímetro para ver desde todos los ángulos permitidos. La parte trasera se encontraba cerrada.

—Bueno, quizás debamos ir bajando. Se nos va a hacer tarde y hace demasiado calor —dijo Chris tras un rato.

Keith estaba sudando a mares, con la camiseta pegada al pecho. Pero de nuevo miró hacia abajo, a las escaleras, y retrocedió.

—Quizás otro rato.

—Sabes que tenemos que bajar, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Entonces?

Sonrojado y demasiado acalorado, se dio cuenta de que debía hacerlo ya. Terminaría con un golpe de calor de otra forma. Con un suspiro tembloroso se sentó en el borde. Quizás si no miraba hacia abajo.

—¡Keith, sino miras, vas a matarte! —Sí, gracias, Einstein—. Escúchame, yo iré primero y tú baja detrás de mí. Iremos despacio.

Fue una tortura. Y más al ver a otras personas que bajaban casi dando saltos por los escalones. Como si fuesen malditas cabras. Cuando por fin llegaron al suelo, Keith se encontraba tan sofocado que Chris se empeñó en tomar uno de aquellos carritos mientras le hacía beber agua. Le estaba tocando demasiado. La frente, el cuello, el rostro, y las miradas sobre ellos empezaban a ser incómodas. Por suerte los carritos estaban por todos lados, y en menos tiempo del que creía posible ya habían llegado a la entrada del recinto.

—Por aquí hay un restaurante que me recomendaron en la recepción —le explicó Chris mientras conducía despacio en la carretera cercana al pueblo. Keith solo sabía que tenía hambre y que necesitaba un baño. Con urgencia. De cualquier forma, había merecido la pena. El lugar efectivamente existía. Era una especie de restaurante rústico atendido por una familia de yucatecos. Fueron tan amables que Keith se sintió fatal por no poder entenderles ni una palabra. Hablaban demasiado rápido para él, y con un acento que se le complicaba aún más. Finalmente Chris le ayudó a elegir un plato del menú. Uno con un picante suave que llevaba elote, pollo y bastantes cosas más que Keith no conocía. El aguacate, eterno compañero de aquellas tierras, también fue servido. Chris se había pedido lo mismo.

El recepcionista del hotel sabía que eran pareja. No debió ser complicado llegar a aquella conclusión, y les informó de forma educada que tuvieran cuidado con las muestras de afecto en determinadas zonas más alejadas de las ciudades.

—Ha habido un incremento de violencia hacia las personas homosexuales. Mejor tener cuidado que tener que lamentarse.

Chris no lo tocó en toda la comida; la cual, por cierto, estuvo deliciosa.

—¿Quieres ir a los cenotes o regresamos mañana? —preguntó Chris mientras terminaba lo que quedaba sobre su plato. Había rebañado absolutamente todo con aquellas tortillas de maíz azul que les dieron.

—Hoy. El agua debe estar maravillosa. Y así podemos ver otras cosas mañana.

Chris asintió. Tenían todo el dinero dividido entre dos pequeñas riñoneras. Aquella vez pagó Keith, dejando una propina generosa e intentando despedirse de aquella gente lo mejor que pudo. Le consoló que ellos le sonrieran, amigables. Cuando salieron, el sol estaba insoportablemente caliente, pero el aire acondicionado ayudó. Los cenotes, que eran tres, estaban justo al lado del yacimiento, por lo que tuvieron que volver. No tenían ni idea de cuál visitar, o si tendrían tiempo para entrar en más de uno, pero finalmente una cueva con una piscina de agua fría y limpia los recibió. Había una plataforma de madera arriba, para que la gente pudiese bajar por unas escaleras. Keith solo pudo quedarse mudo ante aquello.

—Es hermoso —susurró mientras veía como el agua se reflejaba en la roca oscura, iluminada con las luces artificiales. En algunos puntos la misma agua tornaba en tonalidades diferentes y maravillosas. Estaba tan absorto observando su alrededor, y agradeciendo que solo tres personas más estuviesen allí con ellos, además del guardia, que se sobresaltó cuando a su lado alguien se lanzó al agua. Chris salió enseguida, su cabello completamente pegado al cráneo y aun así tan guapo como siempre. Idiota presumido. Era agua dulce, así que cuando Keith se metió, más lentamente, por las escaleras, no notó el escozor que esperaba en su ingle. El agua, efectivamente,

estaba fría, pero fue un regalo para su piel enrojecida. Nadó cerca de la cuerda de seguridad, pero Chris se acercó hasta él, lanzándole agua.

—¿En serio quieres ponerte a jugar aquí? Si me ahogo te arrepentirás toda tu vida.

Su esposo rodó los ojos, lo agarró de nuevo y lo sumergió. Keith casi se ahogó, pero antes de salir Chris le atrajo hacia sí para plantarle un beso en la boca cerrada. Estaban contra un poste de madera, a salvo de miradas indiscretas. Y Keith le abrazó mientras maldecía a aquel mundo estúpido que a veces no veía bien su amor. Nadaron de aquí para allá, hasta que Keith estuvo lo suficientemente cansado como para salirse y quedarse allí, apoyado en la madera, mientras observaba al otro nadar de espaldas. No era el único que miraba. A su lado, dos chicas susurraban y se reían en voz baja entre ellas mientras lanzaban miradas calientes en dirección a Chris. Pero a Keith no pudo importarle menos. Qué mirasen lo que quisieran. En unas horas ellos estarían en aquella cabaña de ensueño. Seguramente en la cama. O en la piscina. O sobre los cojines. Y estarían haciendo el amor.

Al regresar, Chris decidió detenerse en uno de los pueblos que se desarrollaban a ambos lados de la carretera, y en donde artesanos mostraban sus trabajos para vender. Allí compró una colorida máscara que, según explicó, colgaría en su despacho. Keith lo miró con las cejas arqueadas.

—Alguien va a tirarla por la ventana. No podría desentonar más en ese espacio anodino y soso que tienes para trabajar. No sé cómo no mueres de aburrimiento.

Chris solo le miró fijamente, lanzando una sonrisa ladeada que hizo a Keith darle un suave golpe en el hombro.

—Te gusta mi oficina.

—Claro que no.

—No decías eso la otra semana, cuando te tumbé sobre la mesa y no parabas de gemir.

Keith, a punto de entrar al coche, se detuvo en seco.

—Eres un creído, Douglas. Deberías recordar lo que le pasó a Grey.

—¿Christian Grey?

—¡Dorian Grey!

Enfadado, Keith subió al coche, cerró la puerta y se cruzó de brazos.

—Vamos, Keith. Solo era una broma.

—De muy mal gusto, esposo.

—No sabía que existía eso entre nosotros.

—Por supuesto que sí.

Chris se inclinó para encender el aire acondicionado. También para colocar el cinturón de Keith en su sitio. En un arrebato, agarró el cuello de la camiseta del rubio y estampó sus bocas juntas, alargando el beso mientras que Chris metía los dedos en sus ingobernables cabellos.

—Pero puedes compensarme en cuanto llegemos —murmuró finalmente.

Chris soltó una risa rara, arrancó el motor y se puso en marcha. Tardaron poco más de media hora en llegar. El calor inmediato que sintió al bajarse del coche pasó a segundo lugar cuando Chris abrió la puerta de la cabaña, encendió en aire acondicionado y se adentró hacia el baño. Sus ropas fueron quedándose en el camino, y lo último que pudo ver Keith, antes de que su marido se perdiese tras la puerta, fue ese trasero duro y pálido. Maldito fuera. Decidido, se quitó su ropa, la dejó en el cesto donde se ponían las prensas sucias, y lo siguió. Para cuando abrió la puerta del baño, el vapor del agua caliente se había extendido. Era increíble que, aun allí, onde tenían más de treinta grados fuera, Chris aún se duchase así. Con el agua casi hirviendo. Pero no se quejaría, pensó mientras divisaba su figura a través de la mampara.

—Hazme hueco, esposo —dijo mientras me metía de lleno bajo los chorros de agua. Puso una mueva cuando el calor hizo mella en sus quemaduras. Chris debió notarlo, ya que bajó la temperatura. Después, el rubio se llenó las manos de gel, las frotó hasta hacer espuma y se volvió hacia él.

—Ven aquí, ratita.

Y Keith, por supuesto, fue. Era agradable sentir aquellos dedos recorriendo su piel de forma suave, seguramente para evitar fricción en aquellas zonas doloridas. Fue aún más agradable cuando sintió sus labios sobre los hombros y la parte alta de la espalda, pequeños mordiscos de amor que, estaba seguro, dejarían alguna marca. Después vino el champú, y el pelo. Keith se quejó ante los tirones.

—Parece un nido de pájaro, Keith. Estate quieto por un momento.

Lo intentó, cerrando los ojos y suspirando cuando finalmente la espuma y posiblemente el acondicionador hicieron su trabajo y Chris pudo pasar los dedos a través de las hebras negras fácilmente.

—Vas a tener que cortarte de nuevo el pelo si no aprendes a controlarlo —le escuchó susurrar contra su oído, y entonces aquella boca que a veces era tan cruel, se posó sobre sus labios. Fue un toque leve, de mariposa, pero que pedía permiso para entrar. Y Keith se abrió a él, dejando que el agua escurriese el jabón lejos de su pelo y su cuerpo mientras con los ojos cerrados buscaba la piel desnuda de su marido. Estaba mojado y caliente, firme y, sabía, hermoso. Y Keith simplemente se dejó llevar por el beso mientras se fundía con él en un amasijo de nervios a flor de piel.

—No sabía que te gustaba depilarte esa zona, esposo —le escuchó susurrar cerca de su oído.

—Era una sorpresa. Pero ya me había olvidado.

—Después probaremos lo suave que es.

Keith gimió, apurando al rubio para que fuera más profundo. Más y más. Hasta que todo él estuviese lleno de Chris.

Más tarde, cuando el gua empezó a arrugar las puntas de sus dedos, salieron para dirigirse al cuarto de baño. El aire frío era incómodo sobre sus cuerpos húmedos, por lo que Keith lo apagó. Tuvo que sonreír cuando se volvió hacia Chris.

—Dirás lo que quieras sobre mi pelo, pero el tuyo es una locura, al menos antes de meterle un peine. —Se acercó hasta que pudo enganchar con sus dedos aquellos mechones que se enredaban entre sus dígitos de forma algo encrespada—. Siéntate, esposo. Es mi turno.

Chris lo hizo, así desnudo como estaba. Y Keith fue a buscar un peine para domar aquel amasijo de cabellos. Pronto estuvieron lisos y relucientes. Y más mojados de lo que deberían. Tomó una toalla seca e intentó quitar la humedad, pero Chris, en un movimiento rápido, se la arrebató de las manos y se puso de pie.

—Tu turno, Keith.

Siempre era agradable cuando él pasaba la tela por su cabello y su cuello, masajeando suavemente hasta que el pelo perdía parte de su humedad. Tuvo que recargar la cabeza contra una de aquellas manos cuando la otra le frotó detrás de la oreja. Le encantaba que hiciera eso. Pero pronto llegó el turno del peine, y Keith retrocedió.

—Ya puedo yo.

—¡Oh, venga Keith! Es un momento. Te eché acondicionador, por lo que no debería doler.

—Suspica, se quedó quieto, dejando que Chris se acercase y listo para huir en cualquier momento. Pero él tenía razón, y el peine pasó limpiamente entre su pelo húmedo. En esa posición, no obstante, Keith bajó la vista hasta la excitación de Chris, que se mantenía suspendida entre

ambos de forma notoria. Con un suspiro de placer, Keith la tomó entre sus dedos, dando un suave apretón y sonriendo cuando le escuchó gruñir algo ininteligible contra su oído.

—No te entendí, querido.

—Quería terminar con tu pelo, Keith, pero supongo que ya es suficiente.

Y Keith se vio alzado y tirado, de forma casi brusca, sobre la inmensa cama de la habitación. No pudo evitar soltar una risita nerviosa cuando Chris se cernió sobre él buscando su boca mientras le abría las piernas y se colocaba entre ellas.

—Esto va a ser vergonzosamente rápido. Yo lo sé y tú lo sabes. Después nos ocuparemos de ir más lento. Sintió sus dedos acariciar su entrada, y sin saber muy bien de donde había salido, el frío del lubricante los acompañó cuando se adentraron, trabajando rápido para estirarlo un poco. Keith pensó que ya casi no hacía falta. Que tenían sexi tan a menudo, que a veces temía por su trasero. Pero cuando lo sintió introducirse en él, lento y profundo, solo pudo gemir, escondiendo el rostro entre las sabanas mientras subía aún más el culo, hacía la ingle de su esposo.

—Muévete, Chris.

Y Chris así lo hizo. Rápido y algo desacompañado para el final. Ambos con las respiraciones pesadas y perdidos, momentáneamente, en ese clímax de sensaciones que los dejó flojos y satisfechos momentos después. Desde luego, Keith no había necesitado mucho para correrse. Chris se retiró con cuidado, se dirigió al baño y volvió con una toallita húmeda para limpiarle. Avergonzado, Keith le dejó mientras enterraba aún más el rostro entre los almohadones. Esperaba no ahogarse con tanta pluma. De pronto, a su mente vino algo que había estado rondando su memoria durante todo el día.

—¡Espera! —gritó al verle dirigirse hacia donde guardaban su ropa—. Aún no. Me debes algo, Chris.

—¿Qué?

Keith saltó de la cama tal y como su madre lo trajo al mundo, se acercó hasta el rubio y le arrebató la camiseta que acababa de agarrar.

—Aún no. No te muevas.

Buscó su teléfono entre sus pertenencias, y después trasteó con él hasta dar con lo que quería.

—¿Vas a fotografiarme así, Keith?

Chris no parecía divertido con la idea, y su ceño se arrugó mientras sus brazos se cruzaban frente al pecho.

—No, no es eso.

Unos instantes más y la música empezó a sonar. Una conocida canción de bachata que le hizo sonreír mientras se acercaba hasta él.

—Keith, no sé bailar esto. —Mirando hacia abajo, Chris masculló—. Y estamos desnudos.

—De eso se trataba, esposo. Ahora dame tu mano. Yo guío, tú solo sígueme.

Y fue un desastre. Porque Chris estaba demasiado tenso por momentos y distraído por su cuerpo la mayor parte del tiempo. Keith suspiró cuando las manos del rubio se posaron sobre su trasero, apretando la carne, que definitivamente estaba mucho menos dura que la de Chris, y atrayéndolo hacia sí.

—Definitivamente así no se baila bachata, Christopher Douglas.

—Me gusta más así.

—Ya, imagino. Pero...

Su boca le calló. Sus manos le recorrieron de arriba abajo, lenta y sensualmente mientras el ritmo de la música mecía sus cuerpos. Keith apoyó su rostro contra aquel hueco del cuello de Chris que tanto le gustaba, dejando un mordisco suave sobre la piel fresca. Lo sintió rodearle con

sus brazos, y momentos después ambos estaban sobre el suelo, con Keith sosteniéndose en manos y rodillas, y Chris tras él, buscando prepararle de nuevo. Bueno, pensó, aquello era tan maravilloso como bailar desnudos. Mejor, diría él. La tarde la pasaron encerrados en la cabaña. Salieron solo para meterse en la piscina, pero incluso la cena la pidieron allí. No se vistieron para nada, solo los bañadores por sí encontraban a alguien por las inmediaciones de la casa mientras se metían al agua. Pero las prendas tampoco les duraron allí mucho.

DÍA 4

Cuando Keith se enfadaba, se convertía en alguien infantil y malhablado. Cuando Keith se enfadaba por alguna tontería, Chris había aprendido a dejarle solo por algunas horas hasta que se le pasara. Su propio carácter hacía de su paciencia para determinadas cosas algo inexistente, por lo que aquella mañana, mientras lo veía caminar frente a él con andar airado y brazadas fuertes, simplemente suspiró, exasperado. No había sido su intención insultarle. Ni siquiera lo había tomado como tal hasta que vio la mirada herida de Keith, seguido por aquella actitud de hielo que solía tomar a veces en sus peleas.

En ocasiones, Chris agradecía que fuera así. Que no se quedase callado como al inició. Mostraba un tipo de confianza que había costado sudor y lágrimas conseguir, pero seguía siendo insoportablemente infantil a veces. Y más por un estúpido comentario sobre su cuerpo. Keith debería saber, a aquellas alturas, que Chris amaba cada parte de aquel delgado y pálido cuerpo.

—Keith —llamó por cuarta vez desde que salieron del desayuno. Mas Keith se limitó a seguir andando sin mirarle si quiera. Habían ido a Tulum para terminar las compras de recuerdos prometidas, y el calor empezaba a ser un poco agobiante. No había ido allí para perseguir su espalda, pensó frustrado—. Maldita sea, Keith, simplemente hablemos. Te estás comportando como un niño de cinco años.

—Bueno, ya que al parecer tengo un cuerpo de niño, por qué no imitar también su comportamiento.

—No seas idiota, yo...

—Vale, también soy idiota. Anotado.

Su paciencia, que nunca daba para mucho, empezó a desquebrajarse gracias a su actitud. Si al menos hablase con él para poder entenderle, entonces sería diferente. Así no iban a ir a ningún lado.

—Mira, sabes qué, voy a quedarme en esa cafetería tomando mi segundo café de la mañana. Cuando quieras terminar con tu rabieta, puedes venir. No pienso ir de tiendas cuando ni siquiera me hablas si no es para tirarme alguna indirecta no tan sutil cómo te crees.

—Perfecto.

Frustrado, giró en redondo camino a la cafetería. Antes de llegar las dudas lo asaltaron y se detuvo para mirar sobre su hombro. Pero Keith se estaba metiendo en una de las tiendas, sin ni siquiera mirarle. Bien, que así fuera entonces. Por suerte, su español era mucho más fluido que el de Keith, y no tuvo problemas en pedir un café bien cargado. Estaba delicioso. Pasó allí casi media hora hasta que al final, aburrido, terminó por pagar y levantarse de su silla para ir a buscar a su esposo. Estuviera o no enfadado ya.

Pensó que habría tomado la dirección de las tiendas, todo recto desde aquella en la cual le vio entrar, pero cuando media hora después había recorrido todas ellas sin rastro de él, empezó a preguntarse dónde demonios se había metido. Le había llamado, pero su teléfono no daba señal. Fue entonces que decidió volver a la cafetería, preguntándose si Keith le habría ido a buscar. No lo habían visto por allí. Y ahí empezó a ponerse nervioso. No debió dejarlo solo. Era un sitio desconocido con un idioma que Keith solo chapurreaba.

—Maldita sea, contesta —masculló mientras volvía a llamarle. Pero igualmente no dio señal alguna.

Chris no sabía dónde ir. Si se movía demasiado, quizás Keith no le encontrase. Pero también

era posible que hubiera vuelto al coche para esperarle al quedarse sin batería. Casi corrió hacia allí, pero no había pista alguna de él. Y el muy idiota de Keith nunca se molestaba en aprenderse los números de teléfono. Quizás solo estaba dando vueltas por alguna tienda y Chris no lo había visto, pensó. Decidió que lo mejor era quedarse allí, en el coche. Pero tras veinte minutos, sus nervios estaban por descomponerse completamente.

Frustrado y, sí, preocupado, no pudo menos que maldecir aquella mañana y la tonta discusión que habían tenido en el restaurante mientras desayunaban. El día había empezado como los anteriores, de forma pacífica y algo calurosa tras haber apagado el aire durante la noche. Se habían duchado, vestido y tomado todo lo necesario para ir a dar un paseo por la mañana al pueblo. Keith llevaba su sombrilla-sombrero en la cabeza y de nuevo se veía casi blanco por la crema. Su piel estaba empezando a resentirse por el sol, por lo que fue muy cuidadoso de darse bien en aquellos lugares que quedaban expuestos.

Una vez en el restaurante, ambos pidieron su desayuno normal, obviando Chris la cantidad de calorías vacías de los dulces de su marido. Y justo en ese momento tres chicos pasaron por su lado. Chris ni siquiera había sido consciente de mirarlos. No más de lo normal, al menos, pero cuando volvió la vista hacia la mesa, los ojos de Keith estaban clavados en él. Y parecía enfadado.

—Estas mirando a otros en nuestra luna de miel, Douglas.

—No digas tonterías, solo miraba. Tú también miras.

No supo qué fue exactamente lo que molestó a Keith, porque él mismo había admirado cuerpos bonitos o musculosos cuando había querido.

—Es de mala educación.

—Solo ha sido un error, ¿bien? No hace falta montar escándalo.

—Ni siquiera veo lo que tanto admiras de ellos. Eran todo músculos, demasiados músculos.

Chris sonrió, cínico, mientras miraba el cuerpo de Keith.

—Ya veo.

—¿Qué ves?

—Solo tienes envidia, ¿no es así? Llevas días hablando sobre apuntarte a un gimnasio, pero Keith, tu cuerpo es como es.

—¿Y eso qué mierda quiere decir?

—No creo que consigieras ponerte como ellos. Eres más...

Chris se calló cuando fue consciente de que no debía seguir por ahí. De que Keith lo iba a entender todo mal. Pero era demasiado tarde ya.

—¿Más qué? ¿Flaco? ¿Huesudo?

—No, demonios. Cada uno tiene el cuerpo desarrollado de diferente forma. Eres fino.

—Delgado.

—Sí. Simplemente tienes cuerpo de... —buscó la palabra, sin saber muy bien cómo explicarlo — joven. Tienes un cuerpo joven.

Y aquello fue, supo sin ninguna duda, un completo error. Ni siquiera sabía de dónde salió, porque obviamente Keith iba a leer aquello como que parecía un niño. Ya habían tenido aquella conversación antes y tampoco salió bien. No entendía qué era lo que pensaba por la cabeza de Keith para llegar siempre a aquella conclusión.

—Entiendo.

—No, no lo haces.

—Me he quedado sin desarrollar, ¿no?

—Claro que no. Estas bastante desarrollado, si me lo preguntas.

—¿Chris?

—¿Sí? —preguntó. Pero ya sabía. Ya sabía, maldición.

—Vete a la mierda.

Y con eso, Keith se levantó, recogió sus cosas y se encaminó hacia el exterior del hotel. Chris pronto llegó hasta él, pero el moreno había entrado en aquel modo con el cual uno no era capaz de conversar. Era una especie de pared con rostro. Subieron al coche, encendieron el aire y arrancó. El viaje fue tan incómodo que Chris dio gracias por llegar rápido. No le gustaban las conversaciones unilaterales.

—Keith, tenemos que ir a las tiendas del otro día, ¿verdad?

—Sí.

—Keith, ¿qué quieres comprarles a los niños?

—No sé.

—Keith, ¿quieres un helado?

—No.

Y así una tras otra. Una vez incluso intentó tocarlo, pero Keith se escabulló de él, evitándolo. No lo volvió a hacer. Y así decidió dejarlo con las compras mientras tomaba un café. Porque aquello era una gilipollez y su propia paciencia no solía dar demasiado de sí, si era sincero consigo mismo. Solo que Keith, por lo visto, se había perdido. Por unos momentos se preguntó si lo estaba haciendo a propósito, pero en seguida descartó la idea. Por enfadado que estuviese, no haría aquello. Cuando otros veinte minutos pasaron y no pudo dar con él, empezó a plantearse seriamente llamar a la policía. Se había contactado con el hotel, pero allí no sabían nada. Ellos tenían su teléfono, por lo que le avisarían en seguida. También le ofrecieron ayuda, pero Chris solo les dijo que si sabían cualquier cosa, le avisaran. Recorrió la calle de nuevo, de arriba abajo. Dos veces, pero Keith no apareció.

Y cuando estaba a punto de volverse loco, cuando estaba preguntando dónde podría encontrar una estación de policía, su teléfono sonó.

—Disculpe, ¿señor Douglas?

—¿Sí?

—¿Es usted la pareja de Keith Matthew?

—Sí, soy yo. ¿Qué ha pasado?

—Nada, no se preocupe. Solo ha habido un malentendido en una tienda a causa del idioma y de la falta de documentación, él se encuentra en estos momentos en la estación.

—¿Estación?

—Sí, estación de policía.

Chris maldijo. Lo hizo tan bruscamente que el hombre al otro lado teléfono carraspeó. Le pidió que llevase la documentación de Keith, junto a su pasaporte, formulario de entrada al país y demás. Chris tuvo que volver al hotel, porque no tenía todo con él. Llegó a la estación casi media hora después. Lo encontró allí, sentado en una silla de plástico, gracias a Dios sin esposas, pero al lado de un policía con semblante amable. Keith miraba al suelo y Chris supo que se encontraba lo suficientemente nervioso como para que sus piernas tamborilearan contra el suelo a ritmo acelerado.

—Buenas tardes – dijo nada más llegar al mostrador. Señaló a Keith, que acababa de levantar la vista y le veía como si de una especie de aparición se tratase. Chris pudo notar como los ojos del moreno se humedecían, y su marido volvió a bajar la cabeza, seguramente avergonzado. A veces Chris lo conocía tan bien. Otras no tenían ni idea de lo que pasaba por aquella despeinada cabeza—. Traigo los documentos de Keith Matthew. ¿Qué ha sucedido?

El oficial a cargo le contó que Keith había tenido una pelea con alguien en una tienda y que la dependienta había llamado a la policía. Keith no sabía explicarse bien, y a pesar de que la policía tenía entre ellos quienes hablaban perfecto inglés, tuvo la mala suerte de quien acudió aquella vez no lo hacía. El resultado, un desconocido indocumentado causando problemas en una tienda del centro turístico. Lo habían llevado a la estación y allí el chico pudo explicar que la riña se dio por un malentendido a causa del idioma. Y que no tenía consigo los documentos ya que los llevaba Chris con él. Casi todos. Su teléfono, no obstante, se había caído mientras trataba de alejarse de aquel energúmeno que pensó que Keith estaba ligando con su mujer, y se había roto. Keith no sabía el número de su pareja de memoria, pero sabía dónde se alojaban, y allí tenían apuntados ambos.

—¿Te peleaste con un hombre? —preguntó Chris, atónito. Jamás había visto al moreno meterse en una pelea de contacto físico.

—¡Claro que no! El idiota pensó que estaba acosando a su mujer, cuando solo le estaba intentando explicar que se le había caído el pareo. Pero ellos no me entendieron y pensaron que estaba tirando de la prenda. Y entonces el muy imbécil me golpeó.

—¿Te golpeó? —exclamó, ahora enfadado. Se volvió hacia el policía—. Y si fue él quien recibió el golpe, ¿dónde está la persona que lo agredió?

—Se fue. El señor Matthew no quiso presentar cargos.

—Keith...

—Por favor, solo vámonos lo antes posible. Quiero regresar a casa. O a la playa a beberme una botella de mezcal. Entera.

Casi sonrió, pero pensó que no era ni el momento ni el lugar. Además, no sabía si seguía cabreado con él. Los policías fueron amables y en cuanto pudieron confirmar la identidad de ambos y su entrada al país, les dejaron ir. Keith no tenía ningún golpe visible, pero aun así aquel asunto seguía preocupándole.

—¿Dónde te golpeó? —preguntó nada más salieron del edificio. El sol estaba en lo más alto de la mañana, y quemaba.

—En ningún lado. Solo me empujó. No pasa nada. Solo volvamos y...

Pero Keith seguía con la mirada evasiva, los ojos brillantes y un delatador sonrojo en su rostro. Chris se detuvo en seco, esperando que el otro hiciese lo mismo.

—¿Qué demonios te pasa? Primero te enfadas por algo sin sentido y ahora pareces a punto de echarte a llorar. Ha sido un accidente tonto, Keith. Solo eso. Y respecto a lo de esta mañana...

—Uno a la vez, por favor. No ha sido un accidente tonto. Tendría que haber tenido mis cosas conmigo. Y debería saberme tu maldito número. Tú te has aprendido todos los que he tenido yo en estos años.

—Ni que hubieras cambiado de número cada dos meses.

—Eso da igual. Me sentí como un niño incapacitado para cuidarse solo.

—Eso es una tontería, y lo sabes.

—¿Y si hubiese venido yo solo a comprar?

—Entonces los papeles los habrías tenido tú.

—Ni siquiera podía comunicarme con ellos.

—Como le pasa al 60 por ciento de los turistas aquí.

Con frustración, se acercó hasta él. Esta vez Keith no le rehuyó, solo se quedó plantado, tan tieso como un alambre, mientras Chris apoyaba las manos en sus hombros estrechos y tensos.

—Hemos perdido toda la mañana —se lamentó Keith, seguramente sintiéndose culpable.

—Solo han sido un par de horas. Y siempre puedes contar la experiencia más tarde como una

aventura.

Keith bufó, pero pareció relajarse un tanto. Chris, no obstante, no había terminado.

—Y ahora lo otro.

—No quiero hablar de ello.

—Pues no pienso tirarme todo el día hablándole a tu espalda.

—¡Es que no lo entenderías!

—Pruébame.

—No, porque tú siempre has sido así.

—Así —repitió, seco.

—¡Sí, así! —gritó mientras le recorría con la mirada y con el dedo todo él. De la punta de la cabeza hasta los pies—. ¿Sabes las veces que me he apuntado a un gimnasio? Once. ¡Once! ¿Y sabes cuánto he durado? Tres semanas. La vez que más.

Chris no se iba a reír. Porque si lo hacía Keith le mataría. Pero casi tuvo que toser para esconder la sonrisa divertida que tiraba de sus labios.

—Y tienes razón, ¡parezco un niño!

—No pareces un niño. No le haría el amor a un niño.

—Bueno —se corrigió él, viéndole fruncir el ceño—. Quizás no un niño, pero desde luego alguien escuálido.

—¿Y qué problema hay con ser delgado?

—¿Tú te has visto bien? A esto —exclamó, recorriéndole de nuevo con un gesto de la mano de arriba abajo.

—Sí, creo que sí.

—¿Y has visto esto? —se señaló entonces a sí mismo. Y Chris, por fin, se iluminó. Y se enfadó.

—¿Vamos a volver con eso, Keith? Sabes que me gusta tu cuerpo. Que seas delgado no significa que yo...

—No eres tú, Christopher Douglas. Debo admitir que por primera vez desde que el mundo es mundo para mi persona, no eres tú. ¿Acaso no ves cómo nos miran?

—¿Cómo nos miran?

—¡Cómo si fuese tu hermano pequeño! O algún amigo enano y escuálido.

—Eres tan alto como yo. O casi.

—Me sacas tus buenos diez centímetros, Douglas.

—¿Y eso qué? —preguntó, repentinamente cabreado. Si aquello iba a terminar en una discusión sobre las inseguridades de Keith, otra vez, iban a terminar riñendo en serio.

—Que me frustró. —Keith se tapó el rostro con las manos, avergonzado—. Ya sé que me quieres. Y que te gusta mi cuerpo. Pero es malditamente frustrante que nadie dé por hecho que somos pareja ni siquiera cuando tienes esas manos largas a mi alrededor. Solo me miran y dicen: imposible. Bueno, ¡pues es posible!

—Claro que lo es. Estamos casados, ¿recuerdas?

—¿Cómo para olvidarlo, Douglas! Pero la gente me frustra.

—Pues que se joda la gente. Nunca entenderé por qué tienes que darle tanta importancia a los demás.

—Hay, Chris. No son los demás. Soy yo. Me miras, y después miras a esos pelandruscos con cuerpos de michelín pasado de estrógenos y me frustra. Porque ellos miran y te ven a ti, así tan...

—Keith volvió a hacer ese gesto, el que lo abarcaba a todo él, y Chris se dijo que si lo volvía a hacer una vez más iba a cargarlo sobre su hombro, meterlo en el coche, llevarlo al hotel y acabar

con toda aquella tontería en la casa. Desnudos.

—Entonces sí son celos.

—Un poco.

—Y no quieres que mire chicos con músculos porque tú no tienes.

—Ay —se lamentó el moreno, sin ser capaz de mirarle—. No lo digas así, parece ridículo.

—Lo es.

—Solo me recuerda mi propia frustración al intentar mejorar y no poder. Por vagancia o por falta de genética, no estoy seguro aún.

—Keith, para mí no sería una mejora que sacarás músculos. Con ellos o sin ellos, para mí serías exactamente igual.

—Eso solo lo dices porque no puedes verte desnudo con mis ojos.

Chris suspiró, exasperado.

—Y eso solo lo dices tú porque no puedes verte, desnudo o con ropa, con los míos.

—Christopher Douglas, creo que eso ha sido lo más cursi que me has dicho en mucho tiempo.

—Pues solo te he copiado.

Keith guardó silencio, mostrando entonces una expresión de horror.

—¡Mierda, soy un cursi!

—¡No lo eres! —gritó finalmente Chris, ya cansado de todo aquello—. Mira, está bien que quieras ejercitarte. Es saludable y si eso te hace sentir mejor, incluso puedo acompañarte. Pero que no sea por algo tan ridículo como mi apreciación de ti. Si algún día veo que te vuelves obeso y que tu corazón pelagra de explotar por culpa de un trombo a causa del colesterol, yo mismo te arrastraré a una bicicleta. Hasta entonces, haz deporte por salud y porque te guste, no por tonterías como los músculos que ves por ahí.

Keith calló de nuevo, apenado, y Chris le tomó de la mano para llevarle hasta el coche y meterlo dentro, casi a rastras.

—Soy ridículo —le escuchó decir, y mientras cerraba la puerta del pasajero, fuera de la vista de Keith, no pudo más que asentir.

Llegaron a la cabaña en menos de 15 minutos y Keith dijo que quería ir a nadar a la playa. Chris, que no tenía muchas ganas, se quedó en una de las tumbonas mientras lo miraba brasear de aquí para allá. Flotando, nadando en algo que, estaba seguro, Keith creía que era estilo mariposa. Y finalmente cogió uno de los grandes flotadores de flamencos rosas y se subió en él, dejándose mecer por la olas mientras se conducía con una mano. Chris, simplemente, tomó el sol hasta que ambos estuvieron lo suficientemente hambrientos como para volver a la cabaña. Keith tomó una ducha rápida y después ambos regresaron al restaurante de la discordia. Por suerte ningún hombre musculoso pasó. Ni nadie que se los comiera con los ojos. A su lado, no obstante, había un grupo de cuatro chicas, todas hablando español con acentos muy diferentes. Chris sonrió escuchando sus anécdotas y Keith ladeó la cabeza, interrogante.

—Parece ser —dijo en voz baja, solo para oídos de Keith— que ayer decidieron participar en un concurso de baile. No les fue muy bien. Resulta que pensaron que era cumbia y se trataba de country.

—¡No! —exclamó Keith, sus ojos intentando no desviarse hacia las muchachas. Eran jóvenes. Más Jóvenes que ellos, desde luego, y hablaban y hablaban sin para. Keith y él terminaron la comida con un postre de helado compartido, y después decidieron ir a dar una vuelta por la playa. Algunos bares estaban abiertos, por lo que decidieron entrar en uno con aspecto de nuevo y pedir alguno de esos zumos tropicales que habían visto a otras personas por allí. Aquella noche habían reservado a las ocho para un restaurante que se encontraba en la carretera que les trajo desde

Cancún. Se lo había recomendado uno de los amigos de Greg. Estaba además junto a un cenote, pero ya que necesitaban ir un poco presentables a la cena, decidieron no visitarlo. Ya buscarían otros para ver.

Cenaron comida típica mexicana. Chris optó por un mole que para el gusto de Keith estaba demasiado picante. Keith probó por primera vez las enchiladas. Y sí, se enchiló. Había música suave en el ambiente y gente charlando desde sus mesas. Era acogedor y bonito, y Keith se dijo que podría ir allí más veces a comer. Cuando terminaron eran casi las nueve y media. No sabían exactamente si volver o no directamente a casa, pero decidieron que podían ir primero a probar el que preparaba, según les dijeron, el mejor mojito de toda la Riviera: Batey. Resultó ser un bar con un Volkswagen tuneado en el exterior. Ellos se sentaron en una de las mesas disponibles y pidieron una de aquellas bebidas por las que el antro llevaba el nombre. Y, efectivamente, el mojito estaba delicioso. No sabía si el mejor de toda la Riviera, pero era lo suficientemente bueno como para querer repetir.

—Está bien, bebe tu otro más y yo conduciré —le dijo Keith, y Chris aceptó. La música era agradable y el ambiente se tornaba cada vez más alegre y ruidoso.

Vieron pasar a una pareja de dos chicos de la mano y lo cierto es que no parecían llamar demasiado la atención.

—¿Y qué haremos mañana? ¿Vamos a ir al final a Cozumel o a Isla Mujeres? —preguntó Keith.

Tenía hotel por tres noches más, después se irían al sur, hacia Bacalar y finalmente Chetumal, desde donde volarían a Nueva York. Tendrían que hacer escala en la capital, pero no importaba. Era una escala corta, de cualquier forma.

—Podemos ir a Isla mujeres, ya dijiste que querías ver el norte de la isla y pasar allí el día. Y veremos si nos da tiempo a ir a Cozumel otro día o nos quedamos por aquí en la cabaña.

—Hecho, mañana Isla Mujeres y ya veremos el día siguiente como estamos de cansados. La verdad —dijo Keith un poco avergonzado— no estaría mal quedarnos en la casa.

Pero estar juntos en una cama, por muy lujosa que esta fuese, podían hacerlo en cualquier momento. Aquel viaje era el primero de ese tipo para Keith y Chris quería mostrarle tantas cosas como fuese posible. También les habían hablado de otros cenotes, como el de Dos ojos. Un conjunto de cuevas maravillosas para haber buceo. Pero a Keith no pareció hacerle mucha ilusión, por lo que Chris, que ya había buceado antes en otros lugares, prefirió cambiar de plan.

Volieron a casa poco antes de la una. La cabaña les esperaba, fresca y agradable. Ambos se dieron una ducha, juntos, y mientras Keith enjabonaba su pelo, Chris lo empujó contra los azulejos, besó su espalda y le susurró lo mucho que deseaba hacerle el amor justo allí.

DÍA 5

Aquella mañana habían salido temprano, porque llegar a Isla Mujeres suponía un viaje corto en coche y otro en barco. Tras un desayuno contundente, ambos tomaron el vehículo y pusieron rumbo a Cancún, desde donde tomarían el transporte acuático que los llevaría a la famosa isla. Keith estuvo a punto de decirle a Chris de quedarse allí, en Cancún, porque era espectacular. La arena era blanca y fina. Suave y no muy caliente a las nueve de la mañana. Las aguas eran cristalinas y si había habido sargazo lo habían limpiado perfectamente. La playa, eso sí, estaba más concurrida que la de Tulum, y Keith observó cómo llegaban autobuses y combis con gente en su interior. Seguramente turistas que tenían pagados paquetes de visitas y se hospedaban en algún complejo hotelero de la Riviera.

Pasearon con los pies metidos en el agua, hombro contra hombro y dejando que las olas bañasen de vez en cuando sus pantorrillas. Había conchas que a veces pinchaban, pero aquello era un mal escaso para la sensación de paz que allí encontró. La playa se hallaba acompañada de bares de tipo cabañas donde se vendía bebidas, comidas y accesorios de playa. También había muchos vendedores ambulantes que les mostraron joyas, frutas, bebidas y mil cosas más mientras caminaban.

Tenían dos opciones, hacerlo como el común de la gente, que es lo que había propuesto Keith al principio: tomar el ferry y visitar la isla andando, junto a los turistas. O aquellos recorridos en catamarán que los llevaría a visitar playas, a bucear y snorkear... Y había escuchado que también se veían tiburones ballena, solo que en otra época del año. Chris insistió en ir en catamarán, por lo que finalmente Keith cedió a la tentación. ¿Quién no quiere bucear o hacer snorkel entre peces brillantes de colores y tortugas marinas?

Y efectivamente fue maravilloso. Las aguas transparentes corrían bajo el barco lentamente. Chris se había quitado la camisa, quedando en su bañador y tumbándose en una sombrilla mientras revisaba su móvil. Keith solo pudo elevar los ojos al cielo, pidiendo paciencia. El joven que manejaba el timón parecía ser aproximadamente de su edad. Keith imaginaba que el hacer todos los días aquel recorrido acabaría cansando, pero personalmente no le importaría cambiar su trabajo por el suyo durante un par de meses. Era agradable respirar aquel aire húmedo y salado. Escuchar solo los ruidos de los pájaros y del mar.

—Oye, ese rubio de ahí —gritó desde casi el otro extremo del barco a Chris. Cuando su marido levantó la vista, Keith sonrió. Y saltó.

No escuchó el grito de Chris, pero Keith había preguntado al chico que conducía el barco y le había dicho que podía nadar allí. Si tenía suerte puede que incluso encontrase algún animal marino para ver. Solo esperaba que no fuese un tiburón. Cuando sacó la cabeza del agua y pudo abrir los ojos, le vio allí, agarrado a la barandilla y fulminándole con la mirada ofuscada e irritada.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Marido, hace un día maravilloso, estamos en medio del Caribe, rodeados de aguas turquesas y de tortugas marinas. Y tú estás sentado mirando tu móvil. Solo quería llamar tu atención.

Chris, quien aún llevaba el dichoso aparato en las manos, ladeó la cabeza mientras mostraba esa sonrisa tan suya. La que solo era una sonrisa a medias de sabihondo.

—Hay otras formas de llamar mi atención, ratita. Muchas otras mejores que tirarte por la borda. Podrías ponerlas en práctica.

Impactado, Keith abrió la boca ante la incredulidad.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó en un grito poco digno cuando le vio agacharse para quitarse el bañador—. ¡Estás desnudo bajo eso, esposo!

—¿Qué observador de tu parte.

—¡No estamos solos!

—El chico ha tenido el tino de bajar. No me verá.

Keith buscó al chico y efectivamente no había rastro de él en la cubierta. A menos en la parte visible. Que en aquellos momentos pudiese estar viendo el trasero desnudo de Chris era entre irritante y gracioso.

—¿Y entonces? —preguntó—. ¿Solo lo has hecho para que pueda admirarte? Porque te lo agradezco, Douglas, pero...

El agua casi le ahogó cuando la ola producida por Chris le hundió en el mar. Pronto unos brazos le rodearon y Keith se encontró apretado contra su pecho.

—Maldita sea, Chris —farfulló escupiendo agua.

—También deberías quitarte tu bañador, esposo.

—¡Ni se te ocurra! Lo perdería en el mar, y no tengo otro aquí.

—Después compramos uno nuevo.

—¿Y pretendes que me tire todo el día desnudo? ¿Delante del chico?

Chris frunció el ceño, miró hacia el barco y de nuevo hacia Keith.

—Sí, quizás no es mi mejor idea.

—Ajám...

—¡Oh, cállate, Keith!

Y gritó antes de que lo volviese a hundir en el agua. Keith intentó escapar de él nadando, pero las brazadas de Christopher eran mucho más rápidas que las suyas. Jugaron en el agua hasta que el cansancio hizo a Keith volver a cubierta, donde se secó rápidamente con la toalla mientras observaba a Chris flotar en el mar. Su marido estaba medio excitado y Keith no fue capaz de apartar la mirada de su ingle, que sobresalía de forma obscena entre el agua. Finalmente debió aburrirse de nadar solo, porque subió, se secó también y se puso el pantalón. El chico subió algo de tiempo después, pero se quedó en la parte delantera del barco, mientras que ellos tenían algo de intimidad en una especie de asientos colocados atrás. Era agradable sentarse con los pies en el agua. Y desde allí pudo ver decenas de peces de colores que parecían acompañarlos en su lento vaivén.

Keith dejó de jugar con el agua para ir a sentarse junto a Chris, que bebía una cerveza mientras lo miraba tranquilamente. No habían dicho nada en un rato, pero aquellos silencios se habían vuelto cómodos entre ambos. Apoyó su espalda contra el costado de Chris y sintió como uno de sus brazos le rodeaba, acariciando de forma distraída la piel de su brazo. Keith cerró los ojos, cansado y algo somnoliento mientras Chris le colocaba una camiseta sobre el rostro. Tuvo que sonreír, porque sabía que lo hacía para que no se quemase la cara con el aire caliente. Pronto habían aprendido que uno no debía estar directamente al sol para sufrir quemaduras, y que el aire caliente igualmente podía dañarlo.

—¿Te has vuelto a echar crema?

—Umm.

—¿Y eso que significa?

—Que sí —dijo con la voz amortiguada entre la tela.

Pero de todos modos pronto sintió aquellas manos final extendiendo la crema sobre su piel. Primero los brazos, después el pecho. Y más tarde incluso las piernas. Frustrado Keith se quitó la

camiseta de la cabeza para mirarle enfadado.

—Así no hay quien descanse.

—Cuando no vas a descansar es esta noche si no recuerdas protegerte bien. Y lo sabes.

Con un suspiro, agarró el bote de plástico para echar un poco en sus propias manos, extendiéndolo luego por su rostro. Chris le ayudó, depositando un casto beso en sus labios que debió saber a Nivea. Keith le devolvió el favor, encargándose de refregar todo ese cuerpo pálido y firme mientras se recreaba con la bella línea de sus músculos. Quizás sí que estaba desarrollando cierto fetiche por aquello.

—Siéntate aquí, Keith —señaló Chris entre sus piernas.

Él se dejó caer, chocando su espalda contra el pecho del otro. Pero Chris le apartó y empezó a echar crema también por su espalda. Vaya fastidio de piel.

—Esposo —murmuró una vez hubo terminado con la crema, dándose la vuelta y sentándose sobre el regazo de cris, con las piernas a cada lado de las de su marido—. Deberíamos ir más veces a la playa. No sé para qué os comprasteis aquel bungalow en las Islas Seychelles. Apuesto a que nadie ha ido todavía desde aquella primera vez.

—Creo que Issy fue.

—En las próximas vacaciones, podemos ir.

Y las próximas vacaciones serían en un año, con suerte, pero Keith estaría contento de esperar si aquello era la recompensa.

—No hemos terminado unas y ya estás pensando en las siguientes. Que poca paciencia, Keith.

—No es eso. Es que a veces creo que tenéis tantas cosas a las que no sacáis provecho. Es casi ofensivo para alguien que ha sido pobre toda su vida.

—Todos tenemos nuestras obligaciones.

—Lo sé. Solo que a veces pienso que no relegas en absoluto.

—Ah, entonces esto es sobre mí, ¿no?

—No, no solamente, al menos. Siempre creí que las personas que vivían entre algodones podían tener mucho más tiempo para sí mismos, con muchas personas que se encargasen de todo. Y después te conocí.

—Un buen jarro de agua fría, ¿no?

—Ni qué lo digas. También sé, después de haber trabajado con Denny y contigo, que en verdad hace falta que estés allí. Es solo que demasiadas veces estas demasiado estresado.

—Eso es redundante.

—Como tú.

Chris le mordió el hombro, haciendo una mueca ante el sabor de la crema. Riendo, Keith le agarró el rostro para besarle, consiguiendo una inmediata respuesta de aquellos labios que se estiraban en una media sonrisa perezosa. Se dejó caer contra él, sintiendo el calor de su cuerpo y como las manos de Chris se metían bajo su bañador, agarrando sus nalgas con fuerza.

—Deberían inventar barcos que vayan solos. No puedo hacer nada de lo que quiero ahora mismo con ese ahí.

El susurró de Chris contra su oreja le hizo reírse de forma tonta. Las cosquillas se mezclaron con el placer, y su miembro estaba ya casi completamente despierno y refregándose contra el abdomen de Chris. A pesar de sus palabras, una de las manos dejó sus nalgas para perderse en la zona delantera, donde agarró su miembro inhiesto y empezó a masturbarle bajo la ropa.

—Aquí no, nos va a ver. Y voy a poner perdido mi pantalón.

Chris le mordió la boca, sacándole un gemido. No tuvo que preocuparse, porque cuando se corrió no lo hizo entre sus dedos, sino en un pañuelo que Chris se ocupó de tirar a la basura en el

baño. Cuando volvió y Keith intentó devolverle el favor, Chris solo le dijo que esperase. Se acercaban finalmente a una de las playas incluidas en el tour, y ambos bajarían del catamarán en breves.

—¡Chris, mira eso! ¡Jesús, creo que me voy a venir a vivir a esta isla!

El aludido, que caminaba tras él, no respondió. Keith siguió moviéndose de un lado a otro, buscando conchas entre la arena y parándose de vez en cuando para admirar el paisaje. Era simplemente increíble.

—Recuérdame, esposo. ¿Por qué vivimos en Nueva York?

—Porque trabajamos allí.

—Estoy seguro de que podría encontrar un trabajo aquí también.

—Me echarías de menos.

Keith le miró, alzó una de sus cejas y después miró a su alrededor.

—No lo sé. Chris. Sinceramente...

Pero no pudo terminar. Chris le alcanzó, le hizo la zancadilla y le tiró al suelo.

—No aguantarías ni dos semanas.

Keith, desde el suelo, barrió sus piernas para introducir una de ellas entre los pies del rubio, quien tropezó y terminó también cayendo de rodillas sobre la arena. Tuvo que reír ante su mirada irritada.

—Eso no te lo esperabas, ¿verdad, señor míster importante?

—A veces eres un coñazo.

—Y aun así me amas.

—Sí, supongo que aun así te amo. Sabrá Dios por qué.

Keith se calló. No porque no tuviese nada que decir, sino simplemente para disfrutar un momento de aquellas palabras que tan pocas veces escapaban de entre los labios del Douglas. Le vio levantarse y empezar a caminar, alejándose de él.

—¡Chris! —Cuando él se volvió, Keith le lanzó su mejor sonrisa—. ¡Yo también te amo!

Lo vio perder el paso, levantar una de sus finas cejas en actitud arrogante y volverse para continuar su camino. Keith se puso de pie y lo siguió sin perder la sonrisa.

Comieron en uno de los restaurantes de la playa. El pescado a la mexicana estuvo delicioso, fresco y aromático. También bebieron un agua de sabor a pepino, que por lo visto era de lo más usual por allí. Keith le pidió a uno de los camareros que les sacara una foto con la playa de fondo, y el chico, seguramente acostumbrado a las tonterías de turistas, aceptó con una sonrisa formal. Keith salió con los ojos cerrados, por lo que la tuvieron que repetir. Después de comer volvieron al barco para sumergirse con aletas y gafas, y poder ver las tortugas y el coral. Keith pudo ver peces de colores que se acercaban hasta sus dedos si se quedaba lo suficientemente quieto. Fue maravilloso, y no quiso salir hasta que literalmente se quedó agotado y con la respiración trabajosa. Chris casi tuvo que arrastrarlo hasta el catamarán.

Para cuando llegaron a Cancún, eran las seis de la tarde. Allí tomaron dos cócteles mientras veían el sol caer. Keith se hubiese quedado allí mucho más tiempo, pero tenían que conducir de vuelta y arreglarse para la cena. Keith llevó el coche mientras Chris contestaba algunos correos que se le habían acumulado y la suave música los acompañó de vuelta hasta Tulum.

—Adoro a nuestra familia. De verdad que sí —dijo Keith horas después, ya duchados, arreglados y cenados—. Pero estoy muy feliz de que estemos aquí los dos solos. Tenía la sensación de que pasamos muy poco tiempo sin compañía. Quitando el dormitorio, claro.

—¿Te gustaría que nos mudásemos?

Era una pregunta justa, pero Keith negó con la cabeza mientras se balanceaba lentamente en la hamaca. Chris, sentado en uno de los sillones, le prestaba ahora toda su atención, la revista que había estado leyendo olvidada ya en su regazo.

—No, no es eso. Adoro estar con ellos, es solo que a veces me gustaría raptarte y tenerte para mí durante un rato.

—Pero sí que hacemos cosas juntos.

Sí, a veces iban a cenar. Otras veces asistían a fiestas sin los demás Douglas. Pero no se trataba de eso. Siempre había alguien que los conocía. Siempre había gente alrededor que impedía, de algún modo, que Chris se relajase completamente. Allí, en la playa, Keith pudo verlo nadando desnudo en la playa. Relajado en una hamaca mientras ambos se balanceaban al ritmo del suave y cálido viento.

—Me gusta verte así, relajado. Sin esa tensión que parece atar eternamente tus hombros.

—Siempre hay mucho trabajo.

—Pero no solo es el trabajo, también es la gente. Incluso Greg, que sigue siendo tu ojito derecho. Nunca había sido tan consciente de esto hasta hoy. El cómo te contienes a ti mismo.

—Es lo que me han enseñado. Es lo que soy.

—No, es lo que sabes hacer, no lo que eres. Hoy has sido tú, al igual que allí también lo eres. Solo que hoy te has podido liberar más.

Chris suspiro, y entonces se levantó del sillón para caminar hasta él e inclinarse hasta que sus rostros quedaron a un palmo de distancia.

—Todos los años a partir de ahora prometo que nos tomaremos un tiempo para nosotros. Como ahora —murmuró contra los labios de Keith. Este sonrió, feliz, y se estiró para depositar un beso corto y entusiasta en sus labios.

—Me parece maravilloso, esposo.

Chris le pidió hacerse a un lado para meterse junto a él en la hamaca. Y casi se cayeron al suelo. Pero Keith quedó finalmente acomodado a aquel cuerpo que amaba, con los ojos cerrados y pensando en lo afortunado que era por tenerle allí, con él. No en Cancún, aquello daba igual, por muy increíble que fuera, sino por poder estar así con él. Si hubiesen ido a algún camping familiar en las afueras del Estado lo habría disfrutado igual. Quizás aquellos paisajes de ensueño daban un plus a la situación, pero el estar así con él, el poder verle comportarse como si fuese un joven despreocupado, era algo que no se podía comprar con dinero. Chris tenía mucho de eso, y de nada había servido nunca.

Tiempo después, cuando las manos de Keith jugueteaban con la piel de los brazos de Chris, este terminó por levantarse de la hamaca, cargar en brazos a su marido y adentrarse en la cabaña. Las luces se quedaron en un tenue resplandor mientras ambos caían a la cama en un amasijo de carne y deseo. De amor y algo más.

—Para mi próximo cumpleaños —dijo Keith entre besos— iremos a una playa nudista.

—No puedo hacer eso. Estaría en una portada de revista al día siguiente.

Keith frunció los labios, desilusionado, pero Chris le besó en el cuello, en aquel punto que sabía sensible a sus caricias, y pronto se olvidó de playas y bañadores.

—Pero el año que viene, si vamos a Seychelles podremos nadar desnudos en la playa privada —dijo finalmente Chris.

Keith solo pudo reír, pensando que también podían probar a nadar desnudos en la piscina cubierta que tenía el edificio departamental de Chris. Pero mucho se temía que hubiese cámaras allí. Nunca había sido un exhibicionista.

Los movimientos de su esposo sobre él, y aquel miembro que se introdujo en su interior de

forma lenta y profunda, le llevaron a otros pensamientos. Pensamientos mucho más carnales.

—Mañana podemos quedarnos en la playa. Sin hacer nada, solo pasando el día entre la arena, la piscina y el restaurante —dijo Chris mucho después.

Keith, abrazado a él y somnoliento, asintió.

—Y el bar, no te olvides del bar.

Día 6

Aquella mañana se despertaron tarde. Serían las diez y media cuando Chris abrió los ojos, encontrándose a Keith dormido y enredado entre las sábanas. Estaba tan desnudo como Dios lo trajo al mundo. Igual que él. Nunca le había gustado quedarse acostado revisando el móvil, por lo que decidió levantarse sin despertar a su marido y se encaminó hacia la ducha. Era una de aquellas cuya presión de agua golpeaba de forma más que agradable los músculos de la espalda, y mientras se relajaba bajo el agua templada, tuvo que sonreír al recordar la noche anterior. No era de extrañar que hubiesen tardado tanto en despertar, puesto que habían permanecido despiertos y activos hasta altas horas de la madrugada.

Chris odiaba los champús de los hoteles. Ya fuesen de más o menos lujo, seguían siendo horribles para el pelo, por lo que siempre se aseguraba de llevar el propio en la maleta. Esta vez, no obstante, había sido Keith quien se encargó de ello, y solo pudo suspirar mientras la ducha se llenaba de un dulzón aroma a coco.

—¿Quién demonios compra un champú de coco? —preguntó para sí mientras se aclaraba la cabeza y empezaba a enjabonarse el cuerpo.

Al menos había recordado lo poco que le gustaban aquellos jabones para el cuerpo y se había traído uno de esencia neutra. Tras secarse, ni siquiera se molestó en vestirse mientras se acercaba a la mini nevera de la casa para tomar una botella de agua. Empezaba a sentir el calor del día y ambos odiaban tener el aire acondicionado por las noches, por lo que la casa no tenía ese remanente fresco que se perdió horas antes.

Poco después le escuchó levantarse de la cama. Keith también se duchó, pero debió pensar que lavarse el pelo antes de un día de playa era tontería. Quizás lo fuese, pero Chris siempre pensó que era una pérdida de tiempo el ducharse sin encargarse también de su pelo. Además, los restos del gel de la cena del día anterior estaban aún esparcidos por su cabello, cosa que le molestaba.

Keith le habría llamado diva. Y puede que en aquel aspecto hubiera tenido razón. Para cuando su esposo salió del baño, Chris llevaba ya puesto su pantalón de baño y una camisera de algodón oscura. Había pensado en llevar hombreras, porque empezaba a notarse claramente la marca de moreno a la altura de la manga, pero después llegó a la conclusión que la quemadura en los hombros no merecía la pena. Keith, con unas bermudas de colorines y una camiseta ancha y blanca, se acercó hasta él para depositar un casto beso en sus labios.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Y Chris asintió, porque en aquellos momentos su estómago empezaba a retorcerse sobre sí mismo de forma incómoda.

—¿Dónde quieres desayunar?

—No sé, solo hemos estado aquí por las mañanas —respondió Keith.

Pero aquello no era cierto.

—El día que te perdiste, estaba en una cafetería con un café muy bueno. Podemos ir allí.

—¿Al pueblo?

—Sí, ¿por qué no?

—Me parece bien. Espera que tomo mi mochila.

Keith no había dejado sus documentos desde aquel nefasto día, a pesar de que Chris le dijo que sería mucho peor si perdía su pasaporte por ahí. Al final habían llegado a la conclusión de

que podían hacer una copia para llevarla cada vez que salieran, dejando a buen recaudo los originales. Keith, además, dejaba la televisión encendida de fondo con algún canal local cada vez que estaban por allí sin nada que hacer.

—Así me acostumbro a la lengua —había dicho.

A Chris le parecía ridículo pretender aprender así un idioma, pero se aseguró de guardarse para él sus pensamientos. Él mismo tomó sus cosas para meterlas en la mochila que llevaba Keith y ambos salieron en dirección al aparcamiento. Había un infierno de mosquitos por todas partes, y a veces ni siquiera el repelente era suficiente.

Llegaron al pueblo, a Tulum, en cinco minutos y aparcaron muy cerquita de donde estaba la cafetería. Ambos pidieron su bebida, Chris un café y Keith un chocolate, y ante la mirada exasperada de Chris, Keith decidió cambiar sus dulces por un enorme plato de fruta que ambos compartieron. Era fruta fresca acompañada de yogurt, miel y granola, y estaba deliciosa.

—No pasa nada por comer dulces, Chris. Estoy muy delgado.

—No es tu delgadez lo que me preocupa, sino tus arterias. A este paso tendremos que ir a que te hagan una analítica para comprobar tu colesterol y azúcar.

—¡Qué exagerado eres!

—No paras de comer chocolate y guarrerías. Y no haces ejercicio. Debes seguir una dieta más sana.

Keith asintió, pero no le hizo ningún caso mientras devoraba su fruta y disfrutaba su chocolate caliente. Su esposo odiaba el sabor del café y hacía tiempo que Chris había dejado de meterse con sus gustos de niño pequeño.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Keith mientras se arrellanaba en la silla, satisfecho y lleno.

—Podemos volver a la playa. Simplemente a descansar sobre las tumbonas y disfrutar del mar.

—Me parece bien. Mañana además nos vamos hacia Bacalar, estará bien despedirnos de este lugar.

La zona de playa de su hotel tenía dispuestas hileras de cómodos sillones con enormes sombrillas frente al mar. Ambos se sentaron allí, dejando sus cosas justo al lado y simplemente disfrutando de la tranquilidad que da el silencio sutil de la naturaleza. Las olas aquel día corrían con más fuerza, y Keith pronto saltó al agua. Chris lo vio jugar y saltar sobre la espuma blanca, otras veces simplemente se dejaba llevar por ellas, terminando casi dando volteretas cuando venía una especialmente picada. No era peligroso, y tampoco podía arrastrarle mar adentro porque la zona se encontraba protegida.

Chris pronto se le unió, nadando primero hasta la línea que los separaba de mar abierto y volviendo. Keith para ese entonces tenía un inmenso flotador de tortuga sobre el cual se había subido. Pataleaba e intentaba moverse con sus brazos, pero el flotador seguía únicamente el sentido de las olas, que lo balanceaban de aquí para allá tirando en ocasiones a Keith.

—Te reto a una raquetas, esposo.

—No sé para qué. Siempre te gano.

—¡Nunca hemos jugado en la playa! —se defendió Keith, y Chris pensó que aquello no tenía ninguna importancia.

Lo hicieron, de todos modos. Cada uno con una pala de madera. Keith no era tan malo por regla general, pero la playa hacía sus movimientos torpes y descoordinados, por lo que terminó tirándose sobre la arena para alcanzar algún que otro tiro. Chris, con bastante más fuerza en sus piernas, no tenía tantos problemas. Fue una masacre y Keith, al que todos consideraban

estúpidamente como una persona pasiva por referencia, se convirtió en un tramposo en su afán de ganar lo imposible.

—Déjalo, Keith. Es difícil hacerlo en la playa. Debes tener más fuerza en tus pies, supongo.

—¡Cállate, Douglas! Tú lo haces parecer sencillo.

—Eso es porque tengo más fuerza que tú.

Le miró mal. Chris tuvo que sofocar la risa, porque iba a ser mal recibida. En cambio, puso su mejor cara de póker mientras lo veía ir y venir jugando él solo con la pala y la pelota, lanzándola al aire y golpeándola cuando descendía. Unos niños aparecieron de la nada y les preguntaron si les prestaban las palas en un perfecto español. Estaban morenos y felices, mojados por completo y con unas sonrisas a las que les faltaban algunos dientes. Keith no pudo negarse y momentos después ambos volvieron a sus tumbonas.

—Alex te está pegando lo competitivo, esposo. No sé si sea buena señal.

—Todos sois así, no echéis las culpas a tu primo.

—Pero él lo es más.

Keith no contestó. Se había puesto sus enormes gafas de sol y le vio bostezar mientras se removía incómodo sobre la tela de la tumbona.

—Si vas a dormir un rato, ponte la camiseta. Sino terminarás chamuscado.

Keith esperó a estar algo más seco y después se colocó la prenda, tumbándose de nuevo y dejándose vencer por el sueño en un tiempo récord. Chris no tenía ni un libro ni su teléfono, por lo que simplemente se quedó allí, descansando mientras el sonido del mar le arrullaba. No supo si se había quedado dormido, pero de pronto el sonido de sus tripas le hizo ser consciente del hambre que tenía.

Fueron al restaurante del hotel, donde comieron hasta saciarse. También bebieron dos botellas de vino, tras lo cual Keith estaba mucho más allá del achispamiento. Con una sonrisa pícaro, su esposo se quitó la chancla para acariciar su pierna bajo la mesa. Chris sonrió, a sabiendas de que nadie los vería.

—Si quieres jugar, ratita, vas a tener que esperar a que lleguemos a la cabaña.

—No sé si puedo esperar tanto, esposo. En realidad no sé si voy a poder levantarme de aquí sin quedar completamente en vergüenza.

Chris alzó ambas cejas, mirando, sin poder ver, el regazo de su esposo.

—¿Te has excitado por tocarme la pierna con tu pie? Eres un perverso, Keith.

—Mira quien fue a hablar.

Como siguió acariciándole, Chris finalmente se rindió, pidió la cuenta y se levantó para salir de allí. Tuvo que agarrar a Keith por el brazo, ya que su esposo parecía haberse quedado pegado a la silla. Efectivamente, cuando se fijó en sus pantalones la línea de su erección fue bastante visible. Miró hacia el techo, esperando no encontrarse con gente de camino a la cabaña. Y alguien debió escuchar sus peticiones, puesto que solo dos personas se cruzaron en su camino, y ambos, una joven pareja, iban tan encandilados hablando entre sí que no se pararon a mirar la ingle de Keith.

No tuvo tiempo ni de cerrar bien la puerta de la cabaña cuando él le saltó encima, rodeando su cintura con las delgadas piernas mientras Chris afirmaba la posición agarrándole por las nalgas. Keith le besó como si no hubiese un mañana. Como si aquella fuese la primera vez, o la última, y su lengua pronto buscó la de Chris en un frenético desenfreno que casi le hizo trastabillar. Fue una suerte que la puerta lo sostuviera.

Sintió sus besos por el cuello, por la mandíbula y por todo el rostro. Pequeños y húmedos besos que lo volvieron loco. Tuvo que ajustar el agarre para caminar hasta los almohadones

colocados a modo de colchón en el suelo. Allí dejó a Keith, sonrojado y casi sin respiración. Chris le ayudó a sacarse el bañador y la camiseta, quedando su esposo completamente desnudo, con el miembro erecto, colorado y húmedo. Era una jodida visión. Una visión que le acompañaba todos los días y que le nublabla la mente aun cuando no debía hacerlo.

Chris bajó hasta besar uno de los pezones inhiestos, morderlo y lamerlo hasta dejarlo hinchado y enrojecido. Lo escuchó gemir y lo sintió arquearse bajo él, buscando acercarlo con sus manos mientras pequeñas uñas se clavaban en su espalda.

—La ropa, Chris. Quítatela.

Su camiseta salió volando sobre ellos y se apartó un momento para quitarse los pantalones. Keith le ayudó empujando con sus pies y pronto ambos estuvieron desnudos sobre la sábana, sus pieles en contacto desde el pecho hasta los pies, enredados como estaban mientras Chris devoraba aquella boca de labios anchos y sensuales.

Tuvo que agarrarle una mano cuando Keith decidió que sería buena idea acariciarle allí abajo. No lo era. Chris necesitaba alargar eso lo suficiente como para preparar a su esposo, y se encontraba tan excitado que mucho se temía terminar antes si quiera de haber empezado. Escuchó su quejido, pero lo acalló con otro beso mientras con sus dedos lubricados buscaba la entrada de Keith. Esta vez sin preservativos, porque ambos estaban limpios y confiaban el uno en el otro. Porque a veces quería sentirle así, sin nada entre ellos.

Keith clavó los talones en los almohadones mientras se arqueaba en un silencioso grito, relajándose a medida que Chris empezaba a moverse en su interior. Le subió las piernas para facilitar el vaivén y Keith se perdió en sí mismo mientras susurraba una y otra vez su nombre.

—Chris. Chris, más rápido.

Pero no lo quería más rápido. Quizás más profundo, o más enfocado en aquel punto que podía hacerlo correrse entre sollozos de placer. Keith era una persona sexualmente activa y había aprendido a disfrutar de ello de una manera que poco a poco había desinhibido cada uno de los lazos que constreñían antes su pasión. Le mordió los labios, gruñendo mientras sentía todo su cuerpo tensarse y aquel latigazo que le obligó a apretarse contra él. Por suerte recordó retirarse a tiempo, no queriendo que el día siguiente Keith tuviese molestias por no haber limpiado bien los rastros de su interior. Miró hacia abajo, donde ambas sustancias se mezclaban entre el pecho de Keith y el suyo, blanquecinas y dispersas.

Por supuesto, Keith no quiso levantarse de la cama para limpiarse, por lo que Chris, mucho menos ebrio que su marido, caminó hasta el baño, se limpió él mismo y consiguió una toalla húmeda y jabonosa para acabar con aquellos rastros que quedaban sobre Keith. Decidió que la cama era un sitio mucho más adecuado para descansar que aquellos almohadones en el suelo, por lo que cargó a su marido y lo colocó en el centro de la cama, acostándose luego y atrayendo aquel cuerpo flaco y flexible hacia él. Keith metió una de sus piernas entre las de Chris y este pudo notar el miembro flácido descansando contra su muslo. Era una postura que años antes había aborrecido por la intimidad y que ahora encontraba agradable de forma extraña y cálida. Eran las seis de la tarde, pero decidió cerrar los ojos para echarse un rato él también. Besó a Keith en la frente, entre el flequillo ingobernable de cabellos negros y suspiro, feliz.

Keith despertó antes que él. Lo hizo de forma ruidosa, sentándose en la cama y restregándose los ojos mientras lo zarandeaba de forma poco amable.

—¡Chris! ¡Nos hemos dormido!

No hizo caso a la respuesta amortiguada de Chris y se levantó de un salto.

—¡Son las ocho! Tenemos que salir a cenar y despedirnos de la playa esta noche!

—¿Ya se te ha pasado la borrachera?

—Solo estaba un poquito ebrio.

—Me metiste mano en el restaurante. O pie, no sé cómo decirlo.

Keith se sonrojó, allí de pie, junto a la cama y completamente desnudo.

—Idiota. Voy a darme una ducha rápida para ir al restaurante. Levántate, flojo.

Chris le acompañó en la ducha, pero a parte de algunos besos se comportaron para poder llegar a la cena a una hora temprana. El restaurante tenía una especie de cena especial mexicana, con música tradicional y bailarines que les mostraron diferentes danzas. Keith lo disfrutó más que Chris, a quien aquellos espectáculos no terminaban de gustarle. Pero aguantó la hora y media que duró, comiendo y tomando después cerveza. Era más interesante mirar a su esposo en aquellas ocasiones en las cuales su sonrisa se ampliaba y sus mejillas adquirían ese tono rojo de emoción.

Finalmente salieron del lugar y se dirigieron a la playa, donde un espectáculo de fuegos artificiales estaba a punto de comenzar. Se sentaron en una mesa de uno de los bares pegados al mar, bebiendo mojitos y escuchando música más moderna mientras empezaba el alumbrado. Y fue hermoso, tuvo que admitir. Se reflejaba en las aguas oscuras, creando escenarios que bailaban en la línea invisible del horizonte.

Keith quiso bailar, y lo hizo con algunas de las chicas que se encontraban allí. También terminó por convencer a Chris de bailar juntos una canción más bien lenta y sencilla. Nada de vueltas o pasos complicados de los cuales Chris no sabía nada. Fue sencillo agarrarse a él y dejarse llevar. Simplemente mecerse al ritmo de la música mientras hacía oídos sordos a las quejas falsas de su esposo cuando sus pies se tropezaban.

—Me hubiera gustado quedarnos más tiempo aquí —dijo más tarde Keith, sentados aún en aquella mesa y con bastantes más vasos vacíos entre ellos.

—Te gustará Bacalar.

—Lo sé, pero me da lástima dejar la cabaña. Ha sido bonito estar ahí.

Chris se encogió de hombros, pero ambos sabían que él también lo había disfrutado.

—A veces —empezó Keith, en un tono bajo que solo auguraba cosas raras—. A veces me hubiera gustado adoptar un niño. O una niña. Un bebé quizás.

Chris guardó silencio, porque era la primera vez que escuchaba sobre ello.

—Tenemos a los chicos.

Y lo hacían. Aquellos tres muchachos que habían llegado a la casa y se habían convertido en parte de ellos.

—Lo sé. Pero a veces me pregunto cómo sería criar juntos a un niño o a una niña. Quién sabe, quizás sí que tengo instinto paternal, después de todo.

Chris no tenía idea de si él lo tenía, pero aquel era un tema lo suficientemente importante como para hablarlo en aquellas condiciones. Con más alcohol del aconsejable en las venas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No estaba seguro.

—¿Y ahora sí lo estás?

Keith le miró entre sus pestañas negras e infinitas y después desvió la mirada, mordiendo sus labios rojos en gesto indeciso.

—Eso creo. Pero ¿y tú? ¿Qué piensas tú?

—La verdad es que no había pensado sobre ello.

—Puede que un bebé no. Quizás simplemente un niño pequeño. Dos, tres años. No lo sé. ¿Y por qué no? Sería alguien más que añadir a la familia.

Y para Keith, Chris sabía, la familia lo era todo. Había perdido a sus padres y después, a pesar de que ella estaba allí, viva, había perdido a su hermana. Los lazos de Keith seguirían

siendo por bastante tiempo débiles y temblorosos, porque aún, incluso después de todo lo ocurrido, se aferraba a ellos con el miedo de quien siempre ha perdido todo. Chris no pensaba dejarlo ir. Nunca. Pero eso era algo que Keith debía comprender por sí mismo, porque no importaba las veces que se lo dijese, las veces que le hiciese el amor o le dijese que le quería, Keith debía aprender a confiar en ello.

Eso llevaba tiempo. Y trabajo. Llevaba mucho más que vacaciones solitarias y hermosas o niños adoptados. Requería que Keith sanase de todo lo que le había pasado en la vida. Y aunque había empezado a hacerlo, Chris lo sabía, lo sentía, aún quedaba camino por recorrer.

Después del baile y del alumbrado, de los mojitos y de las confesiones, ambos decidieron dar un paseo por aquella playa antes de volver a la cabaña. Lo oscuro de la noche daba una sensación de intimidad que difícilmente se conseguía en otras horas del día. Keith le tomó la mano, apretando sus dedos mientras hablaba de cosas banales. De cómo le había gustado jugar con tortugas, aun sin tocarlas. De cómo de nervioso estuvo ese día que terminó en una estación de policía por un estúpido berrinche suyo. De cómo se alegraba de no haberse quemado demasiado la piel, a pesar de sus obvios problemas con el sol. Habló de lo divino y lo ajeno mientras Chris se limitaba a escuchar en silencio. Oyendo y a la vez no oyendo, sus pensamientos perdidos en conversaciones mucho más profundas y que requerían, de cualquier forma, un detenimiento que ahora no podía darle.

Un hijo. O una hija. Chris no era ajeno a la idea. Al menos no completamente. Solo que no sabía si estaban en el mejor momento. Ambos tenían una montaña de trabajo esperándolos de forma diaria, ¿cómo demonios sacar entonces tiempo para criar a nadie? Chris, sinceramente, no lo sabía.

—Keith —dijo finalmente, deteniendo el paso y girándose para mirarlo de frente—. ¿De verdad quieres adoptar?

—Sí.

Y había tanta seriedad en aquellos ojos grises que Chris sintió un escalofrío subirle por la espalda. De forma seria, asintió, reanudando entonces su andar y arrastrando con él a Keith.

Aquella noche llegaron tarde y borrachos a la cabaña. Chris no era de embriagarse así. Y sabía que no debían andar por ahí de esa forma inconsciente, pero las playas privadas daban cierto aire de seguridad que los alejaba además de miradas curiosas. Keith quería bañarse por última vez, por lo que terminó desnudándose y metiéndose de lleno en las calmadas aguas de la pequeña piscina privada. Y sí, aquello no era el mar, ni la piscina climatizada del apartamento de Chris, pero este se quitó también la ropa y se introdujo desnudo con él.

—Ven aquí, esposo —dijo Keith, sumergiéndose completamente en el agua y dejando después que esta chorrease a través de su cabello y su cuerpo. Chris lo miró. De verdad. Y la pálida luz de luna solo hacía sombras misteriosas por diversos rincones de su cuerpo. Nadó hasta él porque el canto de sirena era algo que uno no podía resistir fácilmente, y Keith le recibió con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios.

—Estamos a poco más de la mitad de las vacaciones, no sé por qué tengo la sensación de que van a acabarse pronto.

—Aún nos quedan tres días y medio. Habrá que aprovecharlos bien —contestó Chris, besando aquella boca que se torcía en un mohín y que después, simplemente, se rindió a él.

Hicieron el amor en la piscina. Y después, más tarde, en la casa. Chris pensaba que hacía tiempo que no tenían tanto sexo. Pero todo aquello incitaba a la intimidad. A rodear aquel cuerpo fino y elástico bajo él, o sobre él, y dejarse llevar. Y no es que en casa no lo tuvieran, era solo que allí siempre se mezclaban mil cosas más.

—Mañana conduciré yo —dijo Keith horas después.

—Cómo quieras.

—Podemos parar en algún pueblo para comer si vemos que tardamos demasiado.

—No creo que tardemos mucho en llegar.

—Bueno, como sea, mañana será otro día. Buenas noches, esposo.

—Buenas noches, Keith.

Y tras un beso depositado en el hombro del moreno, Chris se giró hasta quedar de espaldas en la cama y cerró los ojos. Estaba realmente cansado.

Día 7

Se levantaron sobre las nueve de la mañana. Era tarde, pero tenían todo en sus maletas, por lo que no les costó reunir sus cosas, dejarlas en la puerta e ir por última vez al restaurante del hotel. Chris no dijo absolutamente nada cuando Keith llenó su plato con crepes dulces, pero aquel día se aseguró de acompañarlas con zumo de naranja y no con un chocolate.

Se despidieron del camarero con una buena propina y tomaron todas sus cosas para dejar constancia de su salida. También se despidieron de los recepcionistas, ya que estos se habían portado realmente bien con ellos. Incluso cuando habían terminado en estaciones de policía.

—Ha sido un placer, y espero que vuelvan otro año —había dicho uno de los muchachos que les sonreía detrás del mostrador.

Keith devolvió la sonrisa, sabiendo que iba a ser complicado volver allí pronto. De recuerdo les dieron una bolsa con chocolates y algunos folletos publicitarios. También una especie de figurita de cerámica que Keith decidió guardar en su maleta, protegida de los golpes entre sus ropas.

El viaje desde Tulum hasta Bacalar duró unas dos horas y media, y a pesar de que atravesaron algunos pueblos, unos más grandes que otros, finalmente no se detuvieron en ningún lugar. La reserva del hotel en aquel pueblo había recaído en Chris, por lo que Keith no tenía idea de lo que se iba a encontrar cuando llegase. Y la sorpresa casi pudo con él.

Bacalar, o la laguna de los siete colores, era seguramente el lugar más bonito que hubiese visto nunca. El GPS le condujo por carreteras rodeadas por verde y más verde. El calor siempre aplacado, afortunadamente, por el aire acondicionado. Casi llegando al pueblo de Bacalar, un pequeño punto en el mapa, se desvió hacia la izquierda por caminos secundarios, y allí encontró el hotel. Era un complejo de casas construidas a la orilla de la laguna, todas ellas unidas por caminos verdes llenos de hamacas, asientos y pequeños restaurantes. Pasaron por la recepción, donde les entregaron sus llaves y se les mostró el camino. Y a medida que se acercaban, Keith simplemente dejó de respirar. Porque ante él se extendía una inmensa masa de agua de colorines. Desde verdes y azules hasta tintes rosados. Su casa era una construcción en forma de huevo que se abría por el frente llena de cristales para ofrecer vistas panorámicas sobre la laguna. A su alrededor tenía hamacas y caminos de madera que llevaban directamente al agua.

Keith dejó la maleta a un lado, ignorando al recepcionista y acercándose hasta que sus pies pudieron tocar esa agua cristalina. Estaba caliente. No, caliente no. Simplemente templada y perfecta.

—Dios mío, Chris. He cambiado de idea, quiero vivir aquí para siempre.

A su derecha e izquierda se extendía una hilera de casas exactamente iguales a la suya. Con sus caminos al agua y sus tejados de cristal.

Chris se unió a él cuando la puerta fue abierta, y su marido miró a su alrededor con esa cara suya que tan poca gente sabía leer. Pero Keith supo, de alguna forma, que acababa de encontrar otro de sus rinconcitos de paz en este mundo.

—¿Has visto alguna vez algo así? —preguntó Keith.

—No, tengo que decir que no.

—Había visto en fotos que podía ser rosa, pero se ve sobre todo azul y verde. ¡Pero tantos azules y verdes!

—Podemos ir a bañarnos en cuanto dejemos las cosas dentro y veamos lo que nos han

preparado.

—En vez de una revista, deberías haberte dedicado a abrir este tipo de hoteles por el mundo. E iríamos viajando para ver cuál de ellos es mejor.

—Si no hubiese abierto la revista, nunca nos hubiéramos conocido. Y por tanto igual te daría a qué me dedicase.

—Eres un asco siguiendo historias, esposo.

—Solo digo lo obvio.

—No era eso lo que pedía, pero bueno.

Con una palmada en su espalda, Keith se giró para entrar en la casa. Y fue hermoso también. No tanto como el paisaje, pero este formaba parte de la vivienda a través de los grandes cristales que la rodeaban. Había una cama enorme, un sillón verde igual de grande y una televisión pegada a la pared. Un jacuzzi en el baño y una ducha enorme. Todo repartido en dos plantas. El dormitorio era lo único en el segundo piso y para alegría de Keith tenía el techo de cristal. Las noches allí debían ser maravillosas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó entonces.

Chris, que se había quedado abajó, le miró desde la puerta abierta mientras se encogía de hombros.

—Si quieres podemos ir a comer.

—Es la una.

—Tengo hambre.

—Ya. Bueno, sí. Podemos ir a comer y después podemos ver la laguna. Estoy seguro de que hacen recorridos en lanchas o algo así.

Y como la hora del anochecer no era allí muy tarde, sería mejor aprovechar todo lo que pudiesen. Finalmente decidieron comer en el restaurante del hotel, que les sirvió pescado delicioso y antojitos mejicanos como muestra. Keith se enchiló, pero igualmente los disfrutó.

Chris comió pasta, lo que indignó a Keith.

—Estamos en el mar, esposo. Deberías comer lo que te recomienden comer.

—Llevo días comiendo pescado, Keith. Si yo no me meto con tus desayunos, deja tú en paz mis comidas.

Keith tuvo que reírse, porque Chris se metía todo el rato con sus desayunos. Era agradable estar allí, con aquellas vistas. A pesar del calor, que se hacía por momentos sofocante y pegaba su camiseta a la piel como si de una segunda capa húmeda se tratase.

Terminaron de comer pronto y decidieron ir al punto central de la laguna, desde donde salían algunas de las excursiones. Y en cuanto llegaron, Keith se alegró. En el paseo que bajaba a la laguna había una especie de merendero con mesas y después empezaba un camino de madera sobre el agua que terminaba en una especie de plataforma cubierta con un tejado de paja. El camino y la estructura tenían forma de “T”.

—¡Por favor, mira eso! —gritó Keith señalando a su izquierda. Había tres hamacas en medio del agua que se balanceaban suavemente. Cerca, unos columpios—. En serio.

—¿Quieres bañarte?

—Pues claro que quiero bañarme.

Dejaron las cosas en la plataforma y Keith se lanzó al agua ignorando las escaleras de madera cubiertas de algo similar al musgo. Parecían resbaladizas. Fue al tocar el fondo que lo notó.

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Chris.

—El suelo. Parece...

—Serán algas, supongo.

Chris había bajado por las escaleras, y apoyaba sus pies con cuidado. Era raro, porque se sentía como estar pisando algo un poco desagradable. Incluso pensó en ponerse las chanclas, pero aquello no tenía sentido y se dijo que se acostumbraría. Y así fue. Tras nadar un rato en las aguas cálidas, se acercó hasta los columpios. Fue difícil subir a uno de ellos, pues la madera estaba resbaladiza. Pero finalmente lo consiguió. Chris seguía nadando plácidamente a su lado, con brazadas largas que le llevaban de aquí para allá.

Keith se columpió hasta que se aburrió y después fue a tumbarse en una de aquellas hamacas. Sí, vale, no eran las más cómodas que había probado en aquel viaje, pero lo compensaba el mirar a su alrededor y verse rodeado de agua de colores. Chris no se subió a ningún sitio, y para cuando Keith pensó que se quedaría dormido allí su marido le llamó desde la plataforma de madera.

—Keith, la lancha está a punto de partir.

Le costó llegar. Porque se había des acostumbrado a ese suelo extraño y después tuvo que rendirse de subir por las resbaladizas escaleras. Terminó caminando hasta la orilla de la laguna, donde empezaban a amontonarse piedras de mayor tamaño que se clavaban en los pies. Aun así, Keith hubiese comprado una de aquellas casas para irse a vivir a aquel lugar.

Junto a ellos iban dos parejas más. La excursión incluía la visita a diferentes cenotes y a un lugar que llamaron el Canal de los piratas y del cual Keith no había escuchado hablar. Les dejaron nadar en algunas zonas y mirar en otras. El canal resultó ser una especie de plataforma que recibía su nombre gracias al lugar donde se encontraba: por lo visto aquella laguna había sido un punto clave en los enfrentamientos contra la piratería y el punto de unión entre México y Belice. Se podían hacer picados, pero Keith no se atrevió. Solo pudo mirar con envidia como Chris se tiraba de cabeza al agua.

Ya casi se había acostumbrado a las miradas que atraía su esposo, pero tuvo que bufar exasperado cuando pilló a las dos mujeres que les acompañaban con sus ojos clavados en la retaguardia de Chris. Claro que el trasero de su esposo era algo digno de mirar. Fue una tarde deliciosa, y para las seis estaban de regreso en la orilla, mojados pero felices. Incluso Chris mostraba una sonrisa ligera y una tranquilidad poco propias de él. Era pronto aún, por lo que decidieron volver al hotel, ducharse e ir hasta el pueblo de Bacalar para echar un vistazo al ambiente nocturno del lugar.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó Keith una vez llegaron a la casa burbuja mientras rebuscaba entre su ropa. La habían lavado antes de irse de Tulum en el servicio que ofrecía el hotel.

—Pantalón largo y camiseta.

Keith ni siquiera preguntó el porqué de los pantalones largos. Unos de tela fina lograban apartar de las piernas a los mosquitos, cosa que se agradecía. Keith también buscó sus pantalones kakis largos y una camiseta blanca. La camiseta se la había regalado Dave en su último cumpleaños y tenía en la parte de atrás un bonito dibujo de Ghibli.

—Keith —llamó Chris desde el baño.

—¿Sí?

—¿No te apetece un baño en el jacuzzi?

Cuando entró, lo encontró desnudo y con los brazos en jarras mientras observaba la enorme bañera. Y Keith dudó, porque el cuerpo de su esposo era siempre una tentación. Se acercó hasta él, enredando aquellos cabellos húmedos entre sus dedos mientras lo atraía hacia su boca. Fue un beso húmedo y rápido, pero finalmente ganó su practicismo.

—Después, Chris. Cuando volvamos podemos bañarnos. Debe ser genial poder hacerlo bajo

las estrellas. —Keith pasó una mano por aquel torso desnudo—. Ahora podemos darnos una ducha. Juntos.

—Qué cursi eres.

Pero había cariño en su tono, y Keith tuvo que reír cuando se vio desnudo en un abrir y cerrar de ojos. El agua salió templada y con fuerza, y los chorros les dieron de lleno cuando ambos terminaron empotrándose contra una de las paredes, la boca de Chris sobre la suya y sus manos aferradas a su trasero.

—Espera —murmuró contra sus labios mientras le empujaba un poco. Decidió que quería más que tocarle y se deslizó hasta quedar de rodillas frente a él. Chris elevó una de sus cejas, pero se dejó hacer, apoyado en la pared, mientras Keith conducía el miembro endurecido a su boca.

—Quería correrme contigo, Keith.

Keith, quien ya estaba más que acostumbrado al tamaño y a la forma de Chris, absorbió con fuerza cuando lo sintió tensarse. Chris enterró sus dedos en los cabellos empapados de Keith, marcando él mismo el ritmo que necesitaba. Y antes de correrse le hizo retirarse, obligándole a levantarse y besándole sin importarle probar su propio sabor.

—Eres un guarro —se rio Keith, pero Chris rodeó su miembro con los dedos y entonces Keith ya no tuvo nada más que decir.

Se terminaron de duchar entre besos y caricias enjabonadas, y Keith se preguntó si quizás no sería mejor pasar allí lo que quedaba de día.

Cuando llegaron a Bacalar, lo primero de lo que fue consciente Keith fue de la necesidad de volver al día siguiente, cuando hubiese luz. Junto al antiguo fuerte convertido en museo, justo al lado de la plaza del pueblo, había un mirador hacia la laguna. Las vistas debían ser espectaculares, pero de noche los encantos del lugar eran otros. La plaza no era en sí muy grande. Un rectángulo (o cuadrado, Keith no estaba seguro) rodeado de pequeños puestos artesanales que vendían desde joyería hasta pinturas.

También hallaron muchos restaurantes. Lo había tradicionales e internacionales, de diferentes precios y decoraciones, y finalmente entraron a un restaurante italiano que venía recomendado por una de las chicas de la recepción del hotel. Primero, no obstante, decidieron recorrer los puestos. Había unas tortugas de cerámica pintadas en bonitos colores y Keith compró unas cuentas para sí mismo y para regalar. Chris pareció interesado en un colgante con una especie de colmillo gigante. Keith no sabía si era falso o no, pero Chris finalmente no lo compró.

Quedaban un par de meses para el cumpleaños de su marido y Keith no tenía ni idea aún de qué comprar. El año pasado le entregó ropa, porque pensó que era lo más adecuado. Chris se mostró agradecido e incluso contento. Pero no lo usó mucho. Quizás la culpa fue de Keith, que intentó cambiar su ropa formal por algo más... juvenil.

Como clímax del cliché turista, junto a la plaza había también un letrero gigante con el nombre de Bacalar, junto al cual se posicionaba la gente para hacerse fotos. Le pidió a Chris que le hiciese una y después insistió hasta el cansancio para que se colocase junto a él y poder hacer así una foto de ambos. No salió espectacularmente bien, por lo que terminó entregando la pequeña cámara a una pareja de ancianos que paseaba por allí para que tomasen la fotografía.

La cena estuvo deliciosa. Keith pidió una lasaña vegetariana que terminó compartiendo con Chris. Estaba mucho más buena que la pasta al pesto que había elegido su esposo. Bebieron vino y terminaron hablando de aquello que siempre terminaba por absorberles.

—El especial de Navidad está casi preparado. En realidad temía que Denny no me dejase tomar diez días en este mes, pero hemos adelantado tanto el trabajo que finalmente fue posible.

—Estuvo persiguiéndome durante el último mes, pero creo que todo está controlado. Greg está

muy contento de poder llevar uno de tus diseños.

—Denny me dijo que el evento duraría tres días. Va a ser un caos.

—Pero todo saldrá bien.

La intimidad del rincón donde estaban sentados pareció empujar a Chris a tomar su mano, acariciando los dedos de Keith mientras de alguna forma mostraba ese tipo de apoyo tan suyo.

—¿Vas a querer postre? —preguntó Chris.

—Por supuesto. Afuera he visto una pequeña heladería que tenía muy buena pinta.

—Pidamos la cuenta entonces.

Y así lo hicieron. La tienda a la que se refería estaba entre muchas otras de recuerdos y artesanías, y tenía unas mesas para que pudieran sentarse. Pero Keith se pidió un helado de vainilla y chocolate, Chris uno de pistacho, y ambos decidieron comerlo mientras paseaban. En un momento dado Chris tomó su mano, quizás ocultos por la oscuridad de la noche, pero pronto ya no hubo nada más por ver y decidieron volver al hotel.

Tal y como habían esperado, las vistas eran espectaculares. Las estrellas se veían de una forma que en Nueva York era imposible, claras y brillantes en un cielo completamente despejado. El jacuzzi los esperaba allí, en medio de cristaleras y paredes claras. Y cuando se llenó, en medio del vaho y de los olores de las sales de baño, Chris se desnudó lentamente frente a él, tentándolo con una sonrisa torcida mientras se introducía en el agua.

—¿No piensas unirte?

—Cómo si eso fuera posible.

Keith puso música, un sonido suave que le acompañó mientras se desnudaba para él y caminaba hasta adentrarse en la pequeña piscina cuadrada que le recibió con agua caliente y chorros a presión. Fue maravilloso, y más cuando Chris lo atrajo hacia sí, colocándolo entre sus piernas abiertas mientras él se acomodaba contra una de las partes acolchadas del jacuzzi.

—No sé por qué no tienes uno de estos allí en nuestro baño.

—No saldrías de él.

—Cierto —confirmó Keith.

Las manos de Chris recorrieron su pecho lentamente, deteniéndose en sus pezones, que se frunció bajo su toque. Keith suspiró, derritiéndose sobre aquel pecho que se movía al compás de las respiraciones pausadas. Cuando una de las manos bajó hasta su ingle, donde el miembro se encontraba ya semi erecto, los suspiros dejaron de ser tales para convertirse en largos gemidos de placer. La respiración de Chris se volvió un susurro en su oído, que empezó a narrarle todo aquello que pretendía hacer con esos dedos mágicos.

Keith abrió más las piernas, dándole completo acceso a él. Le hubiera gustado girarse y devolverle el favor, pero Chris lo mantuvo agarrado mientras sus caricias se volvían más y más precisas, buscando que Keith terminase hecho un manojito de nervios entre sus brazos.

—Móntame, esposo —le dijo entonces Chris, y Keith casi se hundió bajo el agua en su prisa por darse la vuelta y colocarse sobre él. No lo haría de espaldas, ya que quería besarle y contemplarle cuando finalmente el otro llegase también a su clímax.

—He decidido —dijo Keith con un suspiro de satisfacción mientras se movía sobre él— hacerme un tatuaje.

Chris ni siquiera perdió el ritmo, simplemente elevó una de sus cejas mientras se acercaba para morder su oreja.

—¿De qué? ¿Y dónde?

—Una tira tribal. Y creo que en el brazo.

—Eso no es muy sexy.

—No quiero que sea sexy.

—Bueno, puedes compensarlo de otras formas.

Y las manos en su trasero decían muchas cosas sobre ello.

—¿Nunca te ha llamado la atención hacerte uno?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

Aquella boca sobre la suya le silenció. Porque Chris lo besaba con maestría a arrobos, carnal y húmedo, y Keith solo podía derretirse contra él de lo mucho que lo amaba. Chris lo ayudó a moverse, manteniendo sus manos firmemente unidas a su trasero, y Keith pronto sintió como todo él se tensaba ante la tentativa de lo que venía. Chris le mordió los labios, y después la mandíbula. Le gustaba dejar marcas allí donde los demás no las viesan. Marcas que les recordasen a ambos lo que había sucedido en la intimidad. Era una especie de salvoconducto para cuando sus realidades chocaban y terminaban discutiendo por minucias, como pasaba de vez en cuando.

Tiempo después ambos se metieron finalmente en la cama. Keith llevaba solo su ropa interior mientras Chris estaba completamente desnudo. A veces se preguntaba si es que lo hacía a propósito para tentarle. Sería muy propio de aquel Douglas. Decidió ignorar la forma en la que el cuerpo de su marido se amoldaba al suyo mientras ambos se acomodaban sobre el mullido colchón. Las sábanas solo eran un estorbo, y la mosquitera gigante que pendía del techo y los rodeaba las volvía innecesarias contra los mosquitos.

Con un bostezo enterró en rostro en el hombro de Chris.

—Buenas noches, Chris.

—Keith.

Un murmullo fue todo lo que salió de sus labios a modo de interrogante.

—Hagámoslo —dijo él. Y Keith, adormilado, solo abrió uno de sus ojos para mirarle.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Adoptar. Tengamos una familia.

Keith enterró de nuevo su rostro en el cuello del otro, incapaz de mostrar una expresión que, sabía, dejaba ver lo vulnerable que se sentía en aquel momento. Chris no lo permitió, por supuesto, y con una mano en su mentón le hizo subir la mirada hasta toparse con dos ojos castaños y completamente despiertos.

—Todo estará bien, ratita.

Y Keith solo pudo creerle mientras las lágrimas finalmente mojaban su rostro. Cuando aquella boca bajó sobre la suya fue recibida no obstante por una sonrisa.

Día 8

Chris nunca pensó en tener hijos. Su propia experiencia familiar le enseñó de joven que no siempre era una buena opción el sumar infantes a la ecuación. También sabía que existían otro tipo de familias, como la que había tenido Dave con sus padres, o como la que su primo tenía ahora con Dave y tres niños asombrosos. Pero entendía que no todo el mundo valía para ser padre. Su familia había sido seguramente el ejemplo más claro de aquel problema.

Chris no sabía si él sería buen padre. Le había costado más de veinticinco años llegar a la conclusión de que sí, podía querer a alguien. Y esa misma revelación vino también con otra igual de importante: su amor debía ser extremadamente selectivo, a juzgar por lo difícil que resultaba abrirse a otras personas. ¿Qué pasaría entonces si no era capaz de querer a su propio hijo? Él amaba a aquellos tres pilluelos que un día llegaron a su casa para quedarse. Los adoraba de verdad, y suponía que a aquellas alturas el hecho de haber tenido una infancia disparatada no le había dejado incapacitado para formar a su propia familia. Sí, definitivamente querría a su hijo, porque sería además algo suyo y de Keith. Y eso no podía ser sino hermoso.

Ahora bien, ¿el querer a un niño le hacía buen padre? Era la otra pregunta. Aquella que suponía un verdadero dilema para él. Los tres niños que vivían con ellos se estaban criando bien, no había duda al respecto. Y Greg y Dave estaban haciendo un trabajo espectacular. Pero Dave había tenido unos padres que habían sido capaces de educarle con amor. Chris, en cambio, había sido un niño vacío al cual sus padres intentaron llenar únicamente de expectativas de adultos. ¿Podría quitar él la infancia a su hijo? Quizás no a propósito, pero no sabía si conocía alguna otra forma de educar a nadie.

Llegados a aquel punto de reflexión, debía incluir a la otra variable en aquella extraña ecuación: Keith. Keith sería un padre maravilloso. Lo sabía tan bien como sabía que Keith se volcaría en querer y cuidar a su familia. Lo hacía con él, como si de algún tipo de niño crecido se tratase, y muy seguramente lo haría con cualquiera que significase para él un lazo familiar. Puede que Dave y Greg fuesen los padres de Nathan, Johnny y Paula, pero en realidad ellos se estaban criando bajo la tutela simbólica de todos los que vivían en aquella vieja y enorme casa.

Chris suponía entonces que ampliar la familia, algo que Keith había deseado siempre, podía ser una idea factible. ¿Por qué no? Tenían los recursos y las posibilidades para ello. Y si dejaba de analizarlo todo con su lado práctico, Chris, en el fondo, quería también saberse capaz de querer y cuidar más allá de su burbuja de confort. Que lo era. Tenía que serlo para haber terminado así de enamorado de Keith. Y aquellos miedos que se inscribían en su piel como tinta vieja e indeleble debían ser superados para conseguir aquello que deseaban.

¿Chris quería entonces una familia? Sí, la quería. Porque sería aquello que cerrase completamente su núcleo familiar junto a Keith. No sabía si era la razón más correcta, pero era la que tenía en aquellos momentos.

—Dicen que este territorio fue siempre campo de batalla para los piratas —iba diciendo Keith mientras ambos paseaban por el museo del Fuerte de San Felipe. Allí pudieron ver maquetas de barcos, restos prehispánicos e historias sobre el periodo de la colonización.

—Ya lo viste ayer en la laguna.

—Sí, solo que verlo desde aquí, desde un fuerte, lo hace todo más real. Es un sitio maravilloso.

—También fue uno de los lugares más difíciles para arribar. Las fiebres amarillas eran una buena defensa.

—¿Te has estado documentando, esposo?

—Me gusta leer sobre los lugares que visito. Deberías probarlo, Keith.

—Muy gracioso, pues para que lo sepas también he leído algo. Solo que no tan... profundamente.

—Las guías turísticas no valen.

—Claro que valen cuando vas a hacer turismo.

Chris elevó los ojos al cielo, que en este caso fue más bien el techo, y sacudió la cabeza.

—Menudo cliché.

—Sí, no te lo negaré. Pero aun así soy feliz, así que déjame.

—Como digas.

Keith siguió recorriendo todo y deteniéndose en cualquier lugar que llamase la atención. El museo no era grande, pero su esposo lo hizo durar bastante más de lo esperado. Para cuando finalmente salieron a la calle, eran casi las doce del mediodía.

—¡Mira eso, Chris!

En la parte alta del fuerte, una especie de mirador dejaba observar a vista de pájaro gran parte de la inmensa laguna, con sus colores cambiantes a lo largo del día.

—Aun no entiendo cómo pueden verse tantos colores diferentes.

—Pero sigue haciendo demasiado calor.

Keith no pudo refutarlo y Chris casi sonrió cuando recibió de su ratita una mirada molesta. Llevaba uno de sus sombreros enormes que cubrían casi por completo el rostro fino y algo sonrojado ya. También tenía una gafas de sol redondas y grandes que no resultaban realmente favorecedoras. Por supuesto Chris no dijo absolutamente nada de esto.

Él estaba feliz. Correteando de un lado a otro y haciendo cientos de fotos de las cuales solo quedarían una decena más tarde. Le conocía bien. Les hizo unas fotos a otra pareja que le pidió en un español con acento extranjero el favor. También se compró otro helado, que terminó casi derretido antes si quiera de poder probarlo. Chris solo le dejó ser. Porque verle así, desinhibido y contento, era algo que aligeraba su propio corazón.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Keith mientras miraba con ojos soñadores el horizonte desde el mirador.

—En el cenote Azul hay un restaurante. Podemos probar ahí.

Keith asintió, y finalmente salieron del fuerte para dirigirse a la plaza, donde habían aparcado. De camino se encontraron con niños vendiendo llaveros e imanes de nevera, gorras y camisetas. También había señoras con ropa. Chris, que empezaba a notar molestias en la cabeza, compró una gorra oscura con el logo de Bacalar en la delantera.

—Te queda bien, esposo.

—Pues claro.

—¡Pues claro! En serio, Douglas, deberías bajar un poco ese engreimiento que te cargas.

—Te gusta mi engreimiento.

—No. Me gusta tu cuerpo. Es diferente.

Aquello no merecía ni contestación, por lo que finalmente subieron al coche y partieron hacia el cenote, que estaba a unos cinco minutos. Se trataba de uno abierto, con aguas cálidas y tranquilas que se veían oscuras debido a la profundidad. Si uno se fijaba bien podía ver decenas de peces de diferentes tamaños moviéndose por todos sitios.

Había que entrar a través del restaurante, el cual había construido una especie de plataforma

de cemento con un par de cuerdas gruesas atadas para aquellos que no se atreviesen a meterse en el agua sin ningún agarre o protección. Chris pensó que vendría bien, ya que tener un calambre en un pozo de unos 90 metros de profundidad daba como mínimo algo de respeto. La gente a su alrededor se estaba zambullendo de cabeza, no obstante, y Chris pronto empezó a lanzarse al agua sin importarle que Keith prefiriese sumergirse lentamente y junto a las cuerdas. Pronto se soltó, no obstante, y empezó a nadar de un lado a otro con brazadas poco elegantes pero igualmente eficaces.

El ejercicio les dio hambre y tuvieron que secarse antes de poder pasar y sentarse en uno de aquellos bancos alineados junto a las ventanas abiertas que daban al cenote. Era redondo e inmenso, y una cuerda lo cruzaba desde donde estaban ellos hasta el otro extremo. Pero ninguno de ellos tenía realmente ganas de nadar tanto. Y allí volvieron a comer pescado. Delicioso pescado fresco que les sirvieron con aguacate, plátano frito y salsas picantes para los totopos.

Bacalar no era Tulum, y menos si uno estaba alojado en un complejo justo al lado de la laguna. No tenía ese ambiente nocturno de bares y más bares que sí que poseía su anterior residencia temporal. Pero no importó, porque tras otro rato disfrutando del agua del cenote, a pesar de que el bar cerraba pronto, finalmente decidieron volver a la casa. Eran las cinco y media y ya se notaba la falta de sol. En una hora más sería de noche.

Keith se duchó mientras Keith hablaba con Alex por teléfono. Ni siquiera dejaban sus cotilleos en su luna de miel, pensó divertido. Tuvo que poner el aire acondicionado un rato, porque el calor resultaba asfixiante a pesar de que el sol ya ni se veía.

—Esposo, te has perdido la puesta de sol.

—La vi ayer. Y esta mañana.

—Voy a ducharme yo también. Podemos quedarnos aquí a descansar hasta que sea la hora de cenar.

Chris asintió, absorto como estaba en revisar su correo en el teléfono celular. Escuchó a Keith mascullar algo muy poco halagüeño sobre costumbres trabajólicas y meterse después a la ducha. El sillón de la casa era grande y cómodo, y la televisión tenía diferentes plataformas suscritas. Chris se metió al videoclub disponible. Era algo que no hacía desde hace meses, puesto que su tiempo libre simplemente se evaporó entre montañas y montañas de informes. Pero vio que la lista de películas era amplia. Estuvo pasando de una a otra hasta que finalmente Keith se sentó a su lado, vistiendo únicamente unas bermudas verdes y con el cabello húmedo y pegado al rostro.

—Deberías secarlo bien —dijo mientras tocaba algunos mechones de pelo negro—. Está demasiado húmedo y el aire acondicionado no te hará bien.

Keith se sacudió como un perro y Chris gruñó cuando pequeñas gotas le salpicaron. Pero su esposo se quedó fuera de su alcance cuando saltó a buscar una toalla.

—¿Qué quieres ves? —le escuchó preguntar.

—No lo sé. ¿Alguna sugerencia?

Keith finalmente se sentó. Permaneció alejado de él, seguramente temiendo alguna represalia por su travesura. Chris, no obstante, se limitó a lanzarle el mandó de la tele para que eligiese lo que quería ver. Y el abanico era amplio.

—Supongo que una de dibujos no ¿verdad? —no hizo falta ni que contestase—. A ver...

Finalmente fue una de superhéroes. Chris no era demasiado fán de ese tipo de películas, pero pudo relajarse inclinado contra el respaldo y con una cerveza en la mano. Finalmente Keith se rindió a lo inevitable y acabó apoyando su cabeza en el regazo de Chris. Este supo que se quedaría dormido en breves, pero no le importó mientras acariciaba esos cabellos negros ya completamente secos. Fueron dos horas largas que finalmente abrieron su apetito.

Tuvo que zarandearle suavemente para despertarle. Podría haberlo dejado allí mientras conseguía algo de comida para los dos, pero Keith había dicho antes que quería cenar en el restaurante del hotel que ofrecía buffet libre. Distráido, observó aquella boca de labios gruesos y oscuros. Keith debía estar soñando algo raro y su boca se había fruncido en un mohín de disgusto. Era adorable. Una de sus manos le agarró la barbilla mientras bajaba para depositar un beso rápido y seco sobre aquellos labios tentadores, despertándolo.

—¿Qué hora es?

—Hora de cenar.

—Tengo que vestirme.

—Yo también.

Keith se levantó de su regazo para mirarle. Efectivamente, Chris tampoco llevaba camiseta. Le vio sonrojarse y extender la mano por su abdomen.

—Lo siento —le escuchó murmurar. Y no pudo menos que reír ante su bochorno.

—Sí, ratita, me has babeado durmiendo. Tengo que decir que no parabas de murmurar cosas extrañas. Ni siquiera logré entender bien qué decías.

—¿Estaba hablando en sueños?

—Sí.

—No me acuerdo.

—Suele pasar.

Keith se limpió los labios con un brazo, como si aquello fuese a borrar su bochorno. Chris finalmente se levantó, revolviendo el cabello de Keith antes de subir las escaleras hacia la habitación. Se vistió algo más formal, porque sabía que allí la gente iría a cenar vestida de manera elegante. No estaba seguro de que Keith hubiese echado en su maleta algo similar. Sorprendentemente así era, y cinco minutos después ambos salían de la casa hacia su cena.

—¡Esto está riquísimo, Chris!

Sí que lo estaba, pensó mientras terminaba los últimos restos de su plato para levantarse de nuevo a repetir. Ese era el problema de los buffé, que uno raramente controlaba cuánto comía. Sentado frente a él en la mesa, Keith le miró nervioso.

—Chris, gracias. Estoy realmente feliz de que hayas aceptado.

No hizo falta preguntar el qué.

—Cuando nos casamos, e incluso antes, lo hicimos para formar una familia, Keith. Pensé que ampliarla sería algo bueno.

—Lo sé. Y también sé lo difícil que es para ti manejar algunos tipos de cambios. La verdad, nunca pensé que aceptases tan rápido. Quizás un sí, pero después de una larga reflexión o algo así.

Vale, quizás debería explicárselo.

—Ya había hecho esa reflexión, ratita.

—¿Cómo?

—Tiempo atrás, cuando la familia se amplió con los tres niños, no pude menos que preguntarme si cualquiera de nosotros estaba preparado para algo así. Nos han preparado para muchas cosas, Keith, pero no para la paternidad. Y la mayoría de los ejemplos que tenemos dan verdadera pena.

—Pero Greg dijo que sus padres...

—Sí, solo ellos podrían salirse de la norma. Y por eso me pregunté si era por ello por lo que fue finalmente él quien formó su familia. Nunca creí posible que yo pudiera hacer algo similar, a decir verdad.

—¿Y qué cambio?

Aquella era una pregunta complicada de responder. Porque habían sido tantas cosas las que habían cambiado.

—Supongo que fue todo a la vez. Fue la llegada de gente nueva a la casa. Fuiste tú, que rompiste completamente mis esquemas de cómo iba a ser mi futuro. Fue lo que pasó con mi tío y con Alex. Y finalmente la muerte del abuelo. Quizás descubrir que hay más ahí fuera para mí que lo que mis padres me ofrecieron. Y si te soy sincero, porque supongo que a fin de cuentas se trata de eso, no estoy seguro de que pueda ser un gran padre.

Keith hizo amago de hablar, pero Chris se le adelantó.

—No, Keith, tú me conoces Keith. Sabes que a veces es difícil para mí comprender a los demás y que la empatía está lejos de ser uno de mis mejores rasgos. No he tenido un buen ejemplo en esto de la educación infantil, y la verdad es que no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Lo haremos bien, Chris. Porque no conoces otra forma de hacer las cosas. Y sí, te equivocaste en su día. Pero mírate ahora, esposo. Estás ayudando a criar a esos niños, lo veas o no.

—También pensé que si me equivocaba de nuevo, tú estarías ahí para reconducirme por el buen camino. Últimamente se te da muy bien.

—Es la única forma de que no te vuelvas a convertir de pronto en un cubito de hielo fuera de casa.

—No sé si eso sería realmente malo, la verdad.

—Por supuesto que sí. Porque nunca te había visto más feliz que ahora, Chris. Ni tan en paz contigo mismo. Y eso lo vale todo.

Chris sintió la necesidad imperiosa de atraerle hacia sus brazos y besarle. El restaurante estaba lleno de personas, por lo que decidió reprimirse hasta que se encontraran en un ambiente más íntimo. Keith debió notarlo, puesto que sonrió con aquellos ojos grises rodeados de pestañas oscuras y le tocó uno de sus pies con el zapato. No era nada, apenas un roce, pero fue suficiente para hacerlo sonreír débilmente.

—Voy a traer dos helados gigantes de postre. Y quizás esta noche no seamos capaces ni de movernos de la cama, pero habrá merecido la pena a juzgar por la pinta que tienen esos chocolates de ahí.

Chris no sabía si quería cambiar el sexo por el helado, pero confiaba en sus capacidades para tener ambos. Aunque por lo visto este último fuese una copa monstruosamente grande de sabores.

La casa los recibió silenciosa y brillante a través de sus cristales. Chris se echó a Keith sobre el hombro para subir las escaleras y tirarlo de forma teatralmente brusca sobre la cama. Su marido le sonrió con esa boca sucia suya, que le hacía desear besarla a la vez que pedirle que le chupase. Y cómo no sabía que quería hacer más, gruñía frustrado mientras le mordisqueaba los hombros, dejando pequeñas marcas que al día siguiente le recordarían lo sucedido entre aquellas sábanas.

Keith bailaba bajo él con el cuerpo tembloroso y a través de la sinfonía de susurros que llegaban a sus oídos se guiaba por el mapa de su cuerpo. Las estrellas sobre ellos brillaban en sus ojos grises cuando estos se perdían en el techo acristalado, y Chris solo podía mirarlo y preguntarse qué mierda había hecho él para merecer lo que se le había concedido con tanta gracia.

—Venga, Chris. Te deseo. Ahora.

Y él le deseaba igual, hambriento y desesperado. Queriendo atraparlo y guardarlo para que nada ni nadie fuese capaz de alejarlo de su lado. ¿Que si quería una familia con él? Chris lo quería todo. Sí, todo lo que la vida fuese capaz de ofrecerle, él lo recibiría con los brazos abiertos

Día 9

Era su último día de viaje y Keith lo único que quería era quedarse allí y perecer de puro cansancio. Su cuerpo dolía de aquella manera agradable que deriva de una noche algo asaltada entre las sábanas. Tenía el cuerpo además lleno de marcas de su boca y sus dientes. ¿Cómo demonios iba a quedarse en bañador delante de más gente? Pensó que quizás podían quedarse allí encerrados todo el día, disfrutando de la casa de cristal, de las vistas y del jacuzzi. Quizás también de las hamacas del exterior y por qué no decirlo, de su marido. Solo para él.

Chris seguía dormido en la cama. Bocabajo y con uno de sus brazos perdido bajo la almohada. Era una postura muy suya para dormir, que dejaba usualmente a Keith apoyado contra su costado. Le escuchó respirar profundamente y removerse, pero no despertó. Sonriendo, decidió empezar el día con una buena ducha y quizás un buen desayuno para ambos. Si conseguía hacerlo todo antes de que despertase Chris, sería un bonito gesto sorprenderle con su bandeja de desayuno en la cama. Sí, sabía que odiaba comer en la cama. Quizás en la mesa de la habitación, que estaba justo al lado del balconcito más hermoso que nunca hubiese visto.

La ducha le tomó unos diez minutos. Podían haber sido menos, pero Keith debía admitir que le encantaba sentir el agua caliente sobre sus músculos. Y más después de una noche de sexo. Se aclaró el pelo y el cuerpo y salió cubierto únicamente por la toalla. Chris seguía dormido. Eran las diez de la mañana y no creía que aquello durase demasiado. Keith se vistió y salió de la casa cuidándose de llevar las llaves con él.

El restaurante estaba ya lleno de gente, por lo que preguntó si acaso podía alguien ayudarle a llevar una de las bandejas a la casa. Sabía que el hotel incluía ese servicio y había caído en la cuenta de que cargar con ambos desayunos y abrir la puerta iba a suponer todo un reto para él. Finalmente uno de los muchachos le dijo que sí, que tomase lo que quisiera y ellos se encargarían de llevarlo. Fueron agradables y sus sonrisas no parecían de empleados. Keith tomó fruta, zumos, café, tostadas, cereales y cuanto se le ocurrió, y se empeñó en llevar él mismo una de las bandejas mientras el muchacho llevaba la otra. El camino era corto, por lo que pronto pudieron dejar todo en la mesa de abajo mientras el camarero se despedía.

Keith, en su pobre intento de español, le pidió que esperase para buscar algo de dinero y dejarle propina. No controlaba tampoco las propinas en pesos mexicanos, pero debió ser más que suficiente a juzgar por la sonrisa del chico. Una vez solo, e imaginando que su marido seguía K.O. en la cama, subió de una en una las bandejas hasta la mesa del piso superior.

Chris se había movido, y su cuerpo desnudo se asomaba entre las sábanas. Era tan hermoso que Keith a veces pensaba que iba a quedarse ciego de tanto mirar. No entendía muy bien a quién habría salvado en su vida anterior como para merecer semejante persona, pero no podía estar más feliz con lo que le había tocado como destino.

Finalmente, sin querer que se enfriase todo, se subió sobre la cama y se acercó a su marido gateando. Chris murmuró algo, adormilado, mientras abría uno de sus ojos.

—Venga, querido —dijo en un susurro, te espera un maravilloso desayuno seleccionado por el amor de tu vida.

Chris se giró, quedando bocarriba y con un brazo cubriendo sus ojos. Keith se agachó hasta depositar un beso en aquella piel lisa y bronceada .

—Chris.

De pronto el brazo se movió, le rodeó por el cuello y le tiró de espaldas sobre el colchón. Y un

Christopher muy desnudo se colocó sobre él, sonriendo aún medio adormilado pero con otras partes de él completamente despiertas.

—Se nos va a enfriar el desayuno.

—Podemos pedir otro.

—Eso sería demasiado vergonzoso.

Chris gimió, restregándose sobre él, y Keith no pudo sino suspirar mientras abría sus piernas.

—Va a ser rápido, esposo —le advirtió Chris.

—Después podemos tomarnos nuestro tiempo. Tenemos todo el día para nosotros.

Dicho y hecho. Cuando Chris le penetró de una estocada profunda y momentos después empezó a moverse en su interior, Keith sofocó un grito pegando sus labios a los de su marido. Y no tardó demasiado en correrse cuando Chris llevó una de sus manos a su miembro.

Sentados a la mesa, Keith solo pudo pensar que desayunar a las once de la mañana era algo nuevo para ellos. Chris no se quejó de que su café estuviera templado y no tocó las tostadas. Pero la fruta seguía fresca y estaba deliciosa. También los cereales, que vertieron en un cuenco con leche. Se bebieron casi toda la jarra de zumo de naranja y hablaron de mil y una cosas mientras pasaba el tiempo. Era agradable desayunar así, junto a la brisa húmeda y la vista de la laguna. Frente a una enorme cama desecha y un hombre medio desnudo. Su hombre, además.

—Deberíamos desayunar más veces así. En el cuarto, tú cubierto solo por una sábana mal puesta —Chris no rio su broma, solo le miró enarcando una de sus cejas.

Malditos fueran los Douglas y su manía con ese gesto en particular. Se lo habían terminado por pegar. A él, que por supuesto no le salía bien y terminaba subiendo ambas cejas hasta la mitad de su frente en algo que parecía cualquier cosa menos lo que debía parecer.

—Puedes desayunar desnudo tantas veces como quieras en casa. Será divertido intentar explicarle a los niños porque de pronto te has convertido en un exhibicionista.

—¡No me refería a eso, perverso!

—No, no. Yo no te detendré, Keith.

Este gruñó mientras pinchaba un trozo de papaya y se lo llevaba a la boca. No era su fruta preferida, pero con el sabor del yogurt y de la miel estaba realmente buena.

—Es nuestro último día de luna de miel, esposo, no pienso discutir contigo por estupideces. Y menos por estupideces de ir desnudos.

—Es un tema bastante importante para discutir.

—Puede ser. De todas formas —añadió antes de volverse a desviar—, ¿quieres hacer algo especial hoy?

—No sé. Si quieres quedarte aquí encerrados, me parece una buena idea. Solo comer y retozar. Sí, suena interesante.

Iba a mencionar la laguna, pero lo cierto era que la tenían justo frente a su puerta. A un caminito de madera de distancia, en realidad.

—Nos pueden traer aquí la comida también. Es agradable.

—Sí que lo es.

Y había un mundo reflejado en aquella mirada de ojos serios y castaños.

Terminaron el desayuno y Chris llamó para que viniesen a recoger las bandejas. Mientras Keith esperaba, Chris decidió ducharse. Para cuando salió, lo hizo en unas bermudas cortas y cómodas. Y nada más. Keith elevó los ojos al cielo pidiendo resistencia ante aquella manía de mostrar tanta piel. ¿Quién iba a concentrarse así en nada? Estaba revisando su propio correo, ya que Denny le seguía mandando mensajes que tenía que leer y contestar si no quería una llamada enfadada del diseñador.

Por lo visto habían surgido algunos problemas con una de las empresas de fotografía asociadas, pero Denny decía que esperaba tenerlo solucionado para cuando ellos volviesen. De no ser así, iba a tocarle a Keith ponerse manos a la obra.

Y Keith adoraba su trabajo. Todo él, desde aquellas reuniones interminables de contenido hasta el trabajo más creativo en su escritorio. A veces en compañía de Denny, otras veces solo. Le gustaba sentarse con un chocolate bien caliente mientras escuchaba a su jefe hablar y hablar sobre tendencias. Adoraba aprender cosas nuevas de allí donde ya no creía sacar nada. Y puede que la organización de eventos como el de Navidad fuese un jaleo que se evitaría, de ser posible, pero el resultado de todo aquello siempre era una recompensa que merecía la pena.

Lejos habían quedado sus días de prácticas, y lejos habían quedado aquellos sermones por parte de un Christopher quien por entonces lo consideraba una especie de fotocopiadora con patas. Sí, muchas cosas habían cambiado en aquellos años. Keith no creía que hubiese aprendido a defenderse mucho mejor, como tantas veces le advirtieron, pero uno terminaba acostumbrándose a determinados contextos y aprendiendo a actuar en consecuencia.

Todos en aquella empresa sabían además quién era él. No en su parte creativa, lamentablemente, sino en su relación con Christopher Douglas. Aquello había allanado su camino de una forma que a veces le molestaba, pero que si era sincero consigo mismo debía reconocer como algo útil. Keith nunca tendría el carácter endemoniado de su esposo o de Denny. Ni siquiera creía llegar a superar del todo aquella timidez frente a extraños. Pero se había amoldado a un nuevo mundo donde la competitividad ponía zancadillas a aquellos que no supieran saltarlas. Eso era lo que Keith estaba aprendiendo, a saltar.

—Sabes, hace un par de meses uno de los diseñadores participantes en el desfile de Navidad intentó cargarse mi proyecto.

Chris, que en ese momento estaba también enfrascado en su teléfono móvil, levantó la vista de inmediato. Su ceño fruncido y su expresión de enfado lo decían todo de su repentino humor.

—¿Quién? ¿Y por qué no me he enterado antes?

—Porque no quería que lucharas mis batallas por mí. Ni que lo despidieses.

—Uno debería ser más listo que eso, Keith.

—Creo que estoy acostumbrándome a esa competitividad enferma que tienen algunos en este mundillo.

—¿Qué hizo?

—Intentó robarme mis dos diseños principales.

—¿Robar?

Estaba seguro de que Chris no había querido gritar. Aun así, Keith sonrió, tranquilo.

—Sí. Era estúpido, porque trabajo muy cerca con Denny. Fue todo muy obvio y él se llevó un buen rapapolvo.

—¿Rapapolvo? ¿Qué tipo de palabra es esa?

—Una muy buena para la ocasión. Lo que quiero decir es que estoy aprendiendo poco a poco cómo moverme en mi esfera de trabajo, Chris. Y sé que Denny te da informes recurrentes sobre cómo me va, pero quería que supieras que puedo hacerlo bien. Sin tu supervisión de papa pollito.

—Yo no te veo como un polluelo, Keith.

—Era un ejemplo, esposo. Sé muy bien que no me ves así. Doy gracias al cielo a que no me veas así, en realidad.

—¿Y esto te pasa muy a menudo?

Estaba claro que culpaba a Denny y al propio Keith de su ignorancia en cuanto a esos sucesos. De los reales y de los que su fecunda mente seguramente estaba imaginando ya.

—No, no sucede muy a menudo. Solo quería decirlo para que sepas que yo sé que estás siempre pendiente de que nada me pase. Y Denny también. Y que lo agradezco, pero que estos problemas los solucionaré por mí mismo. Porque ya es suficiente que todo el mundo sepa que soy tu marido, no necesito que encima la gente vea que estás siempre encima de mí.

—Yo no estoy encima de ti. Al menos no fuera de la cama.

Keith ignoró ese último comentario.

—Claro que lo saben. Todo el mundo piensa que conseguí mi puesto metiéndome en tu cama. Lo que es, por otra parte, una gilipollez.

—¿Quién demonios está diciendo eso?

Keith meneó la cabeza, incrédulo.

—Casi todo el mundo, tonto. Pero está bien, porque lo único que tengo que hacer es demostrarles por qué me gané realmente mi puesto. Y para eso necesito que vean que hago las cosas por mí mismo. Si te hubieses enterado del problema con... con esa persona, lo habrías echado a la calle y todos se preguntarían si acaso no fue simplemente por ser quién soy para ti.

—El robar proyectos ajenos es motivo de despido, sea quien sea la víctima.

—Denny se encargó de ello.

—¿Lo despidió?

—No.

—Entonces no lo hizo bien.

—Sí que lo hizo. Lo que pasó, Chris, fue que muchos sí que creyeron en mí, en mis diseños, y eso fue suficiente para mí.

Estaba claro que no era suficiente para Chris, pero Keith quería hacerle entender lo importante que era aquella cuestión para él.

—Solo quería que vieras que todo estará bien. Que puede que aún siga sin ser capaz de afrontar ciertas situaciones sociales, pero que aun así estoy aprendiendo bien.

—Lo sé, Keith. Créeme que lo sé.

—Y en parte es gracias a ti. Creo que enfrentarte a ti fue precisamente lo que me hizo perder el miedo a enfrentarme a muchas otras cosas. No a ti, quizás, sino a nuestra situación y a mis sentimientos hacia ti.

—No sé si entiendo eso.

—Una vez te dije que perdí la esperanza hacía mucho tiempo, y lo decía en serio. A veces me da vergüenza recordar cómo era yo entonces, al principio. Cómo no era capaz ni de sostenerte la mirada. Ni a ti, ni a muchos otros. Creo que en algún punto de mi vida simplemente me convencí de que todo debía ser así y que estaba bien. Es complicado explicar cuando uno parece tener miedo a todo. A salir a la calle y hacer aquello que quieres hacer pero que sabes que quizás no puedas. Y cuando empiezas a dudar es cuando te equivocas, y pocas veces hay vuelta atrás.

Chris se sentó a su lado en la cama, guardando silencio mientras él buscaba las palabras adecuadas para explicarse.

—Y el miedo lo consume todo, Chris. Sé que lo sabes, porque tú mismo has tenido tus propias montañas que escalar, pero Chris, cuando llegué a esa empresa y tuve que enfrentarme a ti, que te apareciste ante mí como una pesadilla de la que no podía esconderme, todo empezó a cambiar. Lo que creía un espacio seguro desapareció y huir ya no era una opción. Me pusiste frente a aquello que temía y fue como una terapia de shock a lo bruto. Y te odié por ello. Dios sabe que te odie por ello. Pero en el camino también perdí parte de mi miedo. De mi miedo a vivir y de mi miedo a amar. Y fue eso lo único que me permitió abrirme a ti a pesar de lo que suponía. A pesar de que sabía que era inútil.

—Fui una pesadilla.

—Sí, lo fuiste. Pero irónicamente me ayudaste a salir del agujero donde estaba. Y la primera vez que pude plantarte cara, ese día fue el día que me convencí de que yo también podía hacerlo.

—No sé si eso lo hace mejor, Keith.

—Seguramente no, pero yo ya te perdoné en su día. Y sé que tú también lo hiciste, a pesar de que a veces salgan a relucir cosas que quisiéramos dejar atrás. Chris, de alguna forma aprendí a vivir sin miedo, y eso me hizo vivir por primera vez. Por eso es tan importante para mí seguir haciéndolo. No solo, no estoy diciendo que no te quiera ahí, solo necesito aprender a gestionar mis propias situaciones a pesar de que tu tengas el poder de resolver muchas de ellas de una forma insultantemente fácil.

—A veces es tonto luchar batallas que solo conseguirán hundirte.

—Pero eso será algo que aprenderé también. Y entonces decidiré.

—Entiendo.

—Lo sé.

—Pero no pararé de interesarme por tus asuntos.

—No te pediría eso, sé que es imposible.

—Pero intentaré no inmiscuirme a menos que me lo pidas.

Keith sabía que eso era casi tan imposible para Chris, quien se nutría del control que podía ejercer sobre su entorno, como el no interesarse, pero también sabía que lo intentaría. Keith se acercó hasta él, colocándose sobre su regazo mientras le rodeaba con los brazos y buscaba su boca.

—Te quiero, esposo.

—Lo sé, Keith. Lo sé. Yo también te quiero. Y ahora bésame antes de que te tire sobre esta cama para hacerte el amor.

Las hamacas se movían solas con el viento cálido que soplaba del este. Keith se sentó en una de ellas, asegurándose de tener frente a sí esa vista magnífica de colorines. En algún lugar del interior de la cama escuchaba a Chris caminar de un lado a otro, hablando por teléfono con alguien de la empresa en un tono irritado. Suponía que las vacaciones de alguien como él, de alguien con sus responsabilidades, nunca eran completamente libres de preocupaciones.

Se acercaba la hora de comer y su estómago se revolvía inquieto. No habían comido nada desde las once y ya casi eran las tres. No había pasado tanto tiempo, pero el ejercicio físico entre sábanas siempre le daba hambre. Finalmente Chris se unió a él, sentándose en uno de los sillones y dejándose caer de forma cansada contra el respaldo de tela. Le vio cerrar los ojos mientras respiraba hondamente.

—¿Problemas?

—Siempre hay problemas cada vez que me ausento. Son una panda de inútiles.

—No hables así.

Chris abrió los ojos para mirarle, suspirando entonces.

—Sí, es cierto. No son inútiles, es solo que tiendo a no saber delegar trabajo. Y eso después tiene sus consecuencias.

—Pues aprende a delegar.

—Eso es fácil decirlo.

—Conmigo ya lo hiciste.

Chris le dio ahora toda su atención, colocando una sonrisa cínica sobre sus labios.

—Hacer de pasivo con mi esposo no es lo mismo que delegar, Keith.

—No, lo que no es lo mismo es confiar en mí que en ellos.

—Lo que viene siendo lo mismo.

Keith bufó exasperado. Aquellas conversaciones no llevaban a ningún lado. Esa ocasión en que Chris le cedió completamente el control en el sexo fue algo increíble, mas nunca se repitió una segunda vez. Aun así, Keith sabía que lo haría. Algún día, no ahora.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí.

—Podemos vestirnos e ir al restaurante. Habrá buffet, así que es más interesante comer allí.

Chris estuvo de acuerdo y ambos se terminaron de vestir para salir. Era lo suficientemente tarde como para que en un buffet normal se hubiesen agotado algunas cosas y enfriado otras, pero aquel no era un hotel normal y toda la comida está justo en su punto. Keith volvió a comer demasiado, con platos que se rellenaban una y otra vez, y a pesar de que uno intentaba no excederse, para cuando tocó el postre no estaba seguro de poder meterse algo más a la boca.

O eso creyó hasta que vio a Chris comer un brownie con una bola de helado de vainilla.

—Yo también quiero.

Chris le ofreció del suyo, pero Keith finalmente se levantó a por uno para sí mismo. Aquella noche iba a dolerle el estómago, lo sabía, pero habría merecido la pena.

—Deberías tomarte un antiácido, Keith. Has comido demasiado.

—Tú has comido igual.

—Pero normalmente como bastante más que tú.

Tenía razón, y lo primero que hizo nada más llegar a su casa burbuja fue buscar los sobres de riopan que compraron en una farmacia en Tulum. Las casas tenían una piscina comunitaria que a las cuatro de la tarde se encontraba vacía. Keith se quiso bañar, pero Chris simplemente se sentó en una de las tumbonas junto al agua con las gafas de sol puestas y seguramente los ojos cerrados. Keith adoraba el agua. Le encantaba flotar sobre el mar salado o sobre las aguas calmas de una piscina. También se divertía jugando con aquellas grandes colchonetas que suponían siempre un reto a la hora de montarlas. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero fue finalmente Chris el que le hizo ver que empezaba a aburrirse. Keith decidió salir del agua, con las puntas de sus dedos arrugadas y una sonrisa de oreja a oreja.

—No creo que me haya duchado tantas veces en un día como desde que llegamos aquí —iba murmurando mientras se desnudaba y encendía la ducha. El agua de la piscina estaba limpia, pero el cloro se quedaba en su pelo y en su piel y era incómodo y no muy higiénico.

Tuvo que contener la risa cuando un par de manos le arrebataron la pastilla de jabón y Chris empezó a extender la espuma por su espalda y nalgas. Abrió los brazos cuando así fue necesario y se giró, bajando la cabeza, para dejarle enjabonar su pelo.

—¿Se puede saber por qué estás en la ducha con tu ropa de baño? —preguntó francamente sorprendido.

—Quería que fuese una ducha rápida.

—¿Y eso por qué?

—Tengo otros planes para ti. Y para mí —añadió.

Como sabía que sería inútil el preguntar, simplemente se dejó aclarar todo el jabón de su cabeza y después Chris lo expulsó de la ducha mientras le gritaba que se pusiera algo de ropa para estar por casa. Chris terminó de lavarse él también y después salió, colocándose unos pantalones limpios. Sin nada debajo. Maldito hombre sexy. Y ya se estaba preguntando qué demonios querría hacer Chris cuando este lo tomó de la mano y lo condujo al pequeño balconcito donde una hamaca se balanceaba frente a la puesta de sol. Chris se sentó, tendiéndole un brazo para invitarle a acompañarlo, y Keith, por supuesto, se colocó junto a él, feliz entre sus brazos y viendo como el

sol se ocultaba lentamente tras el horizonte sobre una brillante y colorida laguna.

Uno no podía hacer el amor en ese tipo de asientos. O al menos eso fue lo que pensó. Desde luego lo intentó, colocándose sobre Chris mientras lo besaba en la boca y se dejaba acariciar. Pero mantener el equilibrio allí era todo un reto y finalmente entre risas se rindió a lo inevitable y arrastró a su marido hacia la enorme cama.

No importó que los roles no se cambiasen. No importó nada fuera de aquella habitación espectacular. Lo único que podía traspasar la barrera placentera del éxtasis sexual en sus brazos era esa increíble persona que le hacía el amor como si no existiese nada más. Como si su cuerpo fuera un tesoro. Y Keith no lo podía amar más por ello.

Día 10

Los regresos nunca eran divertidos. Sobre todo aquellos en los cuales uno volvía de un viaje entre aguas paradisíacas y la intimidad con la pareja. Su avión salía del aeropuerto de Chetumal a las cinco de la tarde, por lo que tenían algo de tiempo por la mañana antes de abandonar el hotel. El viaje entre Bacalar y Chetumal no duraría más de 40 o 45 minutos, por lo que habían decidido estar allí hasta la una aproximadamente para después ir a Chetumal a comer. Desde allí solo tendrían que ir al aeropuerto.

Eran las nueve de la mañana y Keith seguía dormido a su lado, acurrucado de costado y con todos sus cabellos esparcidos entre su rostro apacible y la almohada. Se quedó allí, contemplándolo, durante un rato, hasta que notó aquel incipiente cosquilleo de impaciencia que siempre le impedía estar quieto durante demasiado tiempo. Finalmente se levantó, tomó una toalla y se encaminó hacia el baño para darse una ducha. A Keith le encantaba poner el agua muy caliente, pero Chris prefería el agua templada, de aquella que no llenaba todo de vaho.

Casi no quedaba ya de aquel champú que habían traído, por lo que tuvo cuidado de dejar algo también para su esposo. Era agradable masajear aquellos músculos que se sentían aún tensos de la noche anterior. En algún momento mientras se secaba, le escuchó levantarse, llamarle y adentrarse también al baño. Iba solo con su ropa interior y tenía cara de seguir más dormido que despierto. Chris colocó la toalla alrededor de su cuello para atraerle y darle un beso de buenos días. Rápido y eficaz. Keith abrió más los ojos, acercándose a él y olfateándolo.

—Hueles bien —dijo.

—Y tú olerás igual de bien en cuanto te duches.

Keith no rio. Estaba bostezando cuando se bajó su ropa interior y encendió la ducha. Inmediatamente el agua y el vapor se mezclaron, y Keith se metió de lleno con un suspiro de satisfacción. Chris nunca entendería cómo era posible que se quemase la piel de solo exponerse brevemente al sol y soportase aquellas temperaturas en el agua.

Chris se vistió para ir a desayunar y fue recogiendo toda aquella ropa que se había quedado esparcida por la habitación. No daba tiempo a mandarla toda a lavar, así que tendría que ir en la parte de la maleta de la ropa sucia. Sus zapatillas deportivas serían una buena opción hoy, cuando les tocaría caminar y viajar en un avión. Y los pantalones largos y finos quizás evitarían más picaduras de mosquitos. Ineludibles aun con repelente. Tendría que cambiarse antes de bajar en Nueva York, ya que muy seguramente allí las temperaturas serían infernalmente frías.

Keith estaba tarareando mientras se vestía. Le imitó en el estilo de ropa y diez minutos después ambos se dirigían al restaurante en busca de comida. Se veía tan feliz, con una sonrisa eterna que Chris sabía que desaparecería en cuanto se pusiera de nuevo a trabajar. Keith vivía bajo el estrés de lo que había elegido como futuro, pero también era lo que le gustaba.

Aquella mañana no dijo absolutamente nada cuando le vio colmar su plato de tortitas con chocolate y plátano. Se encargó, eso sí, de llenarle su vaso de zumo fresco de naranja natural. Keith no habló demasiado mientras engullía la masa dulce y Chris se dedicó a terminar su ración de frutas y cereales. El café allí era casi tan bueno como el que probaron en Tulum y estaba lo suficientemente cargado como para que le durase el tiempo suficiente en su cuerpo.

Lo primero que hicieron tras el desayuno fue ir a la laguna. A aquella zona que tenía hamacas en el agua y que tanto les gustó. No se bañaron, pero estuvieron un rato sentados en la plataforma de madera mientras el calor se iba haciendo cada vez más notorio. Eran casi las once cuando

volvieron a la casa, donde terminaron de recoger todo y metieron sus maletas en el maletero del coche. Keith tomó todas las fotos que pudo de aquella casa para enseñarlas después, puesto que creía, sin lugar a duda, que aquello merecía muchas más visitas.

El viaje a Chetumal fue realmente corto. No les llevó ni los 40 minutos que presagiaba el GPS, y a las doce y media estaban ambos aparcando en una carretera que daba al mar. Les habían contado que había dos zonas, una donde estaba el malecón, que era donde se ponía a veces una feria y donde se encontraban las calles principales con sus tiendas y restaurantes (no tenía playa y el mar llegaba allí de forma abrupta) y otra, algo más alejada del centro de la ciudad, donde había playas y restaurantes en la arena amarilla y blanca. Primero fueron a la playa, porque Keith quería echar un último vistazo a aquel mar azul. No se veía allí el color turquesa que por ejemplo anunciaban carteles turísticos de Mahahual por todos sitios, pero era un lugar bonito y agradable.

El paseo, no obstante, no duró demasiado, y para la una y media ambos tenían hambre y volvieron al centro del pueblo a ver qué podían comer. Les llamó la atención un asador justo frente al agua del mar, que tenía, entre otras cosas, arrachera. Era un tipo de carne que ambos habían probado en un taco. Y era maravillosa. El restaurante en aquel mes no tenía mucha clientela, aunque quizás por las noches fuera diferente. Pidieron cerveza y dos platos enormes de carne.

—Quiero saber qué carne es esta y cómo se puede preparar en casa.

—Debe ser algo que conocemos, quizás con un corte diferente —dijo Chris.

—¿Me he puesto moreno?

Chris observó la piel de su esposo, que más bien estaba ya sonrojada e irritada.

—Cuando te termines de pelar, ya lo comprobemos.

—¿Me estoy pelando?

—Aún no, pero no creo que tardes.

Una de sus manos acarició la mejilla de Keith, que parecía afiebrada. El otro retrocedió, seguramente dolorido.

—Maldita sea, realmente voy a pelarme, ¿no?

—No pasa nada. Echaremos mucho aftersun por todo tu cuerpo.

—Ya lo he estado haciendo.

—Pues más.

Se veía un poco abatido.

—Tuve cuidado de no exponerme directamente.

—Sabes que no es solo eso. El aire aquí esta tan caliente que es difícil cubrirse de él. Hasta yo me he quemado.

—¡Solo la línea de tus mangas, lo que me parece insultante, esposo!

Chris bebió un largo trago de su cerveza Modelo. Estaba rica. Y fresca.

—No me eches la culpa de que tu piel sea así. De todos modos creo que esta vez ha sido mucho mejor que la anterior. No te ves tan mal, solo un poco sonrojado.

—Ya veremos qué pasa entonces...

Cuando Keith comía mucho, a veces pasaba algo realmente raro. Su tripa se inflaba. Solo su tripa. Era como si su estómago e intestinos hubiesen doblado su tamaño, pero nada más en él hacía referencia alguna a haber subido de peso. Keith nunca le prestaba atención a ese hecho y Chris lo encontraba gracioso. De alguna forma parecía que tenía una barriga de embarazado. Y aquello le hizo recordar un tema que aún no habían cerrado.

—Keith, en cuanto a los de la adopción, ¿cuándo querrías hacerlo?

—No lo sé. Este no es el momento adecuado, lo sé. Tenemos demasiado trabajo. Pero también

es verdad que los trámites son largos y costosos. Quizás...

—Son largos dependiendo, muchas veces, de tus circunstancias. No creo que tengamos muchos problemas. Ni aun siendo dos hombres.

—¿Tú crees?

—Estoy casi seguro. Mira Greg, no tardó nada en conseguir la custodia de los tres niños.

—Pero eso era un caso diferente, ¿no? Quiero decir, ellos se acababan de quedar huérfanos y justo se dio el pleito por la custodia con su tía.

Chris sabía que llevaba razón, mas la siguiente afirmación de Keith le sorprendió.

—Sabes, también pensé en la fertilización. En buscar tener un hijo tuyo. O mío. Pero después pensé que hay millones de niños esperando tener un hogar allí fuera. No creo que tengamos que llevar la misma sangre para ser una familia. Sino miranos a todos nosotros.

Chris nunca había pensado en eso. En un hijo propio, o de Keith. No sonaba mal, a decir verdad. Pero Keith tenía razón al decir que había muchos niños desamparados en orfanatos a veces atestados. Uno de los principales proyectos caritativos llevados a cabo por su empresa se dedicaba precisamente a financiar aquellos centros que muchas veces carecían de cosas básicas, sobre todo aquellos pertenecientes a la esfera pública. Se nutrían de grandes donaciones económicas que les ayudaba a subsistir y seguir manteniendo un hogar para aquellos que no lo tenían.

—Podemos pensar en ello más adelante, por ahora nos centraremos entonces en la adopción. Y dime, ¿alguna preferencia en cuando al sexo? O la edad...

—No. Me daría igual un niño o una niña. Y respecto a la edad, tampoco sería un problema. Sé que a veces los que lo pasan peor son aquellos más grandes que la gente no suele querer adoptar.

—Porque normalmente quieren educarlos desde pequeños.

—¿No querrías un niño que fuese ya más mayor?

Chris no estaba seguro de a qué tan mayor se refería. No sabía si ellos podrían cuidar de un adolescente, teniendo en cuenta que el propio Keith se comportaba a veces como uno. Y Chris era simplemente Chris. Pero un niño de hasta diez o doce años tampoco sería un problema.

—Podríamos también tener eso en cuenta.

—Chris, tenemos que esperar a que nuestra situación se asiente un poco más en el trabajo. Bueno, quizás la mía, porque la tuya está bastante asentada ya. Pero en cuanto nos creamos capaces, podemos ponerlo en marcha. Y ya veremos si un niño o una niña. Si más mayor o más joven. Ni siquiera estoy seguro de que sea posible elegir. Simplemente será nuestra familia, y con eso es suficiente.

—Está bien. Les va a encantar.

—¿A quiénes?

—¿A quién crees? A todos. A mis primos, a Dave, a los niños... Incluso a esos infernales perros.

—¿Aún te molesta que le llamasen como tú?

—Fue una broma mala.

—No lo fue. Es divertido.

Chris no se dignó a contestar a eso y entonces se fijó en su reloj. Era hora de ponerse en marcha. Llevaban allí casi dos horas sentados y se suponía que debían llegar al aeropuerto con al menos dos horas de adelanto, a pesar de que fuese un aeropuerto minúsculo. No se arriesgaría a tener algún problema por tratarse de un vuelo internacional con escala.

El camino al aeropuerto fue corto, y una vez que llegaron allí y pasaron los controles de seguridad se vieron con hora y media hasta tener que abordar el avión. Chris odiaba esperar. Se

sentaron en una pequeña cafetería donde compraron refrescos y agua. El viaje a Ciudad de México sería rápido y después su escala sería de hora y media. Llegarían sobre la una y media a Nueva York, y como no tenían que facturar quizás pudiesen estar en casa sobre las dos. No creía que hubiese demasiado tráfico a esas horas de la madrugada.

Keith estaba inquieto, además. A veces la perspectiva de montar en un avión le causaba esa reacción, pero Chris sabía que su esposo no diría nada. Se había comprado además una de esas pastillas para el mareo. Por si acaso. Y después de ir al menos tres veces al baño por fin avisaron por megafonía del embarque.

No había casi nadie a bordo. Keith y él tenían dos asientos de una fila vacía y ambos se pusieron cómodos mientras las azafatas y azafatos anunciaban todas aquellas medidas de seguridad que uno siempre se preguntaba si servirían de algo en caso de accidente real. Cuando por fin despegaron, Keith cerró los ojos y enganchó sus manos al brazo de Chris. Era casi doloroso, por lo que tomó ambas manos y simplemente las guardó allí, entre sus dedos. Keith pronto se apoyó contra él, suspirando y abrieron los ojos.

—Lo siento —murmuró.

Pero no había por qué sentirlo. Chris mesó aquellos cabellos negros y suaves mientras Keith se relajaba. Olía a mar y a su colonia suave. Olía al champú que ambos usaron y a limpio. Olía a casa, y mientras lo atraía más hacia sí, seguro de que nadie los vería, simplemente se relajó para pasar la hora y media descansando, entre adormilado por la hora y pendiente por si llegaban.

Chris supuso que a Keith le hubiese gustado conocer Ciudad de México, pero no tenían tiempo para ello. Chris sí que había estado un par de veces en aquella ciudad inmensa en la cual las distancias parecían multiplicarse por diez. Todo quedaba lejos, a excepción quizás de ese hermoso centro histórico que albergaba la catedral, los museos y uno de sus edificios preferidos: Bellas Artes. La Alameda era bonita y verde, y el Castillo de Chapultepec se erguía en lo alto como un monumento al historicismo. Pero aquello tendría que quedar para otras vacaciones, puesto que aquellas estaban a punto de terminar.

El aeropuerto internacional de la capital era mucho más grande que el de Chetumal y tardaron casi una hora en hacer el transbordo. Por suerte, ambos tenían consigo sus maletas y simplemente tuvieron que seguir a los demás en su recorrido hacia el nuevo avión. Keith de nuevo se agarró a él en el despegue, pero esta vez no contaban con la privacidad anterior. A Chris no le importó y simplemente volvió a acariciar aquellos cabellos rebeldes cuando Keith escondió el rostro entre los pliegues de su camiseta. Fueron únicamente cuatro horas y media, pero ambos terminaron dormidos el uno sobre el otro.

Horas después, cuando ambos estaban ya en su cuarto, Chris dejó su maleta de lado para tirarse de mala manera en el sillón. Keith se quedó justo frente a él, los brazos cruzados y una sonrisa divertida adornando sus labios.

—Creo que deberías ducharte antes de ir a la cama, esposo. Por suerte mañana no trabajas aún.

—Estoy muy cansado como para ducharme.

Keith, que tenía aún los cabellos húmedos tras haberse metido bajo el agua nada más llegar, se acercó a él con aspecto burlón para olfatearle.

—Hemos sudado como cerdos, esposo. Dúchate.

Y Chris, que sabía que llevaba razón, finalmente se levantó, buscó una toalla y se encerró en el cuarto de baño. Era tan familiar que se sintió bien abrir el grifo y esperar a que el agua se templase. También le hizo bien cambiar de champú, volviendo a su olor neutro de siempre. Se masajeó el cuello, tenso tras tantas horas de viaje, y simplemente dejó que los chorros de agua

bajasen sobre él de forma agradable y suave. No se molestó en vestirse, porque en su habitación la calefacción creaba un clima cálido y bienvenido. No ese calor sofocante, simplemente uno que permitía meterse bajo las colchas sin las molestas ropas. Keith ya estaba allí, apoyado contra los almohadones y mirándole con ojos interesados.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó divertido.

—No lo sé... ¿Qué podría ser eso que me guste?

Chris refunfuñó algo contra las personas idiotas y apartó las mantas para meterse en la cama. Inmediatamente la figura de su esposo se amoldó contra él y Chris tuvo que sonreír al notarle desnudo también.

—Veo que estas cogiendo buenas mañanas, Keith.

—Solo algunas. Y si tú puedes dormir con todo eso ahí libre y colgando, yo también.

Esa vez tuvo que reír, conteniéndose para que el sonido no molestase a nadie. Era inútil, porque si sus sesiones de sexo no eran escuchadas por los demás, tampoco lo sería su risa. Rodeó con sus brazos aquella figura delgada, cerrando los ojos mientras intentaba buscar un sueño esquivo.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó suavemente.

—Alex me prometió ir con él de compras.

—¿En serio te apetece ir de compras?

—Alex siempre lo hace entretenido.

No pudo menos que gruñir, porque a veces la relación de Keith con Alex le daba en cierta forma envidia.

—Venga esposo, no seas gruñón. Tú también puedes venirte si quieres.

—Ni loco.

—Entonces no refunfuñes. ¿Tú qué harás?

—Tengo que adelantar algo de trabajo.

—¡Oh, venga! Aún te quedan dos días para descansar.

—Ya he ignorado lo suficiente a esos ineptos de la junta. Si sigo evitándolos, armarán un escándalo. Tendré que hacer algunas llamadas y repasar algunos informes.

—Pues como quieras. Yo estaré divirtiéndome con Alex por ahí. Sin ti.

—Gracias, ratita.

—De nada.

Chris se dio cuenta de que tenía la mano en el trasero de Keith. Ni siquiera fue consciente de cómo llegó allí, pero de pronto su esposo había empezado a refregarse a sí mismo contra él.

—¿No estás cansado?

—Pues creía que sí. Pero parece ser que no lo suficiente. A veces creo que tendría que estar muerto para no reaccionar a ti, bastardo afortunado.

Y sin más, Keith apartó las mantas para dejar su cuerpo completamente al descubierto. Chris empezó a gruñir algo, pero en cuanto aquellos labios bajaron sobre su cuerpo, todo pensamiento coherente huyó de su mente.

Tiempo después, saciados y contentos, Keith se acomodó contra su pecho, sus manos perdidas en la piel de su abdomen. Chris bostezó, pensando que aquellos habían sido unos días interesantes. Él no había tomado fotos, aquello se lo había dejado a su marido. Tampoco se pasaría las siguientes semanas relatando cada una de las experiencias vividas, aquello seguramente también recayese sobre Keith. Pero Chris iba a tardar mucho en olvidar lo que allí habían vivido. La intimidad que supone la convivencia en burbujas de privacidad lejos de todo lo que es cotidiano. Y allí, en medio de un paraíso caribeño, había encontrado una paz que hacía

tiempo que no sentía.

¿Era gracias a Keith? En parte, pero no solo. Chris fue consciente de que su propia salud mental podía depender de darse a sí mismo aquellos descansos de la rutina estresante en la que vivía. Simplemente esconderse de la gente y de alguna forma desactivar el chip que parecía mover su mundo de forma mecánica y precisa. Y si eso lo hacía con Keith, pues debía admitir que todo era mucho mejor. Porque a aquellas alturas nadie iba a sorprenderse si Chris admitía que adoraba estar con él. No solo en la intimidad de su cuarto, sino que aquella persona que en un principio no había podido ni mirarle a la cara se convirtió con el tiempo en algo tan esencial para él como el respirar. No sabía si Keith era realmente consciente de cuánto afectaba su cercanía a su salud mental y a su bienestar. No, no tenía ni idea de si su ratita comprendía lo profundo que había llegado dentro de todo ese mecanismo funcional inserto en él. Le necesitaba y le quería, y ambas cosas se entremezclaban para formar algo enorme que había anidado en alguna parte de su interior.

Ojalá el tiempo demostrase que todo iba a seguir así. Entre aquellos brazos que lo reconfortaban y exasperaban por igual, que lo amaban y lo protegían a su propia manera. Ojalá pudiese envejecer junto a aquella persona que había llenado de vida de colores y de sentido. Que lo valoraba por algo más que ser Christopher Douglas. Dios, amaba a su ratita como no había amado nada en su vida, y pensar en el transcurrir del tiempo en relación con él le asustaba de formas en las cuales no quería ni pensar. Chris sabía que nada debía darse por sentado. Que todo podía acabar. O incluso cambiar. Pero aquello lo afrontaría a su tiempo, limitándose a vivir al máximo el regalo que la vida había tenido la buena voluntad de ofrecerle.

Chris besó la frente arrugada de su durmiente esposo y sonrió. Mañana sería otro día y pronto ambos pensarían en cómo expandir aquella familia que tanto les costó llegar a formar. Sí, mañana sería otro día.

ACERCA DEL AUTOR

Rebeca Montes es graduada en Historia. Nació en Madrid, ciudad donde ha vivido la mayor parte de su vida. Lectora por vocación, empezó muy joven a escribir. *Cruel intenciones* es una de sus primeras obras y la saga de los Douglas se convirtió pronto en un reclamo, una necesidad de redactar también aquellas historias de personajes que se quedaban en los márgenes de cada uno de sus libros. De ahí que en la actualidad esté escribiendo la tercera entrega.

Douglas

Douglas La familia Douglas es famosa por su riqueza, su belleza y sus escándalos. Pero cada uno de ellos tiene su propia historia que contar, porque todos se merecen una segunda oportunidad para redimirse ante la vida.

Cruelles Intenciones

Ellos eran los Douglas: ricos, famosos y guapos. Y sobre ellos decían que tenían la misma capacidad de crear dinero o escándalos.

Él era Keith. Solo Keith, porque a nadie le interesaba el apellido de un becario tímido y retraído que pasaba sus días haciendo horas extras en una de las empresas de los Douglas. Por lo menos así fue hasta que una desafortunada noche, bajo los focos deslumbrantes de una oficina, tuvo la desgracia de encontrar a su jefe en una situación de lo más indecorosa con uno de los modelos de la revista de moda dirigida por Christopher Douglas, bastardo por excelencia y su insoportable jefe.

El otro se llamada Dave, y él no trabajaba para ningún Douglas. Ni siquiera sabía quiénes eran ellos. Pero un mal golpe plantado en el rostro equivocado le puso inevitablemente en el punto de mira de Gregory Douglas. Quizás no un bastardo como su primo mayor, pero sí un impresentable y engreído niño pijo.

Anhelos perdidos

Ethan McNearly, hijo de un borracho irlandés y de una prostituta, vivió su infancia entre ladrones y rateros. Entre asesinos y camellos. Junto a él solo permanecieron su hermana Jess y su mejor amigo, Colin. Nadie hubiese apostado un dólar por ellos, y menos por aquel pobre diablo que terminó entre rejas por un descuido. Solo que la fortuna decidió un día sonreírle. Y tal fue su suerte que en apenas diez años consiguió convertirse en uno de los principales tiburones del mundo económico neoyorquino. El dinero entonces no fue problema, a pesar de que muchos siguieron mirándole de forma despectiva. La gente le cerraba sus puertas mientras le abrían sus camas. Y aquello estaba bien. Porque Ethan McNearly tenía un plan. Un plan que haría pagar a aquellos que le hundieron en la miseria. Un plan que haría desaparecer finalmente aquellos lastres que seguían hundiendo su alma en aguas turbias y contaminadas por odio y desprecio.

Andy Martínez era solo otro estudiante madrileño más. Un joven de ojos oscuros y mirada retraída que un día tuvo que ver a su padre morir, dejándolos a sus hermanos y a él enterrados en deudas. Su última esperanza: una familia a la que nunca había conocido y que vivía del otro lado del Atlántico: los Douglas. Ellos le ofrecieron cobijo y ayuda, le ofrecieron esperanzas. Y todo hubiera salido bien si sus acciones y decisiones no le hubiesen colocado justo delante de los planes de Ethan McNearly.

Especial luna de miel

Porque frente a las hermosas aguas turquesas ambos se sentían valientes.

"Él le deseaba igual, hambriento y desesperado. Queriendo atraparlo y guardarlo para que nada ni nadie fuese capaz de alejarlo de su lado. ¿Que si quería una familia con él? Chris lo quería todo. Sí, todo lo que la vida fuese capaz de ofrecerle, él lo recibiría con los brazos abiertos".